

Julio Verne

La vuelta al mundo en 80 días



E LEJANDRIA

LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS

JULIO VERNE

1872

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

Índice de contenidos

La vuelta al mundo en ochenta días

Contenido

CAPÍTULO I. EN EL QUE PHILEAS FOGG Y PASSEPARTOUT SE ACEPTAN MUTUAMENTE, EL UNO COMO AMO, EL OTRO COMO HOMBRE

CAPÍTULO II. EN EL QUE PASSEPARTOUT ESTÁ CONVENCIDO DE HABER ENCONTRADO POR FIN SU IDEAL

CAPÍTULO III. EN EL QUE TIENE LUGAR UNA CONVERSACIÓN QUE PARECE COSTARLE CARA A PHILEAS FOGG

CAPÍTULO IV. EN EL QUE PHILEAS FOGG ASOMBRA A PASSEPARTOUT, SU CRIADO

CAPÍTULO V. EN EL QUE APARECE UNA NUEVA ESPECIE DE FONDOS, DESCONOCIDOS POR LOS HOMBRES DE DINERO, SOBRE "EL CAMBIO

CAPÍTULO VI. EN EL QUE FIX, EL DETECTIVE, TRAICIONA UNA IMPACIENCIA MUY NATURAL

CAPÍTULO VII. QUE DEMUESTRA UNA VEZ MÁS LA INUTILIDAD DE LOS PASAPORTES COMO AYUDA A LOS DETECTIVES

CAPÍTULO VIII. EN EL QUE PASSEPARTOUT HABLA MÁS DE LO QUE ES PRUDENTE

CAPÍTULO IX. EN EL QUE EL MAR ROJO Y EL OCEANO ÍNDICO SE MUESTRAN PROPICIOS A LOS DESIGNIOS DE PHILEAS FOGG

CAPÍTULO X. EN EL QUE PASSEPARTOUT ESTÁ MUY CONTENTO DE SALIR CON LA PÉRDIDA DE SUS ZAPATOS

CAPÍTULO XI. EN EL QUE PHILEAS FOGG CONSIGUE UN CURIOSO MEDIO DE TRANSPORTE A UN PRECIO FABULOSO

CAPÍTULO XII. EN EL QUE PHILEAS FOGG Y SUS COMPAÑEROS SE AVENTURAN A CRUZAR LOS BOSQUES INDIOS, Y LO QUE SUCEDIÓ

CAPÍTULO XIII. EN EL QUE PASSEPARTOUT RECIBE UNA NUEVA PRUEBA DE QUE LA FORTUNA FAVORECE A LOS VALIENTES

CAPÍTULO XIV. EN EL QUE PHILEAS FOGG DESCIENDE TODA LA LONGITUD DEL HERMOSO VALLE DEL GANGES SIN PENSAR NUNCA EN VERLO

CAPÍTULO XV. EN EL QUE LA BOLSA DE BILLETES DEGÜELLA ALGUNOS MILES DE LIBRAS MÁS

CAPÍTULO XVI. EN EL QUE FIX PARECE NO ENTENDER EN LO MÁS MÍNIMO LO QUE SE LE DICE

CAPÍTULO XVII. LO SUCEDIDO EN EL VIAJE DE SINGAPUR A HONG KONG

CAPÍTULO XVIII. EN EL QUE PHILEAS FOGG, PASSEPARTOUT Y FIX SE OCUPAN CADA UNO DE SUS ASUNTOS

CAPÍTULO XIX. EN EL QUE PASSEPARTOUT SE INTERESA DEMASIADO POR SU AMO, Y LO QUE RESULTA DE ELLO

CAPÍTULO XX. EN EL QUE FIX SE ENCUENTRA CARA A CARA CON PHILEAS FOGG

CAPÍTULO XXI. EN EL QUE EL CAPITÁN DEL "TANKADERE" CORRE UN GRAN RIESGO DE PERDER UNA RECOMPENSA DE DOSCIENTAS LIBRAS

CAPÍTULO XXII. EN EL QUE PASSEPARTOUT DESCUBRE QUE, INCLUSO EN LAS ANTÍPODAS, ES CONVENIENTE TENER ALGO DE DINERO EN EL BOLSILLO

CAPÍTULO XXIII. EN EL QUE LA NARIZ DE PASSEPARTOUT SE VUELVE ESCANDALOSAMENTE LARGA

CAPÍTULO XXIV. DURANTE EL CUAL EL SR. FOGG Y SU GRUPO CRUZAN EL OCÉANO PACÍFICO

CAPÍTULO XXV. EN EL QUE SE DA UN LIGERO VISTAZO A SAN FRANCISCO

CAPÍTULO XXVI. EN EL QUE PHILEAS FOGG Y SU GRUPO VIAJAN POR EL FERROCARRIL DEL PACÍFICO

CAPÍTULO XXVII. EN EL QUE PASSEPARTOUT RECORRE, A UNA VELOCIDAD DE VEINTE MILLAS POR HORA, UN CURSO DE HISTORIA MORMONA

CAPÍTULO XXVIII. EN EL QUE PASSEPARTOUT NO CONSIGUE HACER ENTRAR EN RAZÓN A NADIE

CAPÍTULO XXIX. EN EL QUE SE NARRAN CIERTOS INCIDENTES QUE SÓLO SE DAN EN LOS FERROCARRILES AMERICANOS

CAPÍTULO XXX. EN EL QUE PHILEAS FOGG SIMPLEMENTE CUMPLE CON SU DEBER

CAPÍTULO XXXI. EN EL QUE FIX, EL DETECTIVE, FAVORECE CONSIDERABLEMENTE LOS INTERESES DE PHILEAS FOGG

CAPÍTULO XXXII. EN EL QUE PHILEAS FOGG ENTABLA UNA LUCHA DIRECTA CON LA MALA FORTUNA

CAPÍTULO XXXIII. EN EL QUE PHILEAS FOGG SE MUESTRA A LA ALTURA DE LA OCASIÓN

CAPÍTULO XXXIV. EN EL QUE PHILEAS FOGG LLEGA POR FIN A LONDRES

CAPÍTULO XXXV. EN EL QUE PHILEAS FOGG NO TIENE QUE REPETIR DOS VECES SUS ÓRDENES A PASSEPARTOUT

CAPÍTULO XXXVI. EN EL QUE EL NOMBRE DE PHILEAS FOGG
VUELVE A SER EL MÁS IMPORTANTE EN EL "CAMBIO

CAPÍTULO XXXVII. EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE PHILEAS
FOGG NO GANÓ NADA CON SU VUELTA AL MUNDO, A NO SER
QUE FUERA LA FELICIDAD

CAPÍTULO I.

EN EL QUE PHILEAS FOGG Y PASSEPARTOUT SE ACEPTAN MUTUAMENTE, EL UNO COMO AMO, EL OTRO COMO HOMBRE

El señor Phileas Fogg vivía, en 1872, en el número 7 de Saville Row, Burlington Gardens, la casa en la que murió Sheridan en 1814. Era uno de los miembros más notables del Reform Club, aunque parecía que siempre evitaba llamar la atención; un personaje enigmático, del que se sabía poco, excepto que era un pulido hombre de mundo. La gente decía que se parecía a Byron, al menos que su cabeza era byroniana; pero era un Byron barbudo y tranquilo, que podría vivir mil años sin envejecer.

Aunque ciertamente era inglés, era más dudoso que Phileas Fogg fuera londinense. Nunca se le había visto en el "Change", ni en el Banco, ni en las salas de cuentas de la "City"; nunca llegaron a los muelles de Londres barcos de los que fuera propietario; no tenía ningún empleo público; nunca había sido inscrito en ninguna de las Casas de Justicia, ni en el Temple, ni en Lincoln's Inn, ni en Gray's Inn; ni su voz había resonado nunca en el Tribunal de Chancery, ni en el Exchequer, ni en el Queen's Bench, ni en los Tribunales Eclesiásticos. Ciertamente, no era un fabricante, ni un comerciante, ni un caballero agricultor. Su nombre era extraño para las sociedades científicas y eruditas, y nunca se supo que participara en las sabias deliberaciones de la Royal Institution o la London Institution, la Artisan's Association o la Institution of Arts and Sciences. No perteneció, de hecho, a ninguna de las numerosas sociedades que pululan en la capital inglesa, desde la Armónica hasta la de los Entomólogos, fundada principalmente con el propósito de abolir los insectos perniciosos.

Phileas Fogg era un miembro de la Reforma, y eso era todo.

El modo en que consiguió la admisión en este exclusivo club fue bastante sencillo.

Fue recomendado por los Barings, con quienes tenía un crédito abierto. Sus cheques se pagaban regularmente a la vista con cargo a su cuenta corriente, que siempre estaba al día.

¿Fue Phileas Fogg rico? Sin duda. Pero los que mejor le conocían no podían imaginar cómo había hecho su fortuna, y el señor Fogg era la última persona a la que se podía solicitar esa información. No era derrochador ni, por el contrario, avaro, pues siempre que sabía que se necesitaba dinero para un fin noble, útil o benévolo, lo suministraba discretamente y a veces de forma anónima. En resumen, era el hombre menos comunicativo. Hablaba muy poco y parecía aún más misterioso por su actitud taciturna. Sus hábitos cotidianos eran bastante abiertos a la observación; pero todo lo que hacía era tan exactamente lo mismo que había hecho siempre, que el ingenio de los curiosos estaba bastante desconcertado.

¿Había viajado? Era probable, pues nadie parecía conocer el mundo con más familiaridad; no había lugar tan apartado que no pareciera conocerlo íntimamente. A menudo corregía, con unas pocas y claras palabras, las mil conjeturas de los miembros del club sobre viajeros perdidos e inéditos, señalando las verdaderas probabilidades, y pareciendo dotado de una especie de segunda vista, ya que a menudo los acontecimientos justificaban sus predicciones. Debió de viajar a todas partes, al menos en el espíritu.

Era por lo menos cierto que Phileas Fogg no se había ausentado de Londres durante muchos años. Los que tenían el honor de conocerlo mejor que los demás, declaraban que nadie podía pretender haberlo visto nunca en otro lugar. Sus únicos pasatiempos eran leer los periódicos y jugar al whist. A menudo ganaba en este juego, que, por ser silencioso, armonizaba con su naturaleza; pero sus ganancias nunca entraban en su bolsa, pues se reservaban como fondo para sus obras de caridad. El señor Fogg jugaba, no para ganar, sino por el gusto de jugar. El juego era, a sus ojos, una competición, una lucha con una dificultad, pero una lucha inmóvil e incansable, agradable a sus gustos.

Se sabe que Phileas Fogg no tenía ni esposa ni hijos, lo que puede ocurrirle a la gente más honesta; ni parientes ni amigos cercanos, lo que es ciertamente más inusual. Vivía solo en su casa de Saville Row, donde nadie penetraba. Le bastaba con una sola empleada doméstica. Desayunaba y cenaba en el club, a horas fijadas matemáticamente, en la misma habitación, en la misma mesa, sin tomar nunca sus comidas con otros miembros, y mucho menos llevar a un invitado con él; y volvía a casa exactamente a medianoche, para retirarse enseguida a la cama. Nunca utilizó los acogedores aposentos que la Reforma pone a disposición de sus miembros favorecidos. Pasaba diez horas de las veinticuatro en Saville Row, ya fuera durmiendo o haciendo sus necesidades. Cuando optaba por dar un paseo era con un paso regular en el vestíbulo de entrada con su suelo de mosaico, o en la galería circular con su cúpula sostenida por veinte columnas jónicas de pórfido rojo, e iluminada por ventanas pintadas de azul. Cuando desayunaba o cenaba, todos los recursos del club -sus cocinas y despensas, su mantequería y su lechería- le ayudaban a abarrotar su mesa con sus más succulentas provisiones; era atendido por los camareros más elegantes, con

batas de gala y zapatos con suelas de piel de cisne, que ofrecían las viandas en porcelana especial y sobre el lino más fino; Los decantadores de club, de molde perdido, contenían su jerez, su oporto y su clarete especiado con canela; mientras que sus bebidas se refrescaban con hielo, traído a gran precio desde los lagos americanos.

Si vivir en este estilo es ser excéntrico, hay que confesar que hay algo bueno en la excentricidad.

La mansión de Saville Row, aunque no era suntuosa, era sumamente cómoda. Las costumbres de su ocupante eran tales que no exigían mucho de su único empleado doméstico, pero Phileas Fogg le exigía una puntualidad y una regularidad casi sobrehumanas. Aquel mismo 2 de octubre había despedido a James Forster, porque aquel desafortunado joven le había traído agua de afeitar a ochenta y cuatro grados Fahrenheit en lugar de ochenta y seis; y estaba esperando a su sucesor, que debía llegar a la casa entre las once y las medias.

Phileas Fogg estaba sentado en su sillón, con los pies muy juntos, como los de un granadero en el desfile, las manos apoyadas en las rodillas, el cuerpo recto y la cabeza erguida; miraba fijamente un complicado reloj que indicaba las horas, los minutos, los segundos, los días, los meses y los años. A las once y media exactamente, el señor Fogg, según su costumbre diaria, abandonaba Saville Row y se dirigía a la Reforma.

En ese momento sonó un golpe en la puerta del acogedor apartamento donde estaba sentado Phileas Fogg, y apareció James Forster, el criado despedido.

"El nuevo sirviente", dijo él.

Un joven de treinta años avanzó y se inclinó.

"Eres un francés, creo", preguntó Phileas Fogg, "¿y te llamas John?".

"Jean, si monsieur quiere", respondió el recién llegado, "Jean Passepartout, un apellido que se me ha pegado porque tengo una aptitud natural para salir de un negocio a otro. Creo que soy honesto, monsieur, pero, para ser franco, he tenido varios oficios. He sido cantante itinerante, jinete de circo, cuando saltaba como Leotard, y bailaba sobre una cuerda como Blondin. Luego me convertí en profesor de gimnasia, para aprovechar mejor mis talentos; y después fui sargento de bomberos en París, y asistí a muchos grandes incendios. Pero dejé Francia hace cinco años, y, deseando probar las dulzuras de la vida doméstica, tomé servicio como valet aquí en Inglaterra. Encontrándome fuera de lugar, y oyendo que monsieur Phileas Fogg era el más exacto y asentado caballero del Reino Unido, he venido a monsieur con la esperanza de vivir con él una vida tranquila, y olvidar incluso el nombre de Passepartout."

"Passepartout me conviene", respondió el señor Fogg. "Está usted bien recomendado para mí; he oído hablar bien de usted. ¿Conoce mis condiciones?"

"Sí, monsieur".

"¡Bien! ¿Qué hora es?"

"Veintidós minutos después de las once", respondió Picaporte, sacando un enorme reloj de plata del fondo de su bolsillo.

"Eres demasiado lento", dijo el señor Fogg.

"Perdóneme, monsieur, es imposible..."

"Llevas cuatro minutos de retraso. No importa; basta con mencionar el error. A partir de este momento, veintinueve minutos después de las once de la mañana, este miércoles 2 de octubre, estás a mi servicio."

Phileas Fogg se levantó, tomó su sombrero con la mano izquierda, se lo puso en la cabeza con un movimiento automático y se marchó sin decir nada.

Picaporte oyó una vez que se cerraba la puerta de la calle; era su nuevo amo que salía. Volvió a oír cómo se cerraba; era su predecesor, James Forster, que se marchaba a su vez. Picaporte se quedó solo en la casa de Saville Row.

CAPÍTULO II.

EN EL QUE PASSEPARTOUT ESTÁ CONVENCIDO DE HABER ENCONTRADO POR FIN SU IDEAL

"A fe mía", murmuró Passepartout, algo nervioso, "¡he visto gente en Madame Tussaud tan animada como mi nuevo amo!".

Las "personas" de Madame Tussaud, digámoslo así, son de cera, y son muy visitadas en Londres; el habla es lo único que falta para hacerlas humanas.

Durante su breve entrevista con el señor Fogg, Picaporte le había observado atentamente. Parecía un hombre de unos cuarenta años, de rasgos finos y hermosos, y de una figura alta y bien formada; su pelo y sus bigotes eran claros, su frente compacta y sin arrugas, su rostro más bien pálido, sus dientes magníficos. Su semblante poseía en el más alto grado lo que los fisonomistas llaman "reposo en la acción", cualidad de quienes actúan más que hablan. Calmado y flemático, con una mirada clara, el señor Fogg parecía un tipo perfecto de esa compostura inglesa que Angelica Kauffmann ha representado tan hábilmente en el lienzo. Visto en las diversas fases de su vida cotidiana, daba la idea de estar perfectamente equilibrado, tan exactamente regulado como un cronómetro Leroy. Phileas Fogg era, en efecto, la exactitud personificada, y esto se revelaba incluso en la expresión de sus manos y de sus pies, ya que en los hombres, como en los animales, los propios miembros expresan las pasiones.

Era tan exacto que nunca tenía prisa, siempre estaba preparado y era económico tanto en sus pasos como en sus movimientos. Nunca daba un paso de más, y siempre iba a su destino por el camino más corto; no hacía gestos superfluos, y nunca se le veía conmovido o agitado. Era la persona más pausada del mundo, pero siempre llegaba a su destino en el momento exacto.

Vivía solo y, por así decirlo, al margen de toda relación social; y como sabía que en este mundo hay que tener en cuenta los roces, y que los roces retrasan, nunca se rozaba con nadie.

En cuanto a Passepartout, era un verdadero parisino de París. Desde que abandonó su país para ir a Inglaterra, tomando servicio como ayuda de cámara, había buscado en vano un maestro según su propio corazón. Passepartout no era en absoluto uno de esos zopencos pertinazmente

representados por Molière con una mirada atrevida y una nariz alzada en el aire; era un tipo honesto, con un rostro agradable, labios un poco salientes, de modales suaves y serviciales, con una buena cabeza redonda, como la que a uno le gusta ver sobre los hombros de un amigo. Sus ojos eran azules, su tez rubicunda, su figura casi corpulenta y bien formada, su cuerpo musculoso y sus facultades físicas plenamente desarrolladas por los ejercicios de su juventud. Su cabello castaño estaba algo desordenado, pues mientras los antiguos escultores conocían dieciocho métodos para arreglar la cabellera de Minerva, Picaporte sólo conocía uno para arreglar la suya: tres pasadas de un peine de dientes grandes completaban su aseo.

Sería imprudente predecir cómo la naturaleza vivaz de Picaporte concordaría con el señor Fogg. Era imposible saber si el nuevo criado resultaría tan absolutamente metódico como lo exigía su amo; sólo la experiencia podía resolver la cuestión. Picaporte había sido una especie de vagabundo en sus primeros años, y ahora anhelaba el reposo; pero hasta ahora no lo había encontrado, aunque ya había servido en diez casas inglesas. Pero no pudo echar raíces en ninguna de ellas; con disgusto, encontró a sus amos invariablemente caprichosos e irregulares, corriendo constantemente por el país, o en busca de aventuras. Su último amo, el joven Lord Longferry, miembro del Parlamento, después de pasar las noches en las tabernas de Haymarket, era llevado a casa por la mañana a hombros de la policía con demasiada frecuencia. Passepartout, deseoso de respetar al caballero al que servía, se aventuró a hacer una leve protesta sobre tal conducta; que, al ser mal recibida, se despidió. Al saber que el señor Phileas Fogg buscaba un criado, y que su vida era de una regularidad ininterrumpida, que no viajaba ni se alejaba de su casa durante la noche, se sintió seguro de que aquel sería el lugar que buscaba. Se presentó y fue aceptado, como se ha visto.

A las once y media, pues, Picaporte se encontró solo en la casa de Saville Row. Comenzó a inspeccionarla sin demora, recorriéndola desde el sótano hasta la buhardilla. Una mansión tan limpia, tan bien arreglada y tan solemne le agradó; le pareció como la concha de un caracol, iluminada y calentada por gas, lo que le bastó para ambos propósitos. Cuando Picaporte llegó al segundo piso, reconoció enseguida la habitación que iba a habitar, y se sintió satisfecho. Campanas eléctricas y tubos parlantes permitían la comunicación con los pisos inferiores, mientras que en la repisa de la chimenea había un reloj eléctrico, exactamente igual al de la alcoba del señor Fogg, que marcaba el mismo segundo en el mismo instante. "Eso está bien, eso servirá", se dijo Picaporte.

De pronto observó, colgada sobre el reloj, una tarjeta que, al examinarla, resultó ser un programa de la rutina diaria de la casa. Comprendía todo lo que debía hacer el criado, desde las ocho de la mañana, hora exacta en que se levantaba Phileas Fogg, hasta las once y media, en que salía de la casa para ir al Reform Club: todos los detalles del servicio, el té y las tostadas a

las ocho y veintitrés minutos, el agua de afeitarse a las nueve y treinta y siete minutos, y el aseo a las diez y veinte minutos. Todo lo que había que hacer desde las once y media de la mañana hasta la medianoche, hora a la que el metódico caballero se retiraba, estaba regulado y previsto.

El guardarropa del señor Fogg estaba ampliamente provisto y era del mejor gusto. Cada par de pantalones, abrigo y chaleco llevaba un número, que indicaba la época del año y la estación en que debían ser dispuestos para su uso; y el mismo sistema se aplicaba a los zapatos del señor. En resumen, la casa de Saville Row, que debía de ser un templo del desorden y la inquietud bajo el ilustre pero disipado Sheridan, era la comodidad, el confort y el método idealizados. No había estudio, ni tampoco libros, lo que habría sido bastante inútil para el señor Fogg; pues en la Reforma había dos bibliotecas, una de literatura general y otra de derecho y política, a su servicio. En su dormitorio había una caja fuerte de tamaño moderado, construida de manera que desafiara tanto al fuego como a los ladrones; pero Picaporte no encontró ni armas de caza en ninguna parte; todo delataba las más tranquilas y pacíficas costumbres.

Después de haber examinado la casa de arriba abajo, se frotó las manos, una amplia sonrisa cubrió sus facciones y dijo con alegría: "¡Esto es justo lo que quería! ¡Ah, nos llevaremos bien, el señor Fogg y yo! ¡Qué caballero más doméstico y regular! Una verdadera máquina; bueno, no me importa servir a una máquina".

CAPÍTULO III.

EN EL QUE TIENE LUGAR UNA CONVERSACIÓN QUE PARECE COSTARLE CARA A PHILEAS FOGG

Phileas Fogg, después de haber cerrado la puerta de su casa a las once y media, y de haber puesto el pie derecho delante del izquierdo quinientas setenta y cinco veces, y el izquierdo delante del derecho quinientas setenta y seis veces, llegó al Reform Club, un imponente edificio de Pall Mall, que no podía costar menos de tres millones. Se dirigió de inmediato al comedor, cuyas nueve ventanas daban a un elegante jardín, donde los árboles estaban ya dorados con un colorido otoñal; y ocupó su lugar en la mesa habitual, cuya cubierta ya había sido puesta para él. Su desayuno consistía en un plato de acompañamiento, un pescado asado con salsa Reading, una rebanada de carne asada escarlata con guarnición de setas, una tarta de ruibarbo y grosellas, y un bocado de queso Cheshire, todo ello regado con varias tazas de té, por el que la Reforma es famosa. Se levantó a la una menos trece, y dirigió sus pasos hacia el gran salón, un suntuoso apartamento adornado con cuadros profusamente enmarcados. Un lacayo le entregó un *Times* sin cortar, que procedió a cortar con una habilidad que delataba la familiaridad con esta delicada operación. La lectura de este periódico absorbió a Phileas Fogg hasta las cuatro y cuarto, mientras que el *Standard*, su siguiente tarea, le ocupó hasta la hora de la cena. La cena transcurrió como el desayuno, y el señor Fogg volvió a aparecer en la sala de lectura y se sentó a leer el *Pall Mall* cuando faltaban veinte minutos para las seis. Media hora después entraron varios miembros de la Reforma y se acercaron a la chimenea, donde ardía sin cesar un fuego de carbón. Eran los compañeros habituales del señor Fogg en el whist: Andrew Stuart, ingeniero; John Sullivan y Samuel Fallentin, banqueros; Thomas Flanagan, cervecero; y Gauthier Ralph, uno de los directores del Banco de Inglaterra; todos ellos personajes ricos y muy respetables, incluso en un club que comprende a los príncipes del comercio y las finanzas inglesas.

"Bueno, Ralph", dijo Thomas Flanagan, "¿qué pasa con ese robo?"

"Oh", respondió Stuart, "el Banco perderá el dinero".

"Por el contrario", dijo Ralph, "espero que podamos atrapar al ladrón. Se han enviado hábiles detectives a todos los principales puertos de América y del continente, y será un tipo astuto si se les escapa de las manos."

"¿Pero tienes la descripción del ladrón?", preguntó Stuart.

"En primer lugar, no es ningún ladrón", respondió Ralph, positivamente.

"¿Qué? ¿Un tipo que se hace con cincuenta y cinco mil libras, no es un ladrón?"

"No."

"Tal vez sea un fabricante, entonces".

"El *Daily Telegraph* dice que es un caballero".

Fue Phileas Fogg, cuya cabeza asomaba ahora detrás de sus periódicos, quien hizo esta observación. Se inclinó hacia sus amigos y entró en la conversación. El asunto que constituía su tema, y que era la comidilla de la ciudad, había ocurrido tres días antes en el Banco de Inglaterra. Un paquete de billetes, por valor de cincuenta y cinco mil libras, había sido sustraído de la mesa del cajero principal, estando este funcionario en ese momento ocupado en registrar el recibo de tres chelines y seis peniques. Por supuesto, no podía tener los ojos en todas partes. Obsérvese que el Banco de Inglaterra tiene una confianza conmovedora en la honestidad del público. No hay guardias ni rejas para proteger sus tesoros; el oro, la plata y los billetes están expuestos libremente, a merced del primero que llegue. Un agudo observador de las costumbres inglesas cuenta que, estando un día en una de las salas del Banco, tuvo la curiosidad de examinar un lingote de oro que pesaba unas siete u ocho libras. Lo cogió, lo escrutó, lo pasó a su vecino, éste al siguiente, y así sucesivamente hasta que el lingote, pasando de mano en mano, fue trasladado al final de una entrada oscura; ni volvió a su sitio durante media hora. Mientras tanto, el cajero no había ni siquiera levantado la cabeza. Pero en este caso las cosas no habían ido tan bien. Al no encontrar el paquete de billetes cuando sonaron las cinco en el pesado reloj de la "oficina de sorteos", la cantidad pasó a la cuenta de pérdidas y ganancias. Tan pronto como se descubrió el robo, los detectives escogidos se apresuraron a ir a Liverpool, Glasgow, Havre, Suez, Brindisi, Nueva York y otros puertos, inspirados por la recompensa ofrecida de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que pudiera recuperarse. También se encargó a los detectives que vigilaran estrechamente a los que llegaban o salían de Londres por ferrocarril, y en seguida se inició un examen judicial.

Había verdaderos motivos para suponer, como decía el *Daily Telegraph*, que el ladrón no pertenecía a una banda profesional. El día del robo se había observado a un caballero bien vestido, de modales pulidos y con aire acomodado, que iba de un lado a otro en la sala de pago donde se cometió el crimen. Se consiguió fácilmente una descripción de él y se envió a los detectives; y algunos espíritus esperanzados, entre los que se encontraba Ralph, no desesperaron de su detención. Los periódicos y los clubes estaban llenos de información sobre el asunto, y en todas partes se hablaba de las probabilidades de éxito de la persecución; y el Reform Club estaba especialmente agitado, ya que varios de sus miembros eran funcionarios del Banco.

Ralph no quería admitir que el trabajo de los detectives fuera en vano, pues pensaba que el premio ofrecido estimularía mucho su celo y actividad. Pero Stuart estaba lejos de compartir esta confianza; y, mientras se colocaban en la mesa de whist, continuaron discutiendo el asunto. Stuart y Flanagan jugaban juntos, mientras que Phileas Fogg tenía a Fallentin como compañero. A medida que el juego avanzaba, la conversación cesaba, excepto entre las gomas, cuando se reanudaba.

"Sostengo", dijo Stuart, "que las posibilidades están a favor del ladrón, que debe ser un tipo astuto".

"Bueno, pero ¿a dónde puede volar?", preguntó Ralph. "Ningún país es seguro para él".

"¡Pshaw!"

"¿Dónde podría ir, entonces?"

"Oh, eso no lo sé. El mundo es lo suficientemente grande".

"Lo fue una vez", dijo Phileas Fogg, en tono bajo. "Corte, señor", añadió, entregándole las cartas a Thomas Flanagan.

La discusión cayó durante la goma, tras lo cual Stuart retomó su hilo.

"¿Qué quieres decir con 'una vez'? ¿El mundo se ha hecho más pequeño?"

"Ciertamente", respondió Ralph. "Estoy de acuerdo con el señor Fogg. El mundo se ha hecho más pequeño, ya que un hombre puede recorrerlo ahora diez veces más rápido que hace cien años. Y por eso la búsqueda de este ladrón tendrá más posibilidades de éxito".

"Y también porque el ladrón puede escapar más fácilmente".

"Tenga la bondad de jugar, señor Stuart", dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no se convenció y, cuando terminó la mano, dijo con entusiasmo "Tienes una extraña manera, Ralph, de demostrar que el mundo se ha hecho más pequeño. Así que, como puedes recorrerlo en tres meses..."

"En ochenta días", interrumpió Phileas Fogg.

"Es cierto, señores", añadió John Sullivan. "Sólo ochenta días, ahora que se ha abierto el tramo entre Rothal y Allahabad, en el Gran Ferrocarril Peninsular de la India. He aquí la estimación hecha por el *Daily Telegraph*:-

De Londres a Suez <i>viâ</i> Mont Cenis y Brindisi, en tren y	
barcos de vapor	7 días
De Suez a Bombay, en barco de vapor	13 "
De Bombay a Calcuta, por ferrocarril	3 "
De Calcuta a Hong Kong, en barco de vapor	13 "
De Hong Kong a Yokohama (Japón), en barco de vapor	6 "
De Yokohama a San Francisco, en barco de vapor	22

"

De San Francisco a Nueva York, en tren 7 "

De Nueva York a Londres, en barco de vapor y en tren

9 "

Total 80 días".

"¡Sí, en ochenta días!", exclamó Stuart, que en su excitación hizo un trato falso. "Pero eso no tiene en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los accidentes ferroviarios, etc."

"Todo incluido", respondió Phileas Fogg, continuando con el juego a pesar de la discusión.

"Pero supongamos que los hindúes o los indios suben los raíles", replicó Stuart; "¡supongamos que detienen los trenes, saquean los furgones de equipaje y arrancan la cabellera a los pasajeros!"

"Todo incluido", replicó tranquilamente Fogg; añadiendo, mientras tiraba las cartas, "Dos triunfos".

Stuart, a quien le tocaba repartir, los recogió y continuó: "Tiene usted razón, en teoría, Sr. Fogg, pero en la práctica..."

"Prácticamente también, Sr. Stuart".

"Me gustaría verte hacerlo en ochenta días".

"Depende de ti. ¿Nos vamos?"

"¡El cielo me guarde! Pero apostaría cuatro mil libras a que ese viaje, hecho en estas condiciones, es imposible".

"Es muy posible, por el contrario", respondió el señor Fogg.

"¡Bueno, pues hazlo!"

"¿La vuelta al mundo en ochenta días?"

"Sí".

"Nada me gustaría más".

"¿Cuándo?"

"De inmediato. Sólo te advierto que lo haré a tu costa".

"¡Es absurdo!", gritó Stuart, que empezaba a estar molesto por la persistencia de su amigo. "Vamos, sigamos con el juego".

"Trato de nuevo, entonces", dijo Phileas Fogg. "Hay un trato falso".

Stuart cogió la mochila con una mano febril; luego volvió a dejarla de repente.

"Bien, señor Fogg", dijo, "así será: Apostaré los cuatro mil por ello".

"Cálmate, mi querido Stuart", dijo Fallentin. "Es sólo una broma".

"Cuando digo que apuesto", respondió Stuart, "lo digo en serio".

"De acuerdo", dijo el señor Fogg; y, volviéndose hacia los demás, continuó: "Tengo un depósito de veinte mil en Baring's que arriesgaré de

buen grado".

"¡Veinte mil libras!" gritó Sullivan. "¡Veinte mil libras, que perderías por un simple retraso accidental!"

"Lo imprevisto no existe", respondió tranquilamente Phileas Fogg.

"Pero, señor Fogg, ochenta días son sólo la estimación del menor tiempo posible en que se puede hacer el viaje".

"Un mínimo bien utilizado basta para todo".

"Pero, para no sobrepasarlo, hay que saltar matemáticamente de los trenes a los vapores, y de los vapores a los trenes de nuevo".

"Voy a saltar -matemáticamente-".

"Estás bromeando".

"Un verdadero inglés no bromea cuando habla de algo tan serio como una apuesta", respondió Phileas Fogg, solemnemente. "Apuesto veinte mil libras contra quien lo desee a que haré la vuelta al mundo en ochenta días o menos; en mil novecientas veinte horas, o en ciento quince mil doscientos minutos. ¿Acepta?"

"Aceptamos", respondieron los señores Stuart, Fallentin, Sullivan, Flanagan y Ralph, después de consultarse.

"Bien", dijo el señor Fogg. "El tren sale para Dover a las nueve menos cuarto. Lo tomaré".

"¿Esta misma tarde?", preguntó Stuart.

"Esta misma tarde", respondió Phileas Fogg. Sacó y consultó un almanaque de bolsillo, y añadió: "Como hoy es miércoles, 2 de octubre, deberé estar en Londres, en esta misma sala del Reform Club, el sábado 21 de diciembre, a las nueve y cuarto de la noche; de lo contrario, las veinte mil libras, ahora depositadas a mi nombre en Baring's, les pertenecerán, de hecho y de derecho, señores. Aquí hay un cheque por la cantidad".

En seguida se redactó un acta de la apuesta, que fue firmada por las seis partes, durante la cual Phileas Fogg conservó una compostura estoica. Ciertamente no apostaba para ganar, y sólo había apostado las veinte mil libras, la mitad de su fortuna, porque preveía que podría tener que gastar la otra mitad para llevar a cabo este difícil, por no decir inalcanzable, proyecto. En cuanto a sus antagonistas, parecían muy agitados; no tanto por el valor de su apuesta, sino porque tenían algunos escrúpulos para apostar en condiciones tan difíciles para su amigo.

El reloj dio las siete, y el grupo se ofreció a suspender el juego para que el señor Fogg pudiera hacer sus preparativos para partir.

"Ya estoy listo", fue su tranquila respuesta. "Los diamantes son triunfos: sean tan buenos como para jugar, caballeros".

CAPÍTULO IV.

EN EL QUE PHILEAS FOGG ASOMBRA A PASSEPARTOUT, SU CRIADO

Después de haber ganado veinte guineas en el whist, y de despedirse de sus amigos, Phileas Fogg, a las siete y veinticinco minutos, abandonó el Reform Club.

Picaporte, que había estudiado concienzudamente el programa de sus obligaciones, se sorprendió más de la cuenta al ver a su amo culpable de la inexactitud de presentarse a esta hora desacostumbrada; pues, según la regla, no debía presentarse en Saville Row hasta precisamente la medianoche.

El señor Fogg se dirigió a su dormitorio y gritó: "¡Passepartout!".

Picaporte no respondió. No podía ser él quien fuera llamado; no era la hora adecuada.

"¡Passepartout!", repitió el señor Fogg, sin levantar la voz.

Passepartout hizo su aparición.

"Te he llamado dos veces", observó su amo.

"Pero no es medianoche", respondió el otro, mostrando su reloj.

"Lo sé; no te culpo. Partimos hacia Dover y Calais en diez minutos".

Una sonrisa de perplejidad se dibujó en el rostro redondo de Picaporte; era evidente que no había comprendido a su amo.

"¿El señor se va a ir de casa?"

"Sí", respondió Phileas Fogg. "Vamos a dar la vuelta al mundo".

Picaporte abrió mucho los ojos, enarcó las cejas, levantó las manos y parecía estar a punto de derrumbarse, tan abrumado por la estupefacción.

"¡Ronda al mundo!", murmuró.

"En ochenta días", respondió el señor Fogg. "Así que no tenemos un momento que perder".

"¿Pero los baúles?", jadeó Picaporte, moviendo inconscientemente la cabeza de derecha a izquierda.

"No tendremos baúles; sólo una bolsa de alfombra, con dos camisas y tres pares de medias para mí, y lo mismo para ti. Compraremos nuestra ropa en el camino. Trae mi impermeable y mi capa de viaje, y algunos zapatos resistentes, aunque no caminaremos mucho. Date prisa".

Picaporte intentó responder, pero no pudo. Salió, montó en su propia habitación, se dejó caer en una silla y murmuró "¡Qué bien, eso es! Y yo, que quería quedarme callado".

Se puso mecánicamente a hacer los preparativos para la partida. La vuelta al mundo en ochenta días. ¿Era su amo un tonto? No. ¿Era una broma, entonces? Iban a Dover; ¡bien! A Calais; ¡bien otra vez! Después de todo, Picaporte, que llevaba cinco años fuera de Francia, no lamentaría volver a pisar su tierra natal. Tal vez irían hasta París, y le haría bien a sus ojos ver París una vez más. Pero seguramente un caballero tan receloso de sus pasos se detendría allí; sin duda; pero, entonces, no era menos cierto que se iba, esta persona tan doméstica hasta ahora.

A las ocho, Picaporte había hecho la modesta bolsa de alfombra, que contenía los armarios de su amo y de él mismo; luego, todavía con la mente turbada, cerró cuidadosamente la puerta de su habitación, y bajó a ver al señor Fogg.

El señor Fogg estaba muy preparado. Bajo su brazo se podía observar un ejemplar encuadernado en rojo de la Guía General y de Tránsito de Vapores de los Ferrocarriles Continentales de Bradshaw, con sus horarios de llegada y salida de los vapores y ferrocarriles. Cogió la bolsa de la alfombra, la abrió y metió en ella un buen rollo de billetes del Banco de Inglaterra, que le serviría para ir a cualquier sitio.

"¿No has olvidado nada?", preguntó él.

"Nada, monsieur".

"¿Mi mackintosh y mi capa?"

"Aquí están".

"¡Bien! Toma esta bolsa de alfombras", entregándosela a Picaporte. "Cuídala bien, porque hay veinte mil libras en ella".

A Picaporte casi se le cae la bolsa, como si las veinte mil libras fueran de oro y le pesaran.

Maestro y hombre bajaron entonces, la puerta de la calle se cerró con doble llave, y al final de Saville Row tomaron un taxi y se dirigieron rápidamente a Charing Cross. El taxi se detuvo ante la estación de tren a las ocho y veinte minutos. Picaporte saltó de la caja y siguió a su amo, quien, después de pagar al taxista, se disponía a entrar en la estación, cuando una pobre mendiga, con un niño en brazos, los pies desnudos y embadurnados de barro, la cabeza cubierta con un mísero gorro del que colgaba una pluma harapienta, y los hombros envueltos en un chal raído, se acercó y pidió limosna.

El señor Fogg sacó las veinte guineas que acababa de ganar en el whist, y se las entregó a la mendiga, diciendo: "Toma, mi buena mujer. Me alegro de haberla conocido", y siguió adelante.

Picaporte tuvo una sensación de humedad en los ojos; la acción de su amo le tocó el corazón susceptible.

Habiendo comprado rápidamente dos billetes de primera clase para París, el señor Fogg cruzaba la estación hacia el tren, cuando vio a sus cinco amigos de la Reforma.

"Bien, señores", dijo, "me voy, ya ven; y, si examinan mi pasaporte cuando regrese, podrán juzgar si he cumplido el viaje acordado".

"Oh, eso sería totalmente innecesario, señor Fogg", dijo Ralph cortésmente. "Confiaremos en su palabra, como caballero de honor".

"¿No se olvida de cuándo tiene que volver a Londres?", preguntó Stuart.

"En ochenta días; el sábado 21 de diciembre de 1872, a las nueve y cuarto de la noche. Adiós, señores".

Phileas Fogg y su criado se sentaron en un vagón de primera clase cuando faltaban veinte minutos para las nueve; cinco minutos después sonó el silbato y el tren se deslizó lentamente fuera de la estación.

La noche era oscura y caía una lluvia fina y constante. Phileas Fogg, cómodamente instalado en su rincón, no abrió los labios. Picaporte, que aún no se había recuperado de su estupefacción, se aferraba mecánicamente a la bolsa de la alfombra, con su enorme tesoro.

Justo cuando el tren atravesaba Sydenham, Picaporte lanzó de repente un grito de desesperación.

"¿Qué ocurre?", preguntó el señor Fogg.

"¡Ay! Con las prisas... me olvidé..."

"¿Qué?"

"¡Para cerrar el gas en mi habitación!"

"Muy bien, joven", respondió el señor Fogg, con frialdad; "se quemará... a su costa".

CAPÍTULO V.

EN EL QUE APARECE UNA NUEVA ESPECIE DE FONDOS, DESCONOCIDOS POR LOS HOMBRES DE DINERO, SOBRE "EL CAMBIO

Phileas Fogg sospechaba, con razón, que su partida de Londres crearía una animada sensación en el West End. La noticia de la apuesta se extendió por el Reform Club y proporcionó un tema de conversación apasionante a sus miembros. Desde el club pronto llegó a los periódicos de toda Inglaterra. La presumida "vuelta al mundo" se comentaba, se discutía y se argumentaba con tanto calor como si se tratara de otra reivindicación de Alabama. Algunos tomaron partido por Phileas Fogg, pero la gran mayoría sacudió la cabeza y se declaró en contra; era absurdo, imposible, declararon, que la vuelta al mundo pudiera realizarse, salvo teóricamente y sobre el papel, en ese mínimo de tiempo y con los medios de viaje existentes. El *Times*, el *Standard*, el *Morning Post* y el *Daily News*, así como otros veinte periódicos muy respetables, tacharon de locura el proyecto del señor Fogg; sólo el *Daily Telegraph* lo apoyó con vacilaciones. La gente en general lo consideraba un lunático, y culpaba a sus amigos del Reform Club por haber aceptado una apuesta que delataba la aberración mental de su proponente.

Aparecieron artículos no menos apasionados que lógicos sobre la cuestión, pues la geografía es uno de los temas favoritos de los ingleses; y las columnas dedicadas a la aventura de Phileas Fogg fueron devoradas con avidez por todas las clases de lectores. Al principio, algunos individuos temerarios, principalmente del sexo débil, se adhirieron a su causa, que se hizo aún más popular cuando el *Illustrated London News* publicó su retrato, copiado de una fotografía del Reform Club. Algunos lectores del *Daily Telegraph* incluso se atrevieron a decir: "¿Por qué no, después de todo? Cosas más extrañas han sucedido".

Por fin, el 7 de octubre apareció un largo artículo en el boletín de la Real Sociedad Geográfica, que trataba la cuestión desde todos los puntos de vista y demostraba la absoluta insensatez de la empresa.

Todo, decía, estaba en contra de los viajeros, todo obstáculo impuesto tanto por el hombre como por la naturaleza. Una concordancia milagrosa de

las horas de salida y llegada, que era imposible, era absolutamente necesaria para su éxito. Tal vez podría contar con la llegada de los trenes a las horas señaladas en Europa, donde las distancias eran relativamente moderadas; pero cuando calculaba cruzar la India en tres días y los Estados Unidos en siete, ¿podría confiar más allá de toda duda en el cumplimiento de su tarea? Los accidentes de la maquinaria, la posibilidad de que los trenes se salieran de la línea, los choques, el mal tiempo, el bloqueo por la nieve... ¿no estaban todos en contra de Phileas Fogg? ¿No se encontraría, al viajar en barco de vapor en invierno, a merced de los vientos y las nieblas? ¿Es raro que los mejores vapores oceánicos lleven dos o tres días de retraso? Pero un solo retraso bastaría para romper fatalmente la cadena de comunicación; si Phileas Fogg perdiera una vez, aunque fuera por una hora, un vapor, tendría que esperar al siguiente, y eso haría irremediablemente vano su intento.

Este artículo hizo mucho ruido y, al ser copiado en todos los periódicos, deprimió seriamente a los defensores del turista temerario.

Todo el mundo sabe que Inglaterra es el mundo de los hombres que apuestan, que son de una clase superior a los simples jugadores; apostar está en el temperamento inglés. No sólo los miembros de la Reforma, sino el público en general, hicieron fuertes apuestas a favor o en contra de Phileas Fogg, que fue anotado en los libros de apuestas como si fuera un caballo de carreras. Se emitieron bonos, que aparecieron en 'Change; los "bonos Phileas Fogg" se ofrecieron a la par o con prima, y se hizo un gran negocio con ellos. Pero cinco días después de la aparición del artículo en el boletín de la Sociedad Geográfica, la demanda comenzó a disminuir: "Phileas Fogg" declinó. Se ofrecieron por paquetes, primero de cinco, luego de diez, hasta que por fin nadie quiso aceptar menos de veinte, cincuenta, cien.

Lord Albemarle, un anciano caballero paralítico, era ahora el único defensor de Phileas Fogg que quedaba. Este noble señor, que estaba atado a su silla, habría dado su fortuna por poder dar la vuelta al mundo, aunque le costara diez años; y apostó cinco mil libras por Phileas Fogg. Cuando se le señaló la locura y la inutilidad de la aventura, se contentó con responder: "Si la cosa es factible, el primero en hacerla debería ser un inglés".

El partido de Fogg disminuía cada vez más, todo el mundo iba en su contra, y las apuestas se situaban en ciento cincuenta y doscientos a uno; y una semana después de su partida se produjo un incidente que le privó de partidarios a cualquier precio.

El comisario de policía estaba sentado en su despacho a las nueve de la noche, cuando llegó a sus manos el siguiente despacho telegráfico:

De Suez a Londres.

ROWAN, COMISIONADO DE POLICÍA DE SCOTLAND YARD:

He encontrado al ladrón de bancos, Phileas Fogg. Envíe sin demora una orden de arresto a Bombay.

FIX, *detective*.

El efecto de este envío fue instantáneo. El pulido caballero desapareció para dar paso al ladrón de bancos. Su fotografía, que estaba colgada con las del resto de los miembros del Reform Club, fue examinada minuciosamente, y traicionó, rasgo por rasgo, la descripción del ladrón que había sido proporcionada a la policía. Se recordaron las misteriosas costumbres de Phileas Fogg; sus costumbres solitarias, su repentina partida; y parecía claro que, al emprender una vuelta al mundo con el pretexto de una apuesta, no había tenido otro fin que el de eludir a los detectives y despistarles.

CAPÍTULO VI.

EN EL QUE FIX, EL DETECTIVE, TRAICIONA UNA IMPACIENCIA MUY NATURAL

Las circunstancias en las que se envió este despacho telegráfico sobre Phileas Fogg fueron las siguientes:

El vapor "Mongolia", perteneciente a la Compañía Peninsular y Oriental, construido en hierro, de dos mil ochocientas toneladas de carga y quinientos caballos de fuerza, llegó a las once de la mañana del miércoles 9 de octubre a Suez. El "Mongolia" navegaba regularmente entre Brindisi y Bombay *por* el Canal de Suez, y era uno de los vapores más rápidos de la compañía, haciendo siempre más de diez nudos por hora entre Brindisi y Suez, y nueve y medio entre Suez y Bombay.

Dos hombres se paseaban por los muelles, entre la multitud de nativos y forasteros que se encontraban en esta aldea, que en otro tiempo era un pueblo rezagado, y que ahora, gracias a la empresa de M. Lesseps, se estaba convirtiendo en una ciudad en rápido crecimiento. Uno de ellos era el cónsul británico en Suez, quien, a pesar de las profecías del gobierno inglés y de los pronósticos desfavorables de Stephenson, tenía la costumbre de ver, desde la ventana de su oficina, los barcos ingleses que iban y venían por el gran canal, por el cual la antigua ruta de ida y vuelta de Inglaterra a la India por el Cabo de Buena Esperanza se había reducido por lo menos a la mitad. El otro era un personaje pequeño y de complexión delgada, con un rostro nervioso e inteligente, y unos ojos brillantes que asomaban bajo unas cejas que movía incesantemente. En ese momento manifestaba signos inequívocos de impaciencia, paseándose nerviosamente de un lado a otro, y sin poder quedarse quieto ni un momento. Se trataba de Fix, uno de los detectives que habían sido enviados desde Inglaterra en busca del ladrón del banco; su tarea era vigilar de cerca a todos los pasajeros que llegaban a Suez, y seguir a todos los que parecieran personajes sospechosos, o que se parecieran a la descripción del criminal, que había recibido dos días antes de la jefatura de policía de Londres. El detective estaba evidentemente inspirado por la esperanza de obtener la espléndida recompensa que sería el premio del éxito, y esperaba con una impaciencia febril, fácil de comprender, la llegada del vapor "Mongolia".

"¿Así que dice usted, cónsul", preguntó por vigésima vez, "que este vapor nunca se retrasa?"

"No, señor Fix", respondió el cónsul. "Se le dio un beso ayer en Port Said, y el resto del camino no tiene ninguna importancia para una embarcación así. Repito que el "Mongolia" se ha adelantado al tiempo exigido por el reglamento de la compañía, y ha ganado el premio concedido por exceso de velocidad."

"¿Viene directamente de Brindisi?"

"Directamente desde Brindisi; toma allí los correos de la India, y salió de allí el sábado a las cinco de la tarde. Pero realmente, no veo cómo, por la descripción que usted tiene, podrá reconocer a su hombre, aunque esté a bordo del "Mongolia".

"Un hombre siente más bien la presencia de estos tipos, cónsul, que los reconoce. Hay que tener olfato para ellos, y el olfato es como un sexto sentido que combina el oído, la vista y el olfato. He arrestado a más de uno de estos caballeros en mi época, y, si mi ladrón está a bordo, responderé por él; no se me escapará".

"Eso espero, Sr. Fix, porque fue un robo muy fuerte".

"Un magnífico robo, cónsul; ¡cincuenta y cinco mil libras! No tenemos a menudo tales ganancias inesperadas. ¡Los ladrones se están volviendo tan despreciables hoy en día! ¡Un tipo es colgado por un puñado de chelines!"

"Señor Fix", dijo el cónsul, "me gusta vuestra manera de hablar, y espero que tengáis éxito; pero me temo que no lo encontraréis nada fácil. ¿No veis que la descripción que tenéis ahí tiene un singular parecido con un hombre honrado?"

"Cónsul", observó el detective de forma dogmática, "los grandes ladrones siempre se parecen a la gente honesta. Los tipos que tienen caras de pillos sólo tienen un camino que tomar, y es el de seguir siendo honestos; de lo contrario, serían arrestados de improviso. Lo artístico es desenmascarar los rostros honestos; no es una tarea ligera, lo reconozco, pero es un verdadero arte."

Evidentemente, al Sr. Fix no le faltaba una pizca de autoestima.

Poco a poco, la escena en el muelle se fue animando; marineros de diversas naciones, comerciantes, agentes navieros, porteadores, fellahs, iban de un lado a otro como si se esperara inmediatamente el vapor. El tiempo era claro y ligeramente fresco. Los minaretes de la ciudad se alzaban sobre las casas bajo los pálidos rayos del sol. Un muelle, de unos dos mil metros de longitud, se extendía hasta la rada. En el Mar Rojo se distinguían varios barcos de pesca y de cabotaje, algunos de los cuales conservaban la fantástica forma de las antiguas galeras.

Al pasar entre la ajetreada multitud, Fix, según su costumbre, escrutó a los transeúntes con una mirada aguda y rápida.

Eran ya las diez y media.

"¡El vapor no viene!", exclamó, cuando el reloj del puerto sonó.

"No puede estar muy lejos ahora", respondió su compañero.

"¿Cuánto tiempo parará en Suez?"

"Cuatro horas; tiempo suficiente para introducir el carbón. Hay mil trescientas diez millas desde Suez hasta Adén, en el otro extremo del Mar Rojo, y tiene que tomar un nuevo suministro de carbón".

"¿Y va de Suez directamente a Bombay?"

"Sin poner en ningún sitio".

"¡Bien!", dijo Fix. "Si el ladrón está a bordo, se bajará sin duda en Suez, para llegar a las colonias holandesas o francesas de Asia por otra ruta. Debería saber que no estaría seguro ni una hora en la India, que es suelo inglés".

"A menos", objetó el cónsul, "que sea excepcionalmente astuto. Un criminal inglés, ya sabe, siempre está mejor escondido en Londres que en cualquier otro lugar".

Esta observación dio que pensar al detective, y mientras tanto el cónsul se fue a su despacho. Fix, al quedarse solo, estaba más impaciente que nunca, pues presentía que el ladrón estaba a bordo del "Mongolia". Si efectivamente había salido de Londres con la intención de llegar al Nuevo Mundo, naturalmente tomaría la ruta *viâ* India, menos vigilada y más difícil de vigilar que la del Atlántico. Pero las reflexiones de Fix fueron pronto interrumpidas por una sucesión de agudos silbidos, que anunciaban la llegada del "Mongolia". Los porteros y los fellahs se precipitaron por el muelle, y una docena de botes se alejaron de la orilla para ir al encuentro del vapor. Pronto apareció su gigantesco casco pasando entre las orillas, y a las once de la noche ancló en la carretera. Traía un número inusitado de pasajeros, algunos de los cuales permanecieron en cubierta para contemplar el pintoresco panorama de la ciudad, mientras que la mayor parte desembarcó en los botes y desembarcó en el muelle.

Fix tomó posición y examinó cuidadosamente cada rostro y figura que hacía su aparición. En un momento dado, uno de los pasajeros, después de abrirse paso vigorosamente entre la importuna multitud de porteadores, se acercó a él y le preguntó amablemente si podía indicarle el consulado inglés, mostrando al mismo tiempo un pasaporte que deseaba hacer *visar*. Fix tomó instintivamente el pasaporte, y con una rápida mirada leyó la descripción de su portador. Casi se le escapó un movimiento involuntario de sorpresa, pues la descripción del pasaporte era idéntica a la del ladrón de bancos que había recibido de Scotland Yard.

"¿Es este su pasaporte?", preguntó él.

"No, es de mi maestro".

"Y tu maestro es..."

"Se quedó a bordo".

"Pero debe ir al cónsul en persona, para establecer su identidad".

"Oh, ¿es necesario?"

"Bastante indispensable".

"¿Y dónde está el consulado?"

"Allí, en la esquina de la plaza", dijo Fix, señalando una casa a doscientos pasos.

"Iré a buscar a mi amo, que no estará muy contento, sin embargo, de ser molestado".

El pasajero se inclinó ante Fix, y volvió al vapor.

CAPÍTULO VII.

QUE DEMUESTRA UNA VEZ MÁS LA INUTILIDAD DE LOS PASAPORTES COMO AYUDA A LOS DETECTIVES

El detective bajó por el muelle y se dirigió rápidamente al despacho del cónsul, donde fue admitido de inmediato en presencia de ese funcionario.

"Cónsul", dijo él, sin preámbulos, "tengo fuertes razones para creer que mi hombre es un pasajero del 'Mongolia'". Y narró lo que acababa de pasar en relación con el pasaporte.

"Bien, señor Fix", contestó el cónsul, "no lamentaré ver la cara de ese bribón; pero tal vez no venga aquí, es decir, si es la persona que usted supone que es. A un ladrón no le gusta mucho dejar rastros de su huida; y, además, no está obligado a hacer refrendar su pasaporte."

"Si es tan astuto como creo que es, cónsul, vendrá".

"¿Para tener su pasaporte *visado*? "

"Sí. Los pasaportes sólo sirven para molestar a la gente honrada y para ayudar a la fuga de los pícaros. Le aseguro que será lo más adecuado para él; pero espero que no *visé* el pasaporte".

"¿Por qué no? Si el pasaporte es auténtico no tengo derecho a negarme".

"Aun así, debo mantener a este hombre aquí hasta que pueda conseguir una orden de arresto de Londres".

"Ah, ese es tu vigía. Pero no puedo..."

El cónsul no terminó su frase, pues mientras hablaba se oyó llamar a la puerta, y entraron dos desconocidos, uno de los cuales era el criado que Fix había conocido en el muelle. El otro, que era su amo, le tendió su pasaporte con la petición de que el cónsul le hiciera el favor de *visarlo*. El cónsul tomó el documento y lo leyó cuidadosamente, mientras Fix observaba, o más bien devoraba, al desconocido con la mirada desde un rincón de la habitación.

"¿Es usted el señor Phileas Fogg?", dijo el cónsul, tras leer el pasaporte.

"Lo estoy haciendo".

"¿Y este hombre es su sirviente?"

"Él es: un francés, llamado Passepartout".

"¿Eres de Londres?"

"Sí".

"Y tú vas a..."

"A Bombay".

"Muy bien, señor. ¿Sabe que el *visado* es inútil, y que no se necesita pasaporte?"

"Lo sé, señor", respondió Phileas Fogg; "pero quiero probar, con su *visado*, que he venido por Suez".

"Muy bien, señor".

El cónsul procedió a firmar y fechar el pasaporte, tras lo cual añadió su sello oficial. El señor Fogg pagó los honorarios habituales, hizo una fría reverencia y salió seguido por su criado.

"¿Y bien?", preguntó el detective.

"Bueno, parece y actúa como un hombre perfectamente honesto", respondió el cónsul.

"Posiblemente; pero esa no es la cuestión. ¿Cree usted, cónsul, que este flemático caballero se parece, rasgo por rasgo, al ladrón cuya descripción he recibido?"

"Lo reconozco; pero entonces, ya sabes, todas las descripciones..."

"Me aseguraré de ello", interrumpió Fix. "El criado me parece menos misterioso que el amo; además, es un francés, y no puede dejar de hablar. Disculpadme un poco, cónsul".

Fix partió en busca de Passepartout.

Mientras tanto, el señor Fogg, después de dejar el consulado, se dirigió al muelle, dio algunas órdenes a Picaporte, se dirigió al "Mongolia" en un bote, y bajó a su camarote. Tomó su cuaderno de notas, que contenía las siguientes anotaciones:

"Salió de Londres, el miércoles 2 de octubre, a las 8.45 p.m.

"Llegada a París, jueves 3 de octubre, a las 7.20 horas.

"Salió de París, el jueves, a las 8.40 horas.

"Llegada a Turín por el Mont Cenis, el viernes 4 de octubre, a las 6.35 horas.

"Salió de Turín, el viernes, a las 7.20 a.m.

"Llegamos a Brindisi, el sábado 5 de octubre, a las 16 horas.

"Navegó en el 'Mongolia', el sábado, a las 5 p.m.

"Llegó a Suez, el miércoles 9 de octubre, a las 11 de la mañana.

"Total de horas empleadas, 158½; o, en días, seis días y medio".

Estas fechas estaban inscritas en un itinerario dividido en columnas, indicando el mes, el día del mes y el día de las llegadas estipuladas y reales a cada punto principal -París, Brindisi, Suez, Bombay, Calcuta, Singapur, Hong Kong, Yokohama, San Francisco, Nueva York y Londres- desde el 2

de octubre hasta el 21 de diciembre; y dando un espacio para anotar la ganancia o la pérdida sufrida al llegar a cada localidad. Este registro metódico contenía, pues, una relación de todo lo necesario, y el señor Fogg sabía siempre si estaba atrasado o adelantado a su tiempo. Este viernes, 9 de octubre, anotó su llegada a Suez, y observó que todavía no había ganado ni perdido nada. Se sentó tranquilamente a desayunar en su camarote, sin pensar ni una sola vez en inspeccionar la ciudad, siendo uno de esos ingleses que acostumbran a ver los países extranjeros a través de los ojos de sus domésticos.

CAPÍTULO VIII.

EN EL QUE PASSEPARTOUT HABLA MÁS DE LO QUE ES PRUDENTE

Fix no tardó en reunirse con Picaporte, que holgazaneaba y miraba a su alrededor en el muelle, como si no sintiera que él, al menos, estaba obligado a no ver nada.

"Bien, amigo mío", dijo el detective, acercándose a él, "¿tiene su pasaporte *visado*?"

"Ah, es usted, ¿verdad, monsieur?", respondió Passepartout. "Gracias, sí, el pasaporte está bien".

"¿Y estás mirando a tu alrededor?"

"Sí; pero viajamos tan rápido que parece que estoy viajando en un sueño. ¿Así que esto es Suez?"

"Sí".

"¿En Egipto?"

"Ciertamente, en Egipto".

"¿Y en África?"

"En África".

"¡En África!", repitió Picaporte. "¡Piense, monsieur, que no tenía idea de que fuéramos más allá de París; y todo lo que vi de París fue entre las siete y veinte minutos y las nueve de la mañana, entre las estaciones del Norte y de Lyon, a través de las ventanas de un coche, y bajo una lluvia torrencial! Cómo lamento no haber visto una vez más a Père la Chaise y el circo en los Campos Elíseos!"

"¿Tienes mucha prisa, entonces?"

"Yo no, pero mi amo sí. Por cierto, debo comprar unos zapatos y unas camisas. Nos fuimos sin baúles, sólo con una bolsa de alfombra".

"Te mostraré una excelente tienda para conseguir lo que quieres".

"Realmente, monsieur, es usted muy amable".

Y se marcharon juntos, con Passepartout charlando animadamente mientras avanzaban.

"Sobre todo", dijo, "no dejes que pierda el barco de vapor".

"Tienes tiempo de sobra; sólo son las doce".

Picaporte sacó su gran reloj. "¡Las doce!", exclamó; "por qué, sólo faltan ocho minutos para las diez".

"Tu reloj es lento".

"¿Mi reloj? Un reloj familiar, monsieur, que viene de mi bisabuelo. No varía ni cinco minutos en el año. Es un cronómetro perfecto, mire usted. "

"Ya veo cómo es", dijo Fix. "Habéis mantenido la hora de Londres, que lleva dos horas de retraso con respecto a la de Suez. Deberíais regular vuestro reloj al mediodía en cada país".

"¿Regulo mi reloj? Nunca".

"Bueno, entonces, no estará de acuerdo con el sol".

"Tanto peor para el sol, monsieur. ¡El sol se equivocará, entonces!"

Y el digno compañero devolvió el reloj a su leontina con un gesto desafiante. Después de unos minutos de silencio, Fix reanudó: "Entonces, ¿abandonasteis Londres precipitadamente?"

"¡Yo creo que sí! El viernes pasado, a las ocho de la tarde, Monsieur Fogg llegó a casa desde su club, y tres cuartos de hora después nos fuimos."

"Pero, ¿a dónde va tu maestro?"

"Siempre en línea recta. Está dando la vuelta al mundo".

"¿La vuelta al mundo?", gritó Fix.

"¡Sí, y en ochenta días! Dice que es por una apuesta; pero, entre nosotros, no creo ni una palabra. Eso no sería de sentido común. Hay algo más en el viento".

"¡Ah! El Sr. Fogg es un personaje, ¿verdad?"

"Yo diría que sí".

"¿Es rico?"

"Sin duda, pues lleva consigo una enorme suma en billetes nuevos. Y tampoco escatima el dinero en el camino: ha ofrecido una gran recompensa al maquinista del "Mongolia" si nos lleva a Bombay con mucha antelación."

"¿Y conoces a tu maestro desde hace mucho tiempo?"

"Pues no; entré a su servicio el mismo día que dejamos Londres".

Puede imaginarse el efecto de estas respuestas sobre el ya sospechoso y excitado detective. La precipitada salida de Londres, poco después del robo; la gran suma que llevaba el señor Fogg; su afán de llegar a países lejanos; el pretexto de una apuesta excéntrica y temeraria, todo confirmaba a Fix en su teoría. Siguió sonsacando al pobre Picaporte, y se enteró de que realmente sabía poco o nada de su amo, que vivía una existencia solitaria en Londres, del que se decía que era rico, aunque nadie sabía de dónde procedía su riqueza, y que era misterioso e impenetrable en sus asuntos y costumbres. Fix estaba seguro de que Phileas Fogg no desembarcaba en Suez, sino que se dirigía realmente a Bombay.

"¿Bombay está lejos de aquí?", preguntó Passepartout.

"Bastante lejos. Son diez días de viaje por mar".

"¿Y en qué país está Bombay?"

"India".

"¿En Asia?"

"Ciertamente".

"¡El dos! Iba a decirte que hay una cosa que me preocupa: ¡mi quemador!"

"¿Qué quemador?"

"Mi quemador de gas, que olvidé apagar, y que en este momento está ardiendo a mi costa. He calculado, monsieur, que pierdo dos chelines cada cuatro y veinte horas, exactamente seis peniques más de lo que gano; y comprenderá que cuanto más largo sea nuestro viaje..."

¿Fix prestó atención al problema de Passepartout sobre el gas? No es probable. No le escuchaba, sino que meditaba un proyecto. Passepartout y él habían llegado a la tienda, donde Fix dejó a su compañero para que hiciera sus compras, después de recomendarle que no perdiera el vapor, y se apresuró a volver al consulado. Ahora que estaba

bolsa en la mano, se dirigía a bordo del "Mongolia", y antes de que pasara mucho tiempo, el noble vapor salía a todo vapor sobre las aguas del Mar Rojo.

CAPÍTULO IX.

EN EL QUE EL MAR ROJO Y EL OCÉANO ÍNDICO SE MUESTRAN PROPICIOS A LOS DESIGNIOS DE PHILEAS FOGG

La distancia entre Suez y Adén es precisamente de mil trescientas diez millas, y el reglamento de la compañía permite a los vapores ciento treinta y ocho horas para recorrerla. El "Mongolia", gracias a los vigorosos esfuerzos del maquinista, parecía capaz, por su rapidez, de llegar a su destino en un tiempo considerablemente inferior. La mayor parte de los pasajeros de Brindisi se dirigían a la India, algunos a Bombay, otros a Calcuta, pasando por Bombay, la ruta más cercana, ahora que un ferrocarril atraviesa la península india. Entre los pasajeros había un número de funcionarios y oficiales militares de diversos grados, estos últimos están adscritos a las fuerzas regulares británicas o al mando de las tropas Sepoy, y reciben altos salarios desde que el gobierno central ha asumido los poderes de la Compañía de las Indias Orientales: los subtenientes reciben 280 libras, los brigadieres, 2.400 libras, y los generales de las divisiones, 4.000 libras. Con los militares, un número de jóvenes ingleses ricos en sus viajes, y los esfuerzos hospitalarios del sobrecargo, el tiempo pasó rápidamente en el "Mongolia". En las mesas de los camarotes se ofrecía lo mejor en el desayuno, el almuerzo, la cena y la cena de las ocho, y las damas se cambiaban escrupulosamente de baño dos veces al día; y las horas se pasaban, cuando el mar estaba tranquilo, con música, bailes y juegos.

Pero el Mar Rojo está lleno de caprichos, y a menudo es bullicioso, como la mayoría de los golfos largos y estrechos. Cuando el viento venía de la costa africana o asiática, el "Mongolia", con su largo casco, se balanceaba de forma temible. Entonces, las damas desaparecían rápidamente en la parte inferior; los pianos callaban; los cantos y los bailes cesaban repentinamente. Sin embargo, el buen barco seguía adelante, sin que el viento ni las olas lo retrasaran, hacia el estrecho de Bab-el-Mandeb. ¿Qué hacía Phileas Fogg durante todo este tiempo? Podría pensarse que, en su ansiedad, estaba constantemente atento a los cambios de viento, a la furia desordenada de las olas, a cualquier posibilidad, en fin, que pudiera obligar al "Mongolia" a

disminuir su velocidad, e interrumpir así su viaje. Pero, si pensaba en estas posibilidades, no lo revelaba con ningún signo externo.

Siempre el mismo miembro impassible del Reform Club, a quien ningún incidente podía sorprender, tan invariable como los cronómetros del barco, y que rara vez tenía la curiosidad de subir a la cubierta, pasó por las memorables escenas del Mar Rojo con fría indiferencia; No se preocupó de reconocer las históricas ciudades y aldeas que, a lo largo de sus fronteras, levantaban sus pintorescos contornos contra el cielo; y no traicionó ningún temor a los peligros del Golfo Árabe, del que los antiguos historiadores siempre hablaban con horror, y en el que los antiguos navegantes nunca se aventuraban sin propiciar a los dioses con amplios sacrificios. ¿Cómo pasaba el tiempo este excéntrico personaje en el "Mongolia"? Hacía todos los días sus cuatro abundantes comidas, a pesar de los más persistentes balanceos y cabeceos del vapor; y jugaba infatigablemente al whist, pues había encontrado compañeros tan entusiastas en el juego como él. Un recaudador de impuestos, que se dirigía a su puesto en Goa; el reverendo Decimus Smith, que regresaba a su parroquia de Bombay, y un general de brigada del ejército inglés, que estaba a punto de reincorporarse a su brigada en Benarés, formaban el grupo, y, con el señor Fogg, jugaban juntos al whist por horas en un silencio absorbente.

En cuanto a Picaporte, él también se había librado del mareo, y tomaba sus comidas concienzudamente en el camarote de proa. Disfrutaba bastante del viaje, pues estaba bien alimentado y alojado, se interesaba mucho por las escenas por las que pasaban y se consolaba con la ilusión de que el capricho de su amo terminaría en Bombay. Al día siguiente de salir de Suez, se alegró de encontrar en cubierta a la persona tan amable con la que había paseado y charlado en los muelles.

"Si no me equivoco", dijo, acercándose a esta persona, con su más amable sonrisa, "¿es usted el caballero que tan amablemente se ofreció a guiarme en Suez?"

"¡Ah! Te reconozco perfectamente. Usted es el sirviente del extraño inglés..."

"Así es, monsieur..."

"Arreglar".

"Señor Fix", continuó Picaporte, "estoy encantado de encontrarle a bordo. ¿Adónde vais?"

"Como tú, a Bombay".

"¿Eso es capital! ¿Has hecho este viaje antes?"

"Varias veces. Soy uno de los agentes de la Compañía Peninsular".

"¿Entonces conoces la India?"

"Pues sí", respondió Fix, que habló con cautela.

"¿Un lugar curioso, esta India?"

"Oh, muy curioso. Mezquitas, minaretes, templos, faquires, pagodas, tigres, serpientes, elefantes. Espero que tengas tiempo de sobra para ver los lugares de interés".

"Eso espero, Monsieur Fix. Ya veis que un hombre sensato no debe pasarse la vida saltando de un barco de vapor a un tren de ferrocarril, y de un tren de ferrocarril a un barco de vapor de nuevo, pretendiendo dar la vuelta al mundo en ochenta días. No; toda esta gimnasia, puede estar seguro, cesará en Bombay".

"¿Y al señor Fogg le va bien?", preguntó Fix, con el tono más natural del mundo.

"Bastante bien, y yo también. Como como un ogro hambriento; es el aire del mar".

"Pero nunca veo a tu maestro en cubierta".

"Nunca; no tiene la menor curiosidad".

"¿Sabe usted, señor Passepartout, que esta pretendida gira en ochenta días puede ocultar algún recado secreto, tal vez una misión diplomática?"

"Fe, Monsieur Fix, le aseguro que no sé nada al respecto, ni daría media corona por averiguarlo".

Después de este encuentro, Picaporte y Fix tomaron la costumbre de charlar juntos, y este último se empeñó en ganarse la confianza de aquel hombre. A menudo le ofrecía un vaso de whisky o de cerveza blanca en el bar del vapor, que Passepartout no dejaba de aceptar con graciosa presteza, pronunciando mentalmente a Fix como el mejor de los buenos compañeros.

Mientras tanto, el "Mongolia" avanzaba rápidamente; el día 13 se divisó Mocha, rodeada de sus murallas en ruinas, sobre las que crecían árboles de dátiles, y en las montañas de más allá se divisaban vastos campos de café. Picaporte quedó maravillado al contemplar este célebre lugar, y pensó que, con sus murallas circulares y su fortaleza desmantelada, parecía una inmensa taza y un platillo de café. La noche siguiente atravesaron el estrecho de Bab-el-Mandeb, que significa en árabe "el puente de las lágrimas", y al día siguiente atracaron en Steamer Point, al noroeste del puerto de Adén, para cargar carbón. Este asunto de abastecer de combustible a los vapores es muy serio a tales distancias de las minas de carbón; le cuesta a la Compañía Peninsular unas ochocientas mil libras al año. En estos mares lejanos, el carbón vale tres o cuatro libras esterlinas la tonelada.

El "Mongolia" tenía todavía que recorrer mil seiscientas cincuenta millas antes de llegar a Bombay, y se vio obligado a permanecer cuatro horas en Steamer Point para cargar carbón. Pero este retraso, como estaba previsto, no afectó al programa de Phileas Fogg; además, el "Mongolia", en lugar de llegar a Adén en la mañana del 15, cuando debía hacerlo, llegó allí en la tarde del 14, lo que supone una ganancia de quince horas.

El señor Fogg y su criado desembarcaron en Adén para hacer *visar* de nuevo el pasaporte; Fix, sin ser observado, les siguió. Conseguido el *visado*, el señor Fogg volvió a bordo para reanudar sus antiguas costumbres; mientras que Picaporte, según la costumbre, se paseaba entre la población mixta de somalíes, banyanos, parsis, judíos, árabes y europeos que componen los veinticinco mil habitantes de Adén. Contempló con asombro las fortificaciones que hacen de este lugar el Gibraltar del Océano Índico, y las vastas cisternas donde los ingenieros ingleses siguen trabajando, dos mil años después de los ingenieros de Salomón.

"Muy curioso, *muy* curioso", se dijo Picaporte, al volver al vapor. "Veo que no es en absoluto inútil viajar, si un hombre quiere ver algo nuevo". A las seis de la tarde, el "Mongolia" salió lentamente de la rada, y pronto estuvo de nuevo en el Océano Índico. Tenía ciento sesenta y ocho horas para llegar a Bombay, y el mar era favorable, el viento era del noroeste, y todas las velas ayudaban a la máquina. El vapor no se movió mucho, las damas, con nuevos baños, reaparecieron en cubierta, y se reanudaron los cantos y los bailes. El viaje se realizaba con gran éxito, y Picaporte estaba encantado con la agradable compañía que el azar le había asegurado en la persona de la encantadora Fix. El domingo 20 de octubre, hacia el mediodía, llegaron a la vista de la costa de la India; dos horas más tarde, el piloto subió a bordo. Una cadena de colinas se recortaba contra el cielo en el horizonte, y pronto aparecieron claramente las hileras de palmeras que adornan Bombay. El vapor entró en la carretera formada por las islas de la bahía, y a las cuatro y media atracó en los muelles de Bombay.

Phileas Fogg estaba terminando la trigésima tercera goma del viaje, y su compañero y él mismo, después de haber capturado, mediante un audaz golpe, las trece bazas, concluyeron esta hermosa campaña con una brillante victoria.

El "Mongolia" debía llegar a Bombay el día 22; llegó el 20. Phileas Fogg ganó así dos días desde su salida de Londres, y anotó tranquilamente el hecho en el itinerario, en la columna de ganancias.

CAPÍTULO X.

EN EL QUE PASSEPARTOUT ESTÁ MUY CONTENTO DE SALIR CON LA PÉRDIDA DE SUS ZAPATOS

Todo el mundo sabe que el gran triángulo invertido de tierra, con su base en el norte y su vértice en el sur, que se llama India, abarca mil cuatrocientas mil millas cuadradas, sobre las que se extiende desigualmente una población de ciento ochenta millones de almas. La Corona británica ejerce un dominio real y despótico sobre la mayor parte de este vasto país, y tiene un gobernador general destinado en Calcuta, gobernadores en Madrás, Bombay y Bengala, y un teniente gobernador en Agra.

Pero la India británica, propiamente dicha, sólo abarca setecientas mil millas cuadradas, y una población de cien a ciento diez millones de habitantes. Una parte considerable de la India sigue libre de la autoridad británica, y en el interior hay algunos rajás feroces que son absolutamente independientes. La célebre Compañía de las Indias Orientales fue todopoderosa desde 1756, cuando los ingleses se asentaron por primera vez en el lugar donde ahora se encuentra la ciudad de Madrás, hasta la época de la gran insurrección de los Sepoy. Poco a poco fue anexionando provincia tras provincia, comprándolas a los jefes nativos, a los que rara vez pagaba, y nombrando al gobernador general y a sus subordinados, civiles y militares. Pero la Compañía de las Indias Orientales ha desaparecido, dejando las posesiones británicas en la India directamente bajo el control de la Corona. El aspecto del país, así como los modales y las distinciones de raza, cambian a diario.

Antiguamente había que viajar por la India con los antiguos y engorrosos métodos de ir a pie o a caballo, en palanquines o en carruajes poco manejables; ahora los rápidos barcos de vapor navegan por el Indo y el Ganges, y un gran ferrocarril, con ramales que se unen a la línea principal en muchos puntos de su recorrido, atraviesa la península desde Bombay hasta Calcuta en tres días. Este ferrocarril no atraviesa la India en línea directa. La distancia entre Bombay y Calcuta, a vuelo de pájaro, es sólo de mil a mil cien millas; pero las desviaciones de la carretera aumentan esta distancia en más de un tercio.

El recorrido general del ferrocarril de la Gran Península India es el siguiente: Saliendo de Bombay, pasa por Salcette, cruza al continente frente

a Tannah, pasa por encima de la cadena de los Ghauts occidentales, corre luego hacia el noreste hasta Burhampoor, bordea el territorio casi independiente de Bundelcund, asciende a Allahabad, gira luego hacia el este, encontrándose con el Ganges en Benarés, luego se aparta un poco del río y, descendiendo hacia el sureste por Burdivan y la ciudad francesa de Chandernagor, tiene su término en Calcuta.

Los pasajeros del "Mongolia" desembarcaron a las cuatro y media de la tarde; a las ocho exactas el tren partiría hacia Calcuta.

Míster Fogg, después de despedirse de sus compañeros de whist, abandonó el vapor, dio a su criado varios recados que hacer, le instó a estar en la estación puntualmente a las ocho, y con su paso regular, que latía al segundo, como un reloj astronómico, dirigió sus pasos a la oficina de pasaportes. En cuanto a las maravillas de Bombay -su famoso ayuntamiento, su espléndida biblioteca, sus fuertes y muelles, sus bazares, mezquitas, sinagogas, sus iglesias armenias y la noble pagoda de la colina de Malabar, con sus dos torres poligonales-, no le importaba nada verlas. Ni siquiera se dignó a examinar las obras maestras de Elephanta, o los misteriosos hipogeos, ocultos al sudeste de los muelles, o esos bellos restos de arquitectura budista, las grutas kanherianas de la isla de Salcette.

Después de realizar sus gestiones en la oficina de pasaportes, Phileas Fogg se dirigió tranquilamente a la estación de ferrocarril, donde pidió la cena. Entre los platos que le sirvieron, el propietario le recomendó especialmente un menudillo de "conejo autóctono", del que se enorgullecía.

El señor Fogg probó el plato, pero, a pesar de su salsa especiada, no lo encontró nada apetecible. Llamó al casero y, al aparecer, le dijo, fijando en él sus claros ojos: "¿Esto es conejo, señor?"

"Sí, mi señor", respondió el pícaro con valentía, "conejo de las selvas".

"¿Y este conejo no maulló cuando lo mataron?"

"¡Miau, mi señor! ¡Qué, un maullido de conejo! Te juro que..."

"Sea tan bueno, señor, como para no jurar, pero recuerde esto: los gatos eran considerados antiguamente, en la India, como animales sagrados. Eso fue una buena época".

"¿Para los gatos, mi señor?"

"¡Tal vez también para los viajeros!"

Después de lo cual el señor Fogg continuó tranquilamente su cena. Fix había bajado a tierra poco después del señor Fogg, y su primer destino fue el cuartel general de la policía de Bombay. Se dio a conocer como detective londinense, explicó sus asuntos en Bombay y la situación del supuesto ladrón, y preguntó nerviosamente si había llegado una orden de Londres. No había llegado a la oficina; es más, aún no había tenido tiempo de hacerlo. Fix se sintió muy decepcionado y trató de obtener una orden de arresto del director de la policía de Bombay. El director se negó a ello, ya que el asunto afectaba a la oficina de Londres, que era la única que podía

entregar legalmente la orden. Fix no insistió, y se resignó a esperar la llegada del importante documento; pero estaba decidido a no perder de vista al misterioso bribón mientras permaneciera en Bombay. No dudaba ni por un momento, como tampoco lo hacía Picaporte, que Phileas Fogg permanecería allí, al menos hasta que llegara la orden.

Pero Picaporte, apenas escuchó las órdenes de su amo al dejar el "Mongolia", vio en seguida que debían salir de Bombay como lo habían hecho de Suez y de París, y que el viaje se prolongaría por lo menos hasta Calcuta, y tal vez más allá de este lugar. Empezó a preguntarse si aquella apuesta de que hablaba el señor Fogg no era realmente en serio, y si su destino no le obligaba en verdad, a pesar de su amor al reposo, a dar la vuelta al mundo en ochenta días.

Después de comprar la cuota habitual de camisas y zapatos, paseó tranquilamente por las calles, donde se reunía una multitud de personas de muchas nacionalidades: europeos, persas con gorras puntiagudas, banyas con turbantes redondos, sindés con gorros cuadrados, parsis con mitras negras y armenios con túnicas largas. Era el día de una fiesta parsi. Estos descendientes de la secta de Zoroastro -los más ahorrativos, civilizados, inteligentes y austeros de los indios orientales, entre los que se cuentan los más ricos comerciantes nativos de Bombay- celebraban una especie de carnaval religioso, con procesiones y espectáculos, en medio de los cuales las bailarinas indias, vestidas con gasas de color rosa, engarzadas con oro y plata, bailaban airoosamente, pero con perfecta modestia, al son de las violas y el repiqueteo de las panderetas. No hace falta decir que Picaporte observaba estas curiosas ceremonias con los ojos fijos y la boca abierta, y que su semblante era el del bobo más verde que se pueda imaginar.

Por desgracia para su amo y para él mismo, su curiosidad le llevó inconscientemente más lejos de lo que pretendía. Por fin, después de haber visto alejarse el carnaval parsi, volvía sus pasos hacia la estación, cuando vio por casualidad la espléndida pagoda de la colina de Malabar, y le asaltó un deseo irresistible de ver su interior. Ignoraba que a los cristianos se les prohíbe entrar en ciertos templos de la India, y que incluso los fieles no deben entrar sin dejar antes sus zapatos fuera de la puerta. Cabe decir aquí que la sabia política del Gobierno británico castiga severamente el desprecio de las prácticas de las religiones nativas.

Sin embargo, Picaporte, sin pensar en nada malo, entró como un simple turista, y pronto se perdió en la admiración de la espléndida ornamentación brahmánica que por todas partes se encontraba ante sus ojos, cuando de repente se encontró desplomado sobre el sagrado pabellón. Levantó la vista y vio a tres sacerdotes enfurecidos, que inmediatamente cayeron sobre él, le arrancaron los zapatos y comenzaron a golpearle con fuertes y salvajes exclamaciones. El ágil francés se puso de nuevo en pie y no perdió tiempo en derribar a dos de sus adversarios con sus puños y una vigorosa aplicación de los dedos de los pies; luego, corriendo fuera de la pagoda tan

rápido como sus piernas le permitían, pronto escapó del tercer sacerdote mezclándose con la multitud en las calles.

Cuando faltaban cinco minutos para las ocho, Picaporte, sin sombrero, sin zapatos y habiendo perdido en la trifulca su paquete de camisas y zapatos, se precipitó sin aliento a la estación.

Fix, que había seguido a míster Fogg hasta la estación, y vio que realmente iba a salir de Bombay, estaba allí, en el andén. Había resuelto seguir al supuesto ladrón hasta Calcuta, y más allá, si era necesario. Picaporte no observó al detective, que se encontraba en un rincón oscuro; pero Fix le oyó relatar sus aventuras en pocas palabras al señor Fogg.

"Espero que esto no se repita", dijo Phileas Fogg con frialdad, mientras subía al tren. El pobre Picaporte, cabizbajo, siguió a su amo sin decir una palabra. Fix estaba a punto de entrar en otro vagón, cuando se le ocurrió una idea que le indujo a modificar su plan.

"No, me quedaré", murmuró. "Se ha cometido un delito en suelo indio. Tengo a mi hombre".

En ese momento, la locomotora emitió un agudo chirrido y el tren pasó a la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO XI.

EN EL QUE PHILEAS FOGG CONSIGUE UN CURIOSO MEDIO DE TRANSPORTE A UN PRECIO FABULOSO

El tren había partido puntualmente. Entre los pasajeros había varios oficiales, funcionarios del Gobierno y comerciantes de opio y añil, cuyos negocios los llevaban a la costa oriental. Picaporte iba en el mismo vagón con su amo, y un tercer pasajero ocupaba un asiento frente a ellos. Se trataba de Sir Francis Cromarty, uno de los compañeros de whist de mister Fogg en el "Mongolia", que iba a reunirse con su cuerpo en Benarés. Sir Francis era un hombre alto y rubio de cincuenta años, que se había distinguido mucho en la última revuelta de los Sepoy. Había hecho de la India su hogar, y sólo hacía breves visitas a Inglaterra a intervalos raros; y estaba casi tan familiarizado como un nativo con las costumbres, la historia y el carácter de la India y de sus gentes. Pero Phileas Fogg, que no viajaba, sino que se limitaba a describir una circunferencia, no se preocupaba de indagar en estos temas; era un cuerpo sólido, que recorría una órbita alrededor del globo terrestre, según las leyes de la mecánica racional. En este momento estaba calculando en su mente el número de horas transcurridas desde su salida de Londres, y, si hubiera estado en su naturaleza hacer una demostración inútil, se habría frotado las manos por satisfacción. Sir Francis Cromarty había observado la rareza de su compañero de viaje -aunque la única oportunidad que había tenido de estudiarlo había sido mientras repartía las cartas, y entre dos gomas- y se preguntaba si realmente latía un corazón humano bajo aquel frío exterior, y si Phileas Fogg tenía algún sentido de las bellezas de la naturaleza. El brigadier general se sentía libre de confesar mentalmente que, de todas las personas excéntricas que había conocido, ninguna era comparable a este producto de las ciencias exactas.

Phileas Fogg no había ocultado a Sir Francis su designio de dar la vuelta al mundo, ni las circunstancias en que se proponía hacerlo; y el general sólo vio en la apuesta una excentricidad inútil y una falta de sano sentido común. En la forma en que este extraño caballero seguía adelante, dejaría el mundo sin haber hecho ningún bien a sí mismo ni a nadie.

Una hora después de salir de Bombay, el tren había pasado los viaductos y la isla de Salcette, y había entrado en campo abierto. En Callyan llegaron

al cruce del ramal que desciende hacia el sudeste de la India por Kandallah y Pounah; y, pasando por Pauwell, entraron en los desfiladeros de las montañas, con sus bases de basalto, y sus cimas coronadas de espesos y verdes bosques. Phileas Fogg y Sir Francis Cromarty intercambiaban de vez en cuando algunas palabras, y ahora Sir Francis, reavivando la conversación, observó: "Hace algunos años, señor Fogg, habríais encontrado un retraso en este punto que probablemente os habría hecho perder vuestra apuesta."

"¿Cómo es eso, Sir Francis?"

"Porque el ferrocarril se detenía en la base de estas montañas, que los pasajeros estaban obligados a cruzar en palanquines o en ponis hasta Kandallah, al otro lado".

"Tal retraso no habría trastornado mis planes en lo más mínimo", dijo el señor Fogg. "He previsto constantemente la probabilidad de ciertos obstáculos".

"Pero, señor Fogg", prosiguió Sir Francis, "corre usted el riesgo de tener alguna dificultad sobre la aventura de este digno compañero en la pagoda". Picaporte, con los pies cómodamente envueltos en su manta de viaje, estaba profundamente dormido y no soñaba que nadie hablaba de él. "El Gobierno es muy severo con ese tipo de delitos. Tiene especial cuidado en que se respeten las costumbres religiosas de los indios, y si su criado fuera sorprendido..."

"Muy bien, Sir Francis", contestó el señor Fogg; "si lo hubieran atrapado, habría sido condenado y castigado, y luego habría regresado tranquilamente a Europa. No veo cómo este asunto podría haber retrasado a su amo".

La conversación se reanudó. Durante la noche, el tren dejó atrás las montañas y pasó por Nassik, y al día siguiente avanzó por el país llano y bien cultivado de los Khandeish, con sus aldeas dispersas, sobre las que se alzaban los minaretes de las pagodas. Este fértil territorio está regado por numerosos ríos pequeños y arroyos límpidos, en su mayoría afluentes del Godavery.

Picaporte, al despertarse y mirar hacia afuera, no pudo darse cuenta de que en realidad estaba cruzando la India en un tren ferroviario. La locomotora, guiada por un maquinista inglés y alimentada con carbón inglés, arrojaba su humo sobre las plantaciones de algodón, café, nuez moscada, clavo y pimienta, mientras el vapor se enroscaba en espiral alrededor de grupos de palmeras, en medio de los cuales se veían pintorescos bungalows, viharis (especie de monasterios abandonados) y maravillosos templos enriquecidos por la inagotable ornamentación de la arquitectura india. Luego se encontraron con vastas extensiones que se extendían hasta el horizonte, con selvas habitadas por serpientes y tigres, que huían al ruido del tren; seguidas de bosques penetrados por el ferrocarril, y todavía frecuentados por elefantes que, con ojos pensativos, miraban el tren a su paso. Los viajeros atravesaron, más allá de Milligaum,

el fatal país tantas veces manchado de sangre por los sectarios de la diosa Kali. No muy lejos se alzaba Ellora, con sus graciosas pagodas, y la famosa Aurungabad, capital del feroz Aureng-Zeb, hoy ciudad principal de una de las provincias separadas del reino del Nizam. Fue allí donde Feringhea, el jefe thuggee, rey de los estranguladores, ejerció su dominio. Estos rufianes, unidos por un vínculo secreto, estrangulaban a víctimas de todas las edades en honor a la diosa Muerte, sin derramar nunca sangre; hubo un período en que apenas se podía recorrer esta parte del país sin encontrar cadáveres en todas direcciones. El Gobierno inglés ha conseguido disminuir en gran medida estos asesinatos, aunque los Thuggees siguen existiendo, y continúan ejerciendo sus horribles ritos.

A las doce y media el tren se detuvo en Burhampoor, donde Picaporte pudo comprar unas zapatillas indias, adornadas con falsas perlas, en las que, con evidente vanidad, procedió a enfundarse los pies. Los viajeros se apresuraron a desayunar y partieron hacia Assurghur, después de bordear un poco las orillas del pequeño río Tapti, que desemboca en el golfo de Cambray, cerca de Surat.

Picaporte estaba ahora sumido en un absorbente ensueño. Hasta su llegada a Bombay, había abrigado la esperanza de que su viaje terminara allí; pero, ahora que atravesaban claramente la India a toda velocidad, un cambio repentino había invadido el espíritu de sus sueños. Su antigua naturaleza de vagabundo volvió a él; las ideas fantásticas de su juventud volvieron a apoderarse de él. Llegó a considerar el proyecto de su amo como una intención en serio, creyó en la realidad de la apuesta, y por tanto en la vuelta al mundo y en la necesidad de realizarla sin falta en el plazo previsto. Ya empezó a preocuparse por los posibles retrasos y los accidentes que pudieran ocurrir en el camino. Se reconoció personalmente interesado en la apuesta, y tembló al pensar que podría haber sido el medio de perderla por su imperdonable locura de la noche anterior. Siendo mucho menos frío que el señor Fogg, estaba mucho más inquieto, contando y relatando los días transcurridos, profiriendo maldiciones cuando el tren se detenía y acusándolo de lentitud, y culpando mentalmente al señor Fogg por no haber sobornado al maquinista. El digno compañero ignoraba que, si bien era posible acelerar el ritmo de un barco de vapor por tales medios, no podía hacerse en el ferrocarril.

El tren entró en los desfiladeros de las montañas Sutpour, que separan el Khandeish del Bundelcund, hacia el atardecer. Al día siguiente, Sir Francis Cromarty preguntó a Picaporte qué hora era, a lo que éste, consultando su reloj, respondió que eran las tres de la mañana. Este famoso reloj, siempre regulado en el meridiano de Greenwich, que ahora se encontraba a unos setenta y siete grados al oeste, tenía un retraso de al menos cuatro horas. Sir Francis corrigió la hora de Picaporte, a lo que éste hizo la misma observación que había hecho a Fix; y al insistir el general en que el reloj debía regularse en cada nuevo meridiano, ya que iba constantemente hacia

el este, es decir, hacia la cara del sol, y por lo tanto los días se acortaban en cuatro minutos por cada grado sobrepasado, Picaporte se negó obstinadamente a modificar su reloj, que mantenía en la hora de Londres. Era una ilusión inocente que no podía perjudicar a nadie.

El tren se detuvo, a las ocho, en medio de un claro a unas quince millas más allá de Rothal, donde había varios bungalows y cabañas de obreros. El revisor, al pasar por los vagones, gritó: "¡Los pasajeros bajarán aquí!".

Phileas Fogg miró a Sir Francis Cromarty en busca de una explicación; pero el general no supo decir qué significaba un alto en medio de este bosque de dátiles y acacias.

Passepartout, no menos sorprendido, salió corriendo y regresó rápidamente, gritando: "¡Monsieur, no más ferrocarril!".

"¿Qué quieres decir?", preguntó Sir Francis.

"Quiero decir que el tren no está en marcha".

El general salió de inmediato, mientras Phileas Fogg lo seguía tranquilamente, y se dirigieron juntos al revisor.

"¿Dónde estamos?", preguntó Sir Francis.

"En la aldea de Kholby".

"¿Nos detenemos aquí?"

"Ciertamente. El ferrocarril no está terminado".

"¿Qué? ¿No ha terminado?"

"No. Todavía hay que hacer cincuenta millas desde aquí hasta Allahabad, donde la línea comienza de nuevo".

"Pero los periódicos anunciaron la apertura del ferrocarril en todo momento".

"¿Qué quiere, oficial? Los papeles estaban equivocados".

"Sin embargo, usted vende billetes de Bombay a Calcuta", replicó Sir Francis, que se estaba calentando.

"Sin duda", respondió el conductor; "pero los pasajeros saben que deben proveerse de medios de transporte para ir de Kholby a Allahabad".

Sir Francis estaba furioso. Picaporte habría derribado de buena gana al revisor, y no se atrevió a mirar a su amo.

"Sir Francis", dijo el señor Fogg en voz baja, "buscaremos, si le parece, algún medio de transporte a Allahabad".

"Sr. Fogg, este es un retraso que le perjudica enormemente".

"No, Sir Francis; estaba previsto".

"¡Qué! Sabías que el camino..."

"En absoluto; pero sabía que tarde o temprano surgiría algún obstáculo en mi ruta. Por lo tanto, nada está perdido. Tengo dos días, que ya he ganado,

para sacrificar. Un barco de vapor sale de Calcuta hacia Hong Kong a mediodía, el día 25. Este es el 22, y llegaremos a Calcuta a tiempo".

No había nada que decir ante una respuesta tan segura.

Era demasiado cierto que el ferrocarril llegaba a su fin en este punto. Los periódicos eran como algunos relojes, que tienen una manera de ir demasiado rápido, y se habían adelantado en su anuncio de la finalización de la línea. La mayor parte de los viajeros se dieron cuenta de esta interrupción y, dejando el tren, empezaron a contratar los vehículos que la aldea podía proporcionar: palkigharis de cuatro ruedas, carros tirados por cebúes, carruajes que parecían pagodas ambulantes, palanquines, ponis y otras cosas.

El señor Fogg y Sir Francis Cromarty, después de registrar el pueblo de punta a punta, volvieron sin haber encontrado nada.

"Iré a pie", dijo Phileas Fogg.

Picaporte, que ya se había reunido con su amo, hizo una mueca irónica al pensar en sus magníficos pero demasiado frágiles zapatos de indio. Afortunadamente, él también había estado mirando a su alrededor y, tras un momento de duda, dijo: "Señor, creo que he encontrado un medio de transporte".

"¿Qué?"

"¡Un elefante! Un elefante que pertenece a un indio que vive a cien pasos de aquí".

"Vamos a ver el elefante", respondió el señor Fogg.

Pronto llegaron a una pequeña cabaña, cerca de la cual, encerrado entre unos altos palos, estaba el animal en cuestión. Un indio salió de la cabaña y, a petición suya, los condujo al interior del recinto. El elefante, que su dueño había criado, no como bestia de carga, sino con fines bélicos, estaba medio domesticado. El indio había empezado ya, irritándolo a menudo y alimentándolo cada tres meses con azúcar y mantequilla, a impartirle una ferocidad que no estaba en su naturaleza, método que emplean a menudo los que entrenan a los elefantes indios para la batalla. Sin embargo, afortunadamente para el señor Fogg, la instrucción del animal en este sentido no había ido muy lejos, y el elefante seguía conservando su natural mansedumbre. Kiouni -así se llamaba el animal- podía sin duda viajar rápidamente durante mucho tiempo y, a falta de otro medio de transporte, el señor Fogg resolvió contratarlo. Pero los elefantes no son nada baratos en la India, donde empiezan a escasear, y los machos, que son los únicos adecuados para los espectáculos circenses, son muy buscados, sobre todo porque son pocos los que están domesticados. Cuando el Sr. Fogg le propuso al indio contratar a Kiouni, éste se negó rotundamente. El señor Fogg insistió, ofreciendo la excesiva suma de diez libras por hora por el préstamo de la bestia a Allahabad. Se negó. ¿Veinte libras? También se negó. ¿Cuarenta libras? Todavía rechazadas. Picaporte se lanzó a cada

avance, pero el indio se negó a dejarse tentar. Sin embargo, la oferta era seductora, pues, suponiendo que el elefante tardara quince horas en llegar a Allahabad, su dueño recibiría no menos de seiscientas libras esterlinas.

Phileas Fogg, sin inmutarse lo más mínimo, propuso entonces comprar el animal en su totalidad, y al principio ofreció mil libras por él. El indio, pensando quizá que iba a hacer un gran negocio, se negó igualmente.

Sir Francis Cromarty llevó aparte a míster Fogg, y le rogó que reflexionara antes de seguir adelante; a lo que aquel caballero respondió que no tenía la costumbre de actuar precipitadamente, que estaba en juego una apuesta de veinte mil libras, que el elefante le era absolutamente necesario, y que lo aseguraría aunque tuviera que pagar veinte veces su valor. Volviendo al indio, cuyos pequeños y agudos ojos, brillantes de avaricia, delataban que con él sólo era cuestión de qué precio podía obtener. El señor Fogg ofreció primero mil doscientas, luego mil quinientas, mil ochocientas, dos mil libras. Passepartout, normalmente tan rubicundo, estaba bastante blanco de suspense.

A dos mil libras el indio cedió.

"¡Qué precio, cielos!", gritó Picaporte, "por un elefante".

Ahora sólo quedaba encontrar un guía, lo cual era relativamente fácil. Un joven parsi, de rostro inteligente, ofreció sus servicios, que el señor Fogg aceptó, prometiendo una recompensa tan generosa como para estimular materialmente su celo. El elefante fue conducido y equipado. El parsi, que era un consumado conductor de elefantes, le cubrió el lomo con una especie de tela de silla de montar, y ató a cada uno de sus flancos unos curiosos e incómodos howdahs. Phileas Fogg pagó al indio con algunos billetes que extrajo de la famosa bolsa de la alfombra, procedimiento que pareció privar al pobre Passepartout de sus fuerzas vitales. Luego se ofreció a llevar a Sir Francis hasta Allahabad, lo que el brigadier aceptó con gratitud, ya que un solo viajero más no podría fatigar a la gigantesca bestia. Se compraron las provisiones en Kholby, y, mientras Sir Francis y Mr. Fogg ocupaban los howdahs a cada lado, Picaporte se puso a horcajadas en la silla de montar entre ambos. El parsi se encaramó al cuello del elefante, y a las nueve salieron de la aldea, marchando el animal a través del denso bosque de palmeras por el camino más corto.

CAPÍTULO XII.

EN EL QUE PHILEAS FOGG Y SUS COMPAÑEROS SE AVENTURAN A CRUZAR LOS BOSQUES INDIOS, Y LO QUE SUCEDIÓ

Para acortar el trayecto, el guía pasó a la izquierda de la línea donde el ferrocarril estaba aún en proceso de construcción. Esta línea, debido a los caprichosos giros de los montes Vindhia, no seguía un curso recto. El parsi, que conocía bien los caminos y senderos del distrito, declaró que ganarían veinte millas atravesando directamente el bosque.

Phileas Fogg y Sir Francis Cromarty, metidos hasta el cuello en los peculiares howdahs que se les habían proporcionado, se vieron terriblemente zarandeados por el veloz trote del elefante, espoleado como estaba por el hábil parsi; pero soportaron la incomodidad con verdadera flemma británica, hablando poco y sin apenas poder vislumbrar al otro. En cuanto a Picaporte, que iba montado en el lomo de la bestia, y recibía la fuerza directa de cada golpe al trotar, tuvo mucho cuidado, de acuerdo con el consejo de su amo, de mantener la lengua entre los dientes, pues de lo contrario se la habría mordido en seco. El digno compañero rebotaba desde el cuello del elefante hasta la grupa, y saltaba como un payaso sobre un trampolín; sin embargo, se reía en medio de sus rebotes, y de vez en cuando sacaba un trozo de azúcar del bolsillo y lo introducía en la trompa de Kiouni, que lo recibía sin aflojar en lo más mínimo su trote regular.

Al cabo de dos horas, el guía detuvo al elefante y le dio una hora de descanso, durante la cual Kiouni, después de saciar su sed en un manantial vecino, se dedicó a devorar las ramas y arbustos que lo rodeaban. Ni Sir Francis ni el señor Fogg lamentaron el retraso, y ambos descendieron con una sensación de alivio. "¡Vaya, está hecho de hierro!", exclamó el general, mirando con admiración a Kiouni.

"De hierro forjado", respondió Picaporte, mientras se ponía a preparar un desayuno apresurado.

A mediodía, el parsi dio la señal de partida. El país pronto presentó un aspecto muy salvaje. Bosques de dátiles y palmeras enanas sucedían a los densos bosques; luego, vastas y secas llanuras, salpicadas de escasos arbustos y sembradas de grandes bloques de sienita. Toda esta parte de

Bundelcund, poco frecuentada por los viajeros, está habitada por una población fanática, endurecida en las prácticas más horribles de la fe hindú. Los ingleses no han podido asegurarse un dominio completo sobre este territorio, que está sometido a la influencia de los rajás, a los que es casi imposible llegar en sus inaccesibles guaridas de las montañas. Los viajeros vieron varias veces bandas de indios feroces que, cuando percibían al elefante atravesando el país, hacían movimientos furiosos y amenazadores. Los parsis los evitaron en la medida de lo posible. Se observaron pocos animales en la ruta; incluso los monos se apartaron de su camino con contorsiones y muecas que convulsionaron de risa a Picaporte.

Sin embargo, en medio de su alegría, un pensamiento inquietaba al digno criado. ¿Qué haría el señor Fogg con el elefante cuando llegara a Allahabad? ¿Lo llevaría consigo? Imposible. El costo del transporte lo haría ruinosamente caro. ¿Lo vendería o lo dejaría libre? La estimable bestia merecía ciertamente alguna consideración. Si el señor Fogg decidía regalarle a Kiouni, Passepartout, se sentiría muy avergonzado; y estos pensamientos no dejaron de preocuparle durante mucho tiempo.

A las ocho de la tarde habían cruzado la cadena principal de las Vindhias, y habían hecho otro alto en la ladera norte, en un bungalow en ruinas. Aquel día habían recorrido casi veinticinco millas, y una distancia igual les separaba de la estación de Allahabad.

La noche era fría. El parsi encendió un fuego en el bungalow con unas cuantas ramas secas, y el calor fue muy agradecido; las provisiones compradas en Kholby bastaron para la cena, y los viajeros comieron vorazmente. La conversación, que comenzó con algunas frases inconexas, pronto dio paso a fuertes y constantes ronquidos. El guía observó a Kiouni, que dormía de pie, apoyándose en el tronco de un gran árbol. Durante la noche no ocurrió nada que perturbara a los habitantes de la barriada, aunque los gruñidos ocasionales de las panteras y el parloteo de los monos rompieron el silencio; las bestias más formidables no profirieron gritos ni hicieron demostraciones hostiles contra los ocupantes del bungalow. Sir Francis dormía pesadamente, como un honrado soldado vencido por la fatiga. Picaporte estaba envuelto en inquietantes sueños sobre los saltos del día anterior. En cuanto a míster Fogg, dormía tan plácidamente como si hubiera estado en su serena mansión de Saville Row.

El viaje se reanudó a las seis de la mañana; el guía esperaba llegar a Allahabad por la tarde. En ese caso, el señor Fogg sólo perdería una parte de las cuarenta y ocho horas ahorradas desde el comienzo del viaje. Kiouni, reanudando su rápida marcha, descendió pronto las estribaciones inferiores del Vindhias, y hacia el mediodía pasaron por la aldea de Kallenger, en el Cani, uno de los brazos del Ganges. El guía evitó los lugares habitados, pensando que era más seguro mantener el campo abierto, que se encuentra a lo largo de las primeras depresiones de la cuenca del gran río. Allahabad estaba ahora a sólo doce millas al noreste. Se detuvieron bajo un grupo de

plátanos, cuyo fruto, tan sano como el pan y tan succulento como la crema, fue ampliamente degustado y apreciado.

A las dos, el guía se adentró en una espesa selva que se extendía varios kilómetros; prefería viajar al amparo del bosque. Todavía no habían tenido ningún encuentro desagradable, y el viaje parecía a punto de concluirse con éxito, cuando el elefante, inquieto, se detuvo de repente.

Eran entonces las cuatro.

"¿Qué ocurre?", preguntó Sir Francis, sacando la cabeza.

"No lo sé, oficial", respondió el parsi, escuchando atentamente un confuso murmullo que llegaba a través de las espesas ramas.

El murmullo pronto se hizo más nítido; ahora parecía un lejano concierto de voces humanas acompañadas de instrumentos de viento. Picaporte era todo ojos y oídos. El señor Fogg esperó pacientemente sin decir nada. El parsi saltó al suelo, sujetó el elefante a un árbol y se sumergió en la espesura. Pronto regresó, diciendo:

"Una procesión de brahmanes viene hacia aquí. Debemos evitar que nos vean, si es posible".

El guía soltó al elefante y lo condujo a un matorral, al tiempo que pedía a los viajeros que no se movieran. Se preparó para montar al animal en un momento dado, en caso de que fuera necesario huir; pero evidentemente pensó que la procesión de fieles pasaría sin percibirlos en medio del espeso follaje, en el que estaban totalmente ocultos.

Los tonos discordantes de las voces y los instrumentos se acercaban, y ahora los cantos zumbantes se mezclaban con el sonido de las panderetas y los platillos. La cabeza de la procesión no tardó en aparecer bajo los árboles, a cien pasos de distancia; y las extrañas figuras que realizaban la ceremonia religiosa se distinguían fácilmente a través de las ramas. Primero llegaron los sacerdotes, con mitras en la cabeza y vestidos con largas túnicas de encaje. Estaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que cantaban una especie de salmo lúgubre, interrumpido a intervalos regulares por los panderos y los címbalos; mientras que detrás de ellos se arrastraba un carro con grandes ruedas, cuyos radios representaban serpientes entrelazadas entre sí. Sobre el carro, tirado por cuatro cebúes ricamente ataviados, se alzaba una horrible estatua de cuatro brazos, con el cuerpo coloreado de un rojo apagado, ojos demacrados, pelo revuelto, lengua saliente y labios teñidos de betel. Se erguía sobre la figura de un gigante postrado y sin cabeza.

Sir Francis, reconociendo la estatua, susurró: "La diosa Kali; la diosa del amor y de la muerte".

"De la muerte, tal vez", murmuró de nuevo Picaporte, "pero del amor, ¿esa vieja y fea bruja? Jamás".

El parsi hizo una moción para guardar silencio.

Un grupo de viejos faquires hacían cabriolas y alborotaban en torno a la estatua; estaban rayados de ocre y cubiertos de cortes de los que salía su sangre gota a gota: estúpidos fanáticos que, en las grandes ceremonias indias, todavía se arrojan bajo las ruedas del Juggernaut. Algunos brahmanes, vestidos con toda la suntuosidad de los trajes orientales, y conduciendo a una mujer que vacilaba a cada paso, les seguían. Esta mujer era joven y tan bella como una europea. La cabeza y el cuello, los hombros, las orejas, los brazos, las manos y los dedos de los pies estaban cargados de joyas y gemas con brazaletes, pendientes y anillos; mientras que una túnica bordeada de oro y cubierta con un ligero manto de muselina, delataba el contorno de su figura.

Los guardias que seguían a la joven presentaban un violento contraste con ella, armados como estaban con sables desnudos colgados a la cintura y largas pistolas damasquinadas, y llevando un cadáver en un palanquín. Era el cuerpo de un anciano, magníficamente ataviado con los atuendos de un rajá, llevando, como en vida, un turbante bordado con perlas, una túnica de tejido de seda y oro, un pañuelo de cachemira cosido con diamantes y las magníficas armas de un príncipe hindú. A continuación venían los músicos y una retaguardia de faquires juerguistas, cuyos gritos a veces ahogaban el ruido de los instrumentos; éstos cerraban la procesión.

Sir Francis observó la procesión con un semblante triste y, dirigiéndose al guía, dijo: "Un suttee".

El parsi asintió y se llevó el dedo a los labios. La procesión serpenteó lentamente bajo los árboles, y pronto sus últimas filas desaparecieron en las profundidades del bosque. Los cantos se fueron apagando poco a poco; de vez en cuando se oían gritos en la distancia, hasta que por fin todo volvió a ser silencio.

Phileas Fogg había oído lo que dijo Sir Francis, y, en cuanto la comitiva hubo desaparecido, preguntó: "¿Qué es un suttee?"

"Un suttee", respondió el general, "es un sacrificio humano, pero voluntario. La mujer que acabas de ver será quemada mañana al amanecer".

"¡Oh, los sinvergüenzas!", gritó Picaporte, que no pudo reprimir su indignación.

"¿Y el cadáver?", preguntó el señor Fogg.

"Es la del príncipe, su marido", dijo el guía; "un rajá independiente de Bundelcund".

"¿Es posible -continuó Phileas Fogg, sin que su voz revelara la menor emoción- que esas costumbres bárbaras existan todavía en la India, y que los ingleses no hayan podido ponerles coto?"

"Estos sacrificios no ocurren en la mayor parte de la India", respondió Sir Francis; "pero no tenemos poder sobre estos territorios salvajes, y especialmente aquí en Bundelcund. Todo el distrito al norte del Vindhias es teatro de incesantes asesinatos y saqueos."

"¡El pobre infeliz!", exclamó Picaporte, "para ser quemado vivo".

"Sí", respondió Sir Francis, "quemada viva. Y, si no lo fuera, no puedes concebir el trato al que se vería obligada a someterse por parte de sus parientes. Le afeitarían el pelo, la alimentarían con una escasa ración de arroz, la tratarían con desprecio; la considerarían una criatura inmunda y moriría en algún rincón, como un perro con escorbuto. La perspectiva de una existencia tan espantosa lleva a estas pobres criaturas al sacrificio mucho más que el amor o el fanatismo religioso. A veces, sin embargo, el sacrificio es realmente voluntario, y se requiere la interferencia activa del Gobierno para evitarlo. Hace varios años, cuando yo vivía en Bombay, una joven viuda pidió permiso al gobernador para ser quemada junto con el cuerpo de su marido; pero, como podéis imaginar, se negó. La mujer abandonó la ciudad, se refugió con un rajá independiente, y allí llevó a cabo su autodevoto propósito".

Mientras Sir Francis hablaba, el guía sacudió la cabeza varias veces, y ahora dijo: "El sacrificio que tendrá lugar mañana al amanecer no es voluntario".

"¿Cómo lo sabes?"

"Todo el mundo sabe de este asunto en Bundelcund".

"Pero la desgraciada criatura no parecía oponer ninguna resistencia", observó Sir Francis.

"Eso fue porque la habían intoxicado con vapores de cáñamo y opio".

"¿Pero a dónde la llevan?"

"A la pagoda de Pillaji, a dos millas de aquí; allí pasará la noche".

"Y el sacrificio tendrá lugar..."

"Mañana, al amanecer".

El guía condujo ahora al elefante fuera de la espesura, y saltó sobre su cuello. Justo en el momento en que estaba a punto de impulsar a Kiouni hacia adelante con un peculiar silbido, el señor Fogg lo detuvo y, dirigiéndose a Sir Francis Cromarty, dijo: "Supongamos que salvamos a esta mujer".

"¡Salve a la mujer, Sr. Fogg!"

"Todavía tengo doce horas libres; puedo dedicarlas a eso".

"¡Por qué, eres un hombre de corazón!"

"A veces", respondió Phileas Fogg, en voz baja; "cuando tengo tiempo".

CAPÍTULO XIII.

EN EL QUE PASSEPARTOUT RECIBE UNA NUEVA PRUEBA DE QUE LA FORTUNA FAVORECE A LOS VALIENTES

El proyecto era audaz, lleno de dificultades, quizá impracticable. El señor Fogg iba a arriesgar la vida, o al menos la libertad, y por tanto el éxito de su gira. Pero no dudó, y encontró en Sir Francis Cromarty un aliado entusiasta.

En cuanto a Picaporte, estaba dispuesto a todo lo que se le propusiera. La idea de su amo le encantó; percibió un corazón, un alma, bajo aquel exterior gélido. Comenzó a amar a Phileas Fogg.

Quedaba la duda: ¿qué curso adoptaría? ¿No tomaría parte con los indios? A falta de su ayuda, había que asegurarse de su neutralidad.

Sir Francis le planteó francamente la cuestión.

"Oficiales", respondió el guía, "soy parsi y esta mujer es parsi. Ordénenme lo que quieran".

"¡Excelente!" dijo el Sr. Fogg.

"Sin embargo", reanudó el guía, "es seguro, no sólo que nos arriesgaremos a morir, sino a sufrir horribles torturas, si nos cogen".

"Eso está previsto", respondió el señor Fogg. "Creo que debemos esperar hasta la noche antes de actuar".

"Creo que sí", dijo el guía.

El digno indio dio entonces cuenta de la víctima, que, según dijo, era una célebre belleza de raza parsi y la hija de un rico comerciante de Bombay. Había recibido una educación completamente inglesa en esa ciudad y, por sus modales e inteligencia, se la consideraba una europea. Se llamaba Aouda. Al quedar huérfana, fue casada contra su voluntad con el viejo rajá de Bundelcund; y, sabiendo el destino que le esperaba, escapó, fue retenida y consagrada por los parientes del rajá, que tenían interés en su muerte, al sacrificio del que parecía no poder escapar.

La narración del parsi no hizo sino confirmar al señor Fogg y a sus compañeros en su generoso designio. Se decidió que el guía dirigiera el elefante hacia la pagoda de Pillaji, a la que se acercó lo más rápidamente

posible. Media hora después, se detuvieron en un bosquecillo, a unos quinientos pies de la pagoda, donde estaban bien ocultos, pero podían oír claramente los gemidos y gritos de los faquires.

Luego discutieron los medios para llegar a la víctima. El guía estaba familiarizado con la pagoda de Pillaji, en la que, según declaró, estaba prisionera la joven. ¿Podrían entrar por alguna de sus puertas mientras todo el grupo de indios estaba sumido en un sueño de borrachera, o era más seguro intentar abrir un agujero en las paredes? Esto sólo podía determinarse en el momento y en el lugar mismo; pero era seguro que el rapto debía hacerse aquella noche, y no cuando, al amanecer, la víctima fuera conducida a su pira funeraria. Entonces ninguna intervención humana podría salvarla.

En cuanto cayó la noche, hacia las seis, decidieron hacer un reconocimiento alrededor de la pagoda. Los gritos de los faquires acababan de cesar; los indios estaban sumidos en la embriaguez provocada por el opio líquido mezclado con cáñamo, y tal vez fuera posible deslizarse entre ellos hasta el propio templo.

El parsi, guiando a los demás, se arrastró silenciosamente por el bosque, y en diez minutos se encontraron en la orilla de un pequeño arroyo, desde donde, a la luz de las antorchas de colofonia, percibieron una pira de madera, en cuya cima yacía el cuerpo embalsamado del rajá, que iba a ser quemado con su esposa. La pagoda, cuyos minaretes sobresalían por encima de los árboles en el crepúsculo, estaba a cien pasos de distancia.

"¡Ven!", susurró el guía.

Se deslizó con más cautela que nunca entre la maleza, seguido por sus compañeros; el silencio que lo rodeaba sólo era roto por el bajo murmullo del viento entre las ramas.

Pronto el parsi se detuvo en los límites del claro, que estaba iluminado por las antorchas. El suelo estaba cubierto por grupos de indios, inmóviles en su sueño ebrio; parecía un campo de batalla sembrado de muertos. Hombres, mujeres y niños yacían juntos.

Al fondo, entre los árboles, asomaba claramente la pagoda de Pillaji. Para decepción del guía, los guardias del rajá, iluminados con antorchas, vigilaban las puertas y marchaban de un lado a otro con los sables desnudos; probablemente los sacerdotes también vigilaban dentro.

El parsi, convencido ahora de que era imposible forzar la entrada al templo, no avanzó más, sino que hizo retroceder a sus compañeros. Phileas Fogg y Sir Francis Cromarty también vieron que no se podía intentar nada en esa dirección. Se detuvieron y entablaron un coloquio en voz baja.

"Ya son las ocho", dijo el brigadier, "y estos guardias también pueden irse a dormir".

"No es imposible", respondió el parsi.

Se acostaron al pie de un árbol y esperaron.

El tiempo parecía largo; el guía los dejaba de vez en cuando para observar el borde del bosque, pero los guardias vigilaban constantemente con el resplandor de las antorchas, y una tenue luz se colaba por las ventanas de la pagoda.

Esperaron hasta la medianoche; pero no se produjo ningún cambio entre los guardias, y se hizo evidente que no se podía contar con su cesión al sueño. Había que llevar a cabo el otro plan; había que hacer una abertura en las paredes de la pagoda. Quedaba por comprobar si los sacerdotes vigilaban al lado de su víctima con la misma asiduidad que los soldados en la puerta.

Tras una última consulta, el guía anunció que estaba preparado para el intento y avanzó seguido por los demás. Tomaron un camino indirecto, para llegar a la pagoda por la parte trasera. Llegaron a las murallas hacia las doce y media, sin haber encontrado a nadie; aquí no había guardia, ni ventanas ni puertas.

La noche era oscura. La luna, en su ocaso, apenas abandonaba el horizonte, y estaba cubierta de pesadas nubes; la altura de los árboles profundizaba la oscuridad.

No bastaba con llegar a los muros; había que abrirlos, y para ello el grupo sólo disponía de sus navajas. Afortunadamente, los muros del templo estaban contruidos con ladrillos y madera, que podían ser penetrados con poca dificultad; después de sacar un ladrillo, el resto cedía fácilmente.

Se pusieron a trabajar sin hacer ruido, y el parsi, por un lado, y Picaporte, por otro, empezaron a aflojar los ladrillos para hacer una abertura de medio metro de ancho. Avanzaban rápidamente, cuando de repente se oyó un grito en el interior del templo, seguido casi instantáneamente por otros gritos que respondían desde el exterior. Picaporte y el guía se detuvieron. ¿Los habían oído? ¿Se había dado la alarma? La prudencia común les instó a retirarse, y así lo hicieron, seguidos por Phileas Fogg y Sir Francis. Volvieron a esconderse en el bosque y esperaron a que cesara la perturbación, fuera cual fuera, y se prepararon para reanudar su intento sin demora. Pero, de forma bastante incómoda, los guardias aparecieron ahora en la parte trasera del templo, y allí se instalaron, preparados para evitar una sorpresa.

Sería difícil describir la decepción del grupo, interrumpido así en su trabajo. Ahora no podían alcanzar a la víctima; ¿cómo, entonces, podrían salvarla? Sir Francis agitaba los puños, Picaporte estaba fuera de sí y el guía rechinaba los dientes de rabia. El tranquilo Fogg esperó, sin revelar ninguna emoción.

"No tenemos otra cosa que hacer que irnos", susurró Sir Francis.

"Nada más que irse", se hizo eco el guía.

"Para", dijo Fogg. "Sólo debo llegar a Allahabad mañana antes del mediodía".

"Pero, ¿qué puede esperar hacer?", preguntó Sir Francis. "Dentro de unas horas será de día, y..."

"La oportunidad que ahora parece perdida puede presentarse en el último momento".

A Sir Francis le hubiera gustado leer los ojos de Phileas Fogg. ¿En qué estaba pensando este frío inglés? ¿Planeaba lanzarse a por la joven en el mismo momento del sacrificio y arrebatársela audazmente a sus verdugos?

Esto sería una completa locura, y era difícil admitir que Fogg fuera tan tonto. Sir Francis consintió, sin embargo, en quedarse hasta el final de este terrible drama. El guía los condujo a la parte posterior del claro, donde pudieron observar a los grupos que dormían.

Mientras tanto, Picaporte, que se había encaramado a las ramas más bajas de un árbol, resolvía una idea que al principio le había asaltado como un relámpago, y que ahora estaba firmemente alojada en su cerebro.

Comenzó diciéndose a sí mismo: "¡Qué locura!" y luego repitió: "¿Por qué no, después de todo? Es una oportunidad, tal vez la única; ¡y con semejantes imbéciles!" Pensando así, se deslizó, con la flexibilidad de una serpiente, hasta las ramas más bajas, cuyos extremos se doblaban casi hasta el suelo.

Pasaron las horas, y las sombras más claras anunciaban ahora la proximidad del día, aunque todavía no había amanecido. Este era el momento. La multitud adormilada se animó, los panderetas sonaron, surgieron cantos y gritos; había llegado la hora del sacrificio. Las puertas de la pagoda se abrieron y de su interior salió una luz brillante, en medio de la cual el señor Fogg y Sir Francis divisaron a la víctima. Parecía que, tras sacudirse el estupor de la intoxicación, se esforzaba por escapar de su verdugo. El corazón de Sir Francis palpitó; y, agarrando convulsivamente la mano del señor Fogg, encontró en ella un cuchillo abierto. Justo en ese momento la multitud comenzó a moverse. La joven había vuelto a caer en un estupor causado por los vapores del cáñamo, y pasaba entre los faquires, que la escoltaban con sus salvajes y religiosos gritos.

Phileas Fogg y sus compañeros, mezclados en la retaguardia de la muchedumbre, los siguieron; y en dos minutos llegaron a la orilla del arroyo, y se detuvieron a cincuenta pasos de la pira, sobre la cual yacía aún el cadáver del rajá. En la semioscuridad vieron a la víctima, sin sentido, tendida junto al cuerpo de su marido. Entonces trajeron una antorcha y la madera, muy empapada de aceite, prendió al instante.

En ese momento Sir Francis y el guía agarraron a Phileas Fogg, quien, en un instante de loca generosidad, estaba a punto de precipitarse sobre la pira. Pero él los había apartado rápidamente, cuando toda la escena cambió de repente. Surgió un grito de terror. Toda la multitud se postró, aterrorizada, en el suelo.

El viejo rajá no estaba muerto, pues se levantó de repente, como un espectro, tomó a su esposa en brazos y descendió de la pira en medio de las nubes de humo, que no hacían sino aumentar su aspecto fantasmal.

Los faquires, los soldados y los sacerdotes, presos de un terror instantáneo, se quedaron allí, con la cara en el suelo, sin atreverse a levantar la vista y contemplar semejante prodigio.

La víctima inanimada era llevada por los vigorosos brazos que la sostenían, y que no parecían agobiar en lo más mínimo. El señor Fogg y Sir Francis se mantuvieron erguidos, el parsi inclinó la cabeza, y Picaporte, sin duda, estaba apenas menos estupefacto.

El resucitado rajá se acercó a Sir Francis y a Mr. Fogg, y, en un tono brusco, dijo: "¡Partamos!".

Fue el propio Picaporte quien se deslizó sobre la pira en medio del humo y, aprovechando la oscuridad que aún reinaba, libró a la joven de la muerte. Fue Picaporte quien, interpretando su papel con feliz audacia, había atravesado la multitud en medio del terror general.

Un momento después, los cuatro integrantes del grupo habían desaparecido en el bosque, y el elefante los alejaba a gran velocidad. Pero los gritos y el ruido, y una pelota que atravesó el sombrero de Phileas Fogg, les avisaron de que el truco había sido descubierto.

En efecto, el cuerpo del viejo rajá apareció ahora sobre la pira ardiente, y los sacerdotes, recuperados de su terror, percibieron que se había producido un secuestro. Se apresuraron a adentrarse en el bosque, seguidos por los soldados, que dispararon una andanada tras los fugitivos; pero éstos aumentaron rápidamente la distancia que los separaba, y al poco tiempo se encontraron fuera del alcance de las balas y las flechas.

CAPÍTULO XIV.

EN EL QUE PHILEAS FOGG DESCIEDE TODA LA LONGITUD DEL HERMOSO VALLE DEL GANGES SIN PENSAR NUNCA EN VERLO

La temeraria hazaña se había consumado, y durante una hora Picaporte se rió alegremente de su éxito. Sir Francis estrechó la mano de su digno compañero, y su amo le dijo: "¡Bien hecho!", lo cual, para él, era un gran elogio; a lo cual Picaporte respondió que todo el mérito del asunto correspondía al señor Fogg. En cuanto a él, sólo se le había ocurrido una idea "rara"; y se reía al pensar que por unos momentos él, Picaporte, el ex gimnasta, el ex sargento bombero, había sido el cónyuge de una mujer encantadora, un venerable rajá embalsamado. En cuanto a la joven india, no se había dado cuenta de lo que pasaba, y ahora, envuelta en una manta de viaje, descansaba en uno de los howdahs.

El elefante, gracias a la hábil guía del parsi, avanzaba rápidamente a través del bosque aún oscuro y, una hora después de dejar la pagoda, había cruzado una vasta llanura. Hicieron un alto a las siete, pues la joven estaba todavía en un estado de completa postración. El guía le hizo beber un poco de aguardiente y agua, pero la somnolencia que la aturdió no podía aún quitarse de encima. Sir Francis, que conocía los efectos de la intoxicación producida por los vapores del cáñamo, tranquilizó a sus compañeros por ella. Pero le inquietaba más la perspectiva de su futuro destino. Le dijo a Phileas Fogg que, si Aouda se quedaba en la India, inevitablemente caería de nuevo en manos de sus verdugos. Estos fanáticos estaban dispersos por todo el país y, a pesar de la policía inglesa, recuperarían a su víctima en Madrás, Bombay o Calcuta. Sólo estaría a salvo abandonando la India para siempre.

Phileas Fogg respondió que reflexionaría sobre el asunto.

La estación de Allahabad fue alcanzada hacia las diez, y, reanudada la línea de ferrocarril interrumpida, les permitiría llegar a Calcuta en menos de veinticuatro horas. Phileas Fogg podría así llegar a tiempo para tomar el vapor que salía de Calcuta al día siguiente, 25 de octubre, a mediodía, con destino a Hong Kong.

La joven fue colocada en una de las salas de espera de la estación, mientras que Picaporte se encargó de comprar para ella diversos artículos de aseo, un vestido, un chal y algunas pieles, para lo cual su amo le dio crédito ilimitado. Picaporte partió inmediatamente y se encontró en las calles de Allahabad, es decir, la Ciudad de Dios, una de las más veneradas de la India, ya que está construida en la confluencia de los dos ríos sagrados, el Ganges y el Jumna, cuyas aguas atraen a los peregrinos de toda la península. El Ganges, según las leyendas del Ramayana, nace en el cielo, desde donde, por obra de Brahma, desciende a la tierra.

Picaporte se preocupó, mientras hacía sus compras, de echar un buen vistazo a la ciudad. Antiguamente estaba defendida por un noble fuerte, que desde entonces se ha convertido en una prisión estatal; su comercio ha disminuido, y Picaporte buscó en vano a su alrededor un bazar como el que solía frecuentar en Regent Street. Por fin dio con un judío viejo y malhumorado, que vendía artículos de segunda mano, y al que compró un vestido de tela escocesa, un gran manto y una fina pelusa de piel de nutria, por los que no dudó en pagar setenta y cinco libras. Luego regresó triunfante a la estación.

La influencia a la que los sacerdotes de Pillaji habían sometido a Aouda comenzó a ceder gradualmente, y se volvió más ella misma, de modo que sus finos ojos retomaron toda su suave expresión india.

Cuando el rey-poeta, Ucaf Uddaul, celebra los encantos de la reina de Ahmehnnagara, habla así

"Sus brillantes mechones, divididos en dos partes, rodean el armonioso contorno de sus blancas y delicadas mejillas, brillantes en su brillo y frescura. Sus cejas de ébano tienen la forma y el encanto del arco de Kama, el dios del amor, y bajo sus largas pestañas de seda los más puros reflejos y una luz celestial nadan, como en los lagos sagrados del Himalaya, en las negras pupilas de sus grandes ojos claros. Sus dientes, finos, iguales y blancos, brillan entre sus labios sonrientes como gotas de rocío en el pecho a medio desarrollar de una flor de la pasión. Sus orejas delicadamente formadas, sus manos bermellón, sus pequeños pies, curvados y tiernos como el capullo de loto, brillan con el fulgor de las más bellas perlas de Ceilán, de los más deslumbrantes diamantes de Golconda. Su cintura estrecha y flexible, que se puede rodear con la mano, muestra el contorno de su figura redondeada y la belleza de su pecho, donde la juventud en su flor muestra la riqueza de sus tesoros; y bajo los pliegues de seda de su túnica parece haber sido modelada en plata pura por la mano divina de Vicvarcarma, el escultor inmortal".

Basta decir, sin aplicar esta rapsodia poética a Aouda, que era una mujer encantadora, en toda la acepción europea de la frase. Hablaba inglés con gran pureza, y el guía no había exagerado al decir que el joven parsi había sido transformado por su educación.

El tren estaba a punto de partir de Allahabad, y míster Fogg procedió a pagar al guía el precio convenido por sus servicios, y ni un centavo más, lo que asombró a Picaporte, que recordaba todo lo que su amo debía a la devoción del guía. En efecto, había arriesgado su vida en la aventura de Pillaji y, si después era capturado por los indios, difícilmente escaparía a su venganza. También había que deshacerse de Kiouni. ¿Qué hacer con el elefante, que se había comprado tan caro? Phileas Fogg ya había resuelto esta cuestión.

"Parsi", le dijo al guía, "has sido servicial y devoto. He pagado por tu servicio, pero no por tu devoción. ¿Te gustaría tener este elefante? Es tuyo".

Los ojos del guía brillaron.

"¡Su señoría me está dando una fortuna!" gritó él.

"Llévatelo, guía", respondió el señor Fogg, "y seguiré siendo tu deudor".

"¡Bien!", exclamó Picaporte. "Llévatelo, amigo. Kiouni es una bestia valiente y fiel". Y, acercándose al elefante, le dio varios terrones de azúcar, diciendo: "Toma, Kiouni, toma, toma".

El elefante emitió un gruñido de satisfacción y, abrazando a Picaporte por la cintura con su trompa, lo levantó tan alto como su cabeza. Picaporte, sin alarmarse lo más mínimo, acarició al animal, que lo repuso suavemente en el suelo.

Poco después, Phileas Fogg, Sir Francis Cromarty y Passepartout, instalados en un carruaje con Aouda, que tenía el mejor asiento, se dirigían a toda velocidad hacia Benarés. Era un recorrido de ochenta millas, que se realizó en dos horas. Durante el trayecto, la joven recuperó plenamente sus sentidos. Cuál fue su asombro al encontrarse en aquel vagón, en el ferrocarril, vestida con trajes europeos y con viajeros que le eran totalmente extraños. Sus compañeros se dedicaron primero a reanimarla con un poco de licor, y luego Sir Francis le narró lo ocurrido, insistiendo en el valor con que Phileas Fogg no había dudado en arriesgar su vida para salvarla, y relatando la feliz secuela de la aventura, resultado de la temeraria idea de Picaporte. El señor Fogg no dijo nada; mientras Picaporte, avergonzado, repetía que "no valía la pena contarlo".

Aouda agradeció patéticamente a sus libertadores, más con lágrimas que con palabras; sus finos ojos interpretaban su gratitud mejor que sus labios. Luego, cuando sus pensamientos volvieron a la escena del sacrificio y recordaron los peligros que aún la amenazaban, se estremeció de terror.

Phileas Fogg comprendió lo que pasaba por la mente de Aouda, y se ofreció, para tranquilizarla, a acompañarla a Hong Kong, donde podría permanecer a salvo hasta que se silenciara el asunto, oferta que ella aceptó con entusiasmo y gratitud. Al parecer, tenía un pariente parsi que era uno de los principales comerciantes de Hong Kong, que es una ciudad totalmente inglesa, aunque se encuentra en una isla de la costa china.

A las doce y media el tren se detuvo en Benarés. Las leyendas de los brahmanes afirman que esta ciudad está construida en el emplazamiento de la antigua Casi, que, como la tumba de Mahoma, estuvo en otro tiempo suspendida entre el cielo y la tierra; aunque la Benarés de hoy, que los orientalistas llaman la Atenas de la India, se levanta muy poco poéticamente sobre la tierra firme, Picaporte vislumbró sus casas de ladrillo y sus chozas de arcilla, que daban un aspecto de desolación al lugar, mientras el tren entraba en él.

Benarés era el destino de Sir Francis Cromarty, pues las tropas con las que se iba a reunir estaban acampadas a algunas millas al norte de la ciudad. Se despidió de Phileas Fogg, deseándole todo el éxito, y expresando la esperanza de que volvería por allí de una manera menos original pero más provechosa. El señor Fogg le apretó ligeramente la mano. La despedida de Aouda, que no olvidaba lo que debía a Sir Francis, fue más calurosa; y en cuanto a Passepartout, recibió un cordial apretón de manos del gallardo general.

El ferrocarril, al salir de Benarés, pasó durante un tiempo por el valle del Ganges. A través de las ventanillas de su vagón, los viajeros vislumbraron el diverso paisaje de Behar, con sus montañas vestidas de verdor, sus campos de cebada, trigo y maíz, sus selvas pobladas de verdes caimanes, sus pulcros pueblos y sus bosques todavía densamente arbolados. Los elefantes se bañaban en las aguas del río sagrado, y grupos de indios, a pesar de la avanzada estación y el aire frío, realizaban solemnemente sus abluciones piadosas. Se trataba de fervientes brahmanes, los más acérrimos enemigos del budismo, siendo sus deidades Vishnu, el dios solar, Shiva, la personificación divina de las fuerzas naturales, y Brahma, el supremo gobernante de los sacerdotes y legisladores. ¿Qué pensarían estas divinidades de la India, anglicista como es hoy en día, con los barcos de vapor silbando y escudriñando a lo largo del Ganges, asustando a las gaviotas que flotan en su superficie, las tortugas pululando a lo largo de sus orillas, y los fieles habitando en sus fronteras?

El panorama pasaba ante sus ojos como un relámpago, salvo cuando el vapor lo ocultaba a la vista; los viajeros apenas podían distinguir el fuerte de Chupenie, a veinte millas al suroeste de Benares, antigua fortaleza de los rajás de Behar; o Ghazipur y sus famosas fábricas de agua de rosas; o la tumba de lord Cornwallis, que se levanta en la orilla izquierda del Ganges; la ciudad fortificada de Buxar, o Patna, un gran lugar de fabricación y comercio, donde se encuentra el principal mercado de opio de la India; o Monghir, una ciudad más que europea, pues es tan inglesa como Manchester o Birmingham, con sus fundiciones de hierro, fábricas de lana de cocina y altas chimeneas que arrojan nubes de humo negro hacia el cielo.

Llegó la noche; el tren pasó a toda velocidad, en medio del rugido de los tigres, los osos y los lobos que huían ante la locomotora; y las maravillas de Bengala, Golconda arruinada Gour, Murshedabad, la antigua capital,

Burdwan, Hugly y la ciudad francesa de Chandernagor, donde Picaporte se habría sentido orgulloso de ver ondear la bandera de su país, quedaron ocultas a su vista en la oscuridad.

Se llegó a Calcuta a las siete de la mañana, y el paquete partió hacia Hong Kong a mediodía; de modo que Phileas Fogg tenía cinco horas por delante.

Según su diario, debía llegar a Calcuta el 25 de octubre, y esa fue la fecha exacta de su llegada. Por lo tanto, no estaba ni atrasado ni adelantado. Los dos días ganados entre Londres y Bombay se habían perdido, como se ha visto, en el viaje a través de la India. Pero no hay que suponer que Phileas Fogg los lamentara.

CAPÍTULO XV.

EN EL QUE LA BOLSA DE BILLETES DESPRENDE ALGUNOS MILES DE LIBRAS MÁS

El tren entró en la estación, y Picaporte saltó primero, seguido por el señor Fogg, que ayudó a su bella compañera a descender. Phileas Fogg tenía la intención de dirigirse de inmediato al vapor de Hong Kong, a fin de que Aouda se instalara cómodamente para el viaje. No estaba dispuesto a dejarla mientras estuvieran en terreno peligroso.

Justo cuando salía de la estación se le acercó un policía y le dijo: "¿Sr. Phileas Fogg?".

"Yo soy él".

"¿Este hombre es su criado?", añadió el policía, señalando a Passepartout.

"Sí".

"Sed tan buenos, los dos, como para seguirme".

El señor Fogg no mostró ninguna sorpresa. El policía era un representante de la ley, y la ley es sagrada para un inglés. Picaporte trató de razonar sobre el asunto, pero el policía le dio un golpecito con su bastón, y el señor Fogg le hizo una señal para que obedeciera.

"¿Puede esta joven acompañarnos?", preguntó él.

"Puede", respondió el policía.

El señor Fogg, Aouda y Passepartout fueron conducidos a un palkigahri, una especie de carruaje de cuatro ruedas, tirado por dos caballos, en el que ocuparon sus lugares y fueron conducidos. Nadie habló durante los veinte minutos que transcurrieron hasta que llegaron a su destino. Pasaron primero por la "ciudad negra", con sus calles estrechas, sus chozas miserables y sucias y su población escuálida; luego por la "ciudad europea", que presentaba un alivio con sus mansiones de ladrillo brillante, sombreadas por cocoteros y erizadas de mástiles, donde, aunque era temprano, iban y venían jinetes elegantemente vestidos y hermosos equipajes.

El carruaje se detuvo ante una casa de aspecto modesto que, sin embargo, no tenía la apariencia de una mansión privada. El policía pidió a sus prisioneros -porque así se les podía llamar- que descendieran, y los condujo a una habitación con ventanas enrejadas, y dijo: "Comparecerán ante el juez Obadiah a las ocho y media".

Luego se retiró y cerró la puerta.

"¡Pero si somos prisioneros!", exclamó Picaporte, dejándose caer en una silla.

Aouda, con una emoción que trataba de disimular, dijo al señor Fogg: "¡Señor, debe abandonarme a mi suerte! Es por mí que recibe este trato, es por haberme salvado".

Phileas Fogg se contentó con decir que era imposible. Era bastante improbable que lo arrestaran por impedir un suttee. Los denunciantes no se atreverían a presentarse con tal acusación. Había un error. Además, en cualquier caso, no abandonaría a Aouda, sino que la acompañaría a Hong Kong.

"¡Pero el vapor sale a mediodía!", observó Picaporte, nervioso.

"Estaremos a bordo para el mediodía", respondió su amo, plácidamente.

Se dijo tan positivamente que Passepartout no pudo evitar murmurar para sí mismo: "¡Parbleu eso es seguro! Antes del mediodía estaremos a bordo". Pero no estaba en absoluto tranquilizado.

A las ocho y media se abrió la puerta, apareció el policía y, pidiéndoles que le siguieran, les condujo a una sala contigua. Evidentemente, se trataba de un juzgado, y una multitud de europeos y nativos ocupaba ya la parte trasera del apartamento.

El señor Fogg y sus dos acompañantes ocuparon sus lugares en un banco frente a los escritorios del magistrado y su secretario. Inmediatamente después entró el juez Obadiah, un hombre gordo y redondo, seguido por el secretario. Procedió a descolgar una peluca que colgaba de un clavo y se la puso apresuradamente en la cabeza.

"El primer caso", dijo. Luego, llevándose la mano a la cabeza, exclamó: "¡Eh! Esta no es mi peluca".

"No, su señoría", respondió el empleado, "es mío".

"Mi querido señor Oysterpuff, ¿cómo puede un juez dictar una sentencia sabia con una peluca de oficinista?"

Se intercambiaron las pelucas.

Picaporte se estaba poniendo nervioso, pues las manecillas del gran reloj que había sobre el juez parecían dar vueltas con terrible rapidez.

"El primer caso", repitió el juez Obadiah.

"¿Phileas Fogg?", preguntó Oysterpuff.

"Estoy aquí", respondió el señor Fogg.

"¿Passepartout?"

"Presente", respondió Passepartout.

"Bien", dijo el juez. "Os han buscado, prisioneros, durante dos días en los trenes de Bombay".

"¿Pero de qué se nos acusa?", preguntó Picaporte, impaciente.

"Estás a punto de ser informado".

"Soy un súbdito inglés, señor", dijo Mr. Fogg, "y tengo el derecho..."

"¿Has sido maltratado?"

"En absoluto".

"Muy bien; que entren los denunciantes".

Se abrió una puerta por orden del juez y entraron tres sacerdotes indios.

"Eso es", murmuró Picaporte; "estos son los pícaros que iban a quemar a nuestra joven".

Los sacerdotes ocuparon sus puestos frente al juez, y el secretario procedió a leer en voz alta una denuncia por sacrilegio contra Phileas Fogg y su criado, a quienes se acusaba de haber violado un lugar consagrado por la religión brahmánica.

"¿Oíste la acusación?", preguntó el juez.

"Sí, señor", respondió el señor Fogg, consultando su reloj, "y lo admito".

"¿Lo admites?"

"Lo admito, y deseo escuchar a estos sacerdotes admitir, a su vez, lo que iban a hacer en la pagoda de Pillaji".

Los sacerdotes se miraron entre sí; parecían no entender lo que se decía.

"Sí", gritó Picaporte, acaloradamente; "en la pagoda de Pillaji, donde estuvieron a punto de quemar a su víctima".

El juez se quedó mirando con asombro, y los sacerdotes se quedaron estupefactos.

"¿Qué víctima?", dijo el juez Obadiah. "¿Quemar a quién? ¿En el mismo Bombay?"

"¿Bombay?", gritó Passepartout.

"Ciertamente. No estamos hablando de la pagoda de Pillaji, sino de la pagoda de Malabar Hill, en Bombay".

"Y como prueba", añadió el empleado, "aquí están los propios zapatos del profanador, que dejó atrás".

A continuación, colocó un par de zapatos sobre su escritorio.

"¡Mis zapatos!", gritó Picaporte, dejando escapar por sorpresa esta imprudente exclamación.

Puede imaginarse la confusión de amo y hombre, que habían olvidado por completo el asunto de Bombay, por el que ahora estaban detenidos en Calcuta.

Fix, el detective, había previsto la ventaja que le proporcionaba la escapada de Picaporte, y, retrasando su partida durante doce horas, había consultado a los sacerdotes de Malabar Hill. Sabiendo que las autoridades inglesas trataban con mucha severidad este tipo de faltas, les prometió una buena suma en concepto de daños y perjuicios, y los envió a Calcuta en el

siguiente tren. Debido al retraso ocasionado por el rescate de la joven viuda, Fix y los sacerdotes llegaron a la capital india antes que el señor Fogg y su criado, habiendo sido ya advertidos los magistrados por un despacho de que los detuvieran si llegaban. Puede imaginarse la decepción de Fix cuando supo que Phileas Fogg no había hecho su aparición en Calcuta. Se decidió a pensar que el ladrón se había detenido en algún lugar de la ruta y se había refugiado en las provincias del sur. Durante veinticuatro horas, Fix vigiló la estación con una ansiedad febril; al fin se vio recompensado al ver llegar al señor Fogg y a Picaporte, acompañados de una joven, cuya presencia no supo explicar. Se apresuró a llamar a un policía, y así fue como el grupo fue detenido y llevado ante el juez Obadiah.

Si Picaporte hubiera estado un poco menos preocupado, habría visto al detective instalado en un rincón de la sala del tribunal, observando los procedimientos con un interés fácilmente comprensible, ya que la orden no le había llegado a Calcuta, como lo había hecho en Bombay y Suez.

El juez Obadiah había captado, por desgracia, la precipitada exclamación de Picaporte, que el pobre habría dado el mundo por recordar.

"¿Se admiten los hechos?", preguntó el juez.

"Admitido", respondió el señor Fogg, con frialdad.

"Puesto que", reanudó el juez, "la ley inglesa protege por igual y severamente las religiones del pueblo indio, y puesto que el hombre Passepartout ha admitido que violó la pagoda sagrada de la colina de Malabar, en Bombay, el 20 de octubre, condeno a dicho Passepartout a prisión durante quince días y a una multa de trescientas libras."

"¡Trescientas libras!", gritó Picaporte, sorprendido por la magnitud de la suma.

"¡Silencio!", gritó el alguacil.

"Y en la medida", continuó el juez, "en que no se ha probado que el acto no haya sido realizado por la connivencia del amo con el sirviente, y como el amo en cualquier caso debe ser considerado responsable de los actos de su sirviente a sueldo, condeno a Phileas Fogg a una semana de prisión y a una multa de ciento cincuenta libras."

Fix se frotó suavemente las manos con satisfacción; si Phileas Fogg podía estar detenido en Calcuta una semana, sería más que tiempo para que llegara la orden. Picaporte estaba estupefacto. Esta sentencia arruinaba a su amo. ¡Una apuesta de veinte mil libras perdida, porque él, como un tonto precioso, había entrado en aquella abominable pagoda!

Phileas Fogg, tan autocompuesto como si el juicio no le concerniera en lo más mínimo, ni siquiera levantó las cejas mientras se pronunciaba. Justo cuando el secretario llamaba al siguiente caso, se levantó y dijo: "Ofrezco fianza".

"Está en su derecho", respondió el juez.

A Fix se le heló la sangre, pero recuperó la compostura cuando oyó al juez anunciar que la fianza exigida para cada preso sería de mil libras.

"Lo pagaré de inmediato -dijo el señor Fogg, sacando un rollo de billetes de la bolsa de la alfombra que tenía Passepartout y poniéndolos sobre el escritorio del empleado.

"Esta suma se le devolverá cuando salga de la cárcel", dijo el juez. "Mientras tanto, queda usted en libertad bajo fianza".

"¡Ven!", dijo Phileas Fogg a su criado.

"¡Pero que al menos me devuelvan los zapatos!", gritó enfadado Picaporte.

"¡Ah, son unos zapatos muy caros!", murmuró cuando se los entregaron. "Más de mil libras cada uno; además, me aprietan los pies".

El señor Fogg, ofreciendo su brazo a Aouda, se marchó, seguido por el cabizbajo Picaporte. Fix alimentaba aún la esperanza de que el ladrón no dejaría, después de todo, las dos mil libras, sino que decidiría cumplir su semana en la cárcel, y salió tras las huellas de mister Fogg. Este caballero tomó un carruaje, y el grupo no tardó en desembarcar en uno de los muelles.

El "Rangún" estaba amarrado a media milla de distancia en el puerto, con su señal de partida izada en la cabeza del mástil. Daban las once; el señor Fogg se había adelantado una hora. Fix les vio dejar el carruaje y partir en una barca hacia el vapor, y dio un pisotón de decepción.

"¡El bribón está fuera, después de todo!", exclamó. "¡Dos mil libras sacrificadas! ¡Es tan pródigo como un ladrón! Le seguiré hasta el fin del mundo si es necesario; pero, al ritmo que lleva, el dinero robado se agotará pronto."

El detective no estaba muy equivocado al hacer esta conjetura. Desde que salió de Londres, con los gastos de viaje, los sobornos, la compra del elefante, las fianzas y las multas, el señor Fogg había gastado ya más de cinco mil libras en el camino, y el porcentaje de la suma recuperada del ladrón de bancos prometido a los detectives, disminuía rápidamente.

CAPÍTULO XVI.

EN EL QUE FIX PARECE NO ENTENDER EN LO MÁS MÍNIMO LO QUE SE LE DICE

El "Rangún", uno de los barcos de la Compañía Peninsular y Oriental que surcaba los mares de China y Japón, era un vapor de tornillo, construido en hierro, que pesaba unas mil setecientas setenta toneladas y tenía motores de cuatrocientos caballos de fuerza. Era tan rápido, pero no tan bien equipado, como el "Mongolia", y Aouda no estaba tan cómodamente provisto a bordo de él como Phileas Fogg hubiera deseado. Sin embargo, el viaje de Calcuta a Hong Kong sólo comprendía unas tres mil quinientas millas, y ocupaba de diez a doce días, y la joven no era difícil de complacer.

Durante los primeros días del viaje, Aouda conoció mejor a su protector, y dio constantemente muestras de su profunda gratitud por lo que había hecho. El flemático caballero la escuchaba, al menos aparentemente, con frialdad, sin que su voz ni sus modales delataran la menor emoción; pero parecía estar siempre atento a que nada faltara para la comodidad de Aouda. La visitaba regularmente cada día a ciertas horas, no tanto para hablar él mismo, sino para sentarse y oírla hablar. La trataba con la más estricta cortesía, pero con la precisión de un autómatas, cuyos movimientos habían sido dispuestos para ello. Aouda no sabía muy bien qué hacer con él, aunque Picaporte le había dado algunas pistas sobre la excentricidad de su amo, y la había hecho sonreír hablándole de la apuesta que le hacía dar la vuelta al mundo. Al fin y al cabo, le debía la vida a Phileas Fogg, y siempre lo consideraba a través de la exaltación de su gratitud.

Aouda confirmó el relato del guía parsi de su conmovedora historia. En efecto, pertenecía a la más alta de las razas autóctonas de la India. Muchos de los comerciantes parsis han hecho grandes fortunas allí comerciando con algodón; y uno de ellos, Sir Jametsee Jeejeebhoy, fue nombrado baronet por el gobierno inglés. Aouda era pariente de este gran hombre, y era su primo, Jeejeeh, con quien esperaba reunirse en Hong Kong. No podía saber si encontraría en él un protector, pero el señor Fogg trató de calmar sus ansias y le aseguró que todo se arreglaría matemáticamente -él utilizó la misma palabra-. Aouda clavó en él sus grandes ojos, "claros como los lagos sagrados del Himalaya"; pero el intratable Fogg, tan reservado como siempre, no parecía en absoluto inclinado a lanzarse a este lago.

Los primeros días de la travesía transcurrieron prósperamente, en medio de un tiempo favorable y vientos propicios, y pronto llegaron a la vista de la gran Andamán, la principal de las islas del Golfo de Bengala, con su pintoresco Pico de la Silla, de dos mil cuatrocientos pies de altura, que se eleva sobre las aguas. El vapor pasó cerca de las costas, pero los salvajes papúes, que están en la escala más baja de la humanidad, pero no son, como se ha afirmado, caníbales, no hicieron su aparición.

El panorama de las islas, al pasar por ellas, era soberbio. Vastos bosques de palmeras, arecos, bambú, madera de teca, de la gigantesca mimosa, y helechos arborescentes cubrían el primer plano, mientras que detrás, los graciosos contornos de las montañas se trazaban contra el cielo; y a lo largo de las costas pululaban por millares las preciosas golondrinas cuyos nidos proporcionan un lujoso plato a las mesas del Celeste Imperio. Sin embargo, el variado paisaje que ofrecían las islas de Andamán pronto fue superado, y el "Rangún" se acercó rápidamente al estrecho de Malaca, que daba acceso a los mares de China.

¿Qué hacía el detective Fix, tan desafortunadamente arrastrado de país en país, durante todo este tiempo? Había conseguido embarcarse en el "Rangún" en Calcuta sin ser visto por Picaporte, después de haber dejado orden de que, si llegaba la orden, se la hicieran llegar a Hong Kong; y esperaba ocultar su presencia hasta el final del viaje. Hubiera sido difícil explicar por qué estaba a bordo sin despertar las sospechas de Picaporte, que lo creía todavía en Bombay. Pero la necesidad le impulsó, sin embargo, a renovar su relación con el digno criado, como se verá.

Todas las esperanzas y deseos del detective se centraban ahora en Hong Kong, ya que la estancia del vapor en Singapur sería demasiado breve para permitirle dar algún paso allí. El arresto debía hacerse en Hong Kong, o el ladrón probablemente se le escaparía para siempre. Hong Kong era la última tierra inglesa que pisaría; más allá, China, Japón y América ofrecían a Fogg un refugio casi seguro. Si la orden de arresto aparecía por fin en Hong Kong, Fix podía arrestarlo y entregarlo en manos de la policía local, y no habría más problemas. Pero más allá de Hong Kong, una simple orden de arresto no serviría de nada; sería necesaria una orden de extradición, y eso daría lugar a retrasos y obstáculos, de los que el bribón se aprovecharía para eludir la justicia.

Fix pensó en estas probabilidades durante las largas horas que pasó en su camarote, y se repitió a sí mismo: "Ahora, o la orden estará en Hong Kong, en cuyo caso arrestaré a mi hombre, o no estará allí; y esta vez es absolutamente necesario que retrase su partida. He fracasado en Bombay, y he fracasado en Calcuta; si fracaso en Hong Kong, mi reputación está perdida: Cueste lo que cueste, *debo* tener éxito. ¿Pero cómo evitaré su partida, si ese resulta ser mi último recurso?"

Fix decidió que, en el peor de los casos, se convertiría en confidente de Picaporte y le diría qué clase de hombre era realmente su amo. Estaba

seguro de que Picaporte no era el cómplice de Fogg. El criado, iluminado por su revelación, y temeroso de verse implicado en el crimen, se convertiría sin duda en un aliado del detective. Pero este método era peligroso y sólo podía emplearse cuando todo lo demás había fracasado. Una palabra de Picaporte a su amo lo arruinaría todo. El detective se encontraba, pues, en una situación difícil. Pero de repente se le ocurrió una nueva idea. La presencia de Aouda en el "Rangoon", en compañía de Phileas Fogg, le proporcionó un nuevo material de reflexión.

¿Quién era esta mujer? ¿Qué combinación de acontecimientos la había convertido en la compañera de viaje de Fogg? Evidentemente se habían encontrado en algún lugar entre Bombay y Calcuta; pero ¿dónde? ¿Se habían encontrado accidentalmente, o Fogg había ido al interior a propósito en busca de esta encantadora damisela? Fix estaba bastante desconcertado. Se preguntó si no había habido una fuga perversa; y esta idea se grabó de tal modo en su mente, que determinó hacer uso de la supuesta intriga. Tanto si la joven estaba casada como si no lo estaba, sería capaz de crear tales dificultades al señor Fogg en Hong Kong que no podría escapar pagando ninguna cantidad de dinero.

Pero, ¿podría esperar hasta que llegaran a Hong Kong? Fogg tenía una forma abominable de saltar de un barco a otro y, antes de que se pudiera hacer nada, podría ponerse en marcha de nuevo hacia Yokohama.

Fix decidió que debía avisar a las autoridades inglesas y hacer una señal al "Rangoon" antes de su llegada. Esto era fácil de hacer, ya que el vapor se detuvo en Singapur, desde donde hay un cable telegráfico a Hong Kong. Por otra parte, antes de actuar de manera más positiva, decidió interrogar a Passepartout. No sería difícil hacerle hablar; y, como no había tiempo que perder, Fix se preparó para darse a conocer.

Era el 30 de octubre, y al día siguiente el "Rangoon" debía llegar a Singapur.

Fix salió de su camarote y subió a cubierta. Picaporte se paseaba arriba y abajo en la parte delantera del vapor. El detective se precipitó hacia delante con toda la apariencia de extrema sorpresa, y exclamó: "¿Está usted aquí, en el "Rangoon"?"

"¿Qué, Monsieur Fix, está usted a bordo?", respondió el Passepartout realmente asombrado, reconociendo a su compinche del "Mongolia". "¡Vaya, os dejé en Bombay y aquí estáis, de camino a Hong Kong! ¿También vas a dar la vuelta al mundo?"

"No, no", respondió Fix; "me detendré en Hong Kong, al menos durante algunos días".

"¡Hum!", dijo Picaporte, que por un instante pareció perplejo. "¿Pero cómo es que no te he visto a bordo desde que salimos de Calcuta?"

"Oh, un poco de malestar en el mar... me he quedado en mi litera. El Golfo de Bengala no me sienta tan bien como el Océano Índico. ¿Y cómo

está el Sr. Fogg?"

"Tan bien y tan puntual como siempre, ¡ni un día de retraso! Pero, Monsieur Fix, no sabe que tenemos una joven con nosotros".

"¿Una joven?", respondió el detective, sin parecer comprender lo que se decía.

Passepartout relató entonces la historia de Aouda, el asunto de la pagoda de Bombay, la compra del elefante por dos mil libras, el rescate, el arresto y la sentencia del tribunal de Calcuta, y el restablecimiento de la libertad bajo fianza de míster Fogg y de él mismo. Fix, que estaba al corriente de los últimos acontecimientos, parecía ignorar igualmente todo lo que Picaporte relataba; y éste se sintió encantado de encontrar un oyente tan interesado.

"Pero, ¿se propone su señor llevar a esta joven a Europa?"

"En absoluto. Simplemente vamos a ponerla bajo la protección de uno de sus parientes, un rico comerciante de Hong Kong".

"No hay nada que hacer ahí", se dijo Fix, disimulando su decepción. "¿Un vaso de ginebra, señor Passepartout?"

"De buena gana, Monsieur Fix. Al menos debemos tomar una copa amistosa a bordo del 'Rangún'".

CAPÍTULO XVII. LO SUCEDIDO EN EL VIAJE DE SINGAPUR A HONG KONG

El detective y Picaporte se encontraron a menudo en cubierta después de esta entrevista, aunque Fix se mostró reservado y no intentó inducir a su compañero a divulgar más datos sobre el señor Fogg. Una o dos veces vio a aquel misterioso caballero, pero el señor Fogg se limitaba generalmente al camarote, donde hacía compañía a Aouda o, según su inveterada costumbre, jugaba al whist.

Picaporte comenzó a conjeturar muy seriamente qué extraña casualidad mantenía a Fix todavía en la ruta que su amo seguía. Realmente valía la pena considerar por qué esta persona, ciertamente muy amable y complaciente, que había conocido en Suez, que había encontrado luego a bordo del "Mongolia", que había desembarcado en Bombay, que anunciaba como su destino, y que ahora se presentaba tan inesperadamente en el "Rangún", seguía paso a paso las huellas del señor Fogg. ¿Cuál era el objeto de Fix? Picaporte estaba dispuesto a apostar sus zapatos indios -que conservaba religiosamente- a que Fix saldría también de Hong Kong al mismo tiempo que ellos, y probablemente en el mismo vapor.

Picaporte podría haberse devanado los sesos durante un siglo sin dar con el verdadero objetivo que el detective tenía en mente. Nunca hubiera podido imaginar que Phileas Fogg estaba siendo rastreado como un ladrón alrededor del mundo. Pero, como está en la naturaleza humana intentar la solución de todo misterio, Picaporte descubrió de pronto una explicación de los movimientos de Fix, que en verdad estaba lejos de ser razonable. Fix, pensó, no podía ser más que un agente de los amigos del señor Fogg en el Reform Club, enviado para seguirle y

Durante la tarde del miércoles 30 de octubre, el "Rangoon" entró en el estrecho de Malaca, que separa la península de ese nombre de Sumatra. Los islotes montañosos y escarpados interceptaron a la vista de los viajeros las bellezas de esta noble isla. El "Rangún" levó anclas en Singapur al día siguiente, a las cuatro de la mañana, para recibir carbón, habiendo ganado medio día respecto a la hora prevista de su llegada. Phileas Fogg anotó esta ganancia en su diario, y luego, acompañado de Aouda, que delataba el deseo de un paseo por la orilla, desembarcó.

Fix, que sospechaba todos los movimientos del señor Fogg, los seguía cautelosamente, sin ser él mismo percibido; mientras que Picaporte, riéndose en la manga de las maniobras de Fix, se dedicaba a sus habituales recados.

La isla de Singapur no tiene un aspecto imponente, ya que no hay montañas; sin embargo, su aspecto no carece de atractivos. Es un parque salpicado de agradables carreteras y avenidas. Un hermoso carruaje, tirado por un elegante par de caballos New Holland, llevó a Phileas Fogg y a Aouda en medio de hileras de palmeras de brillante follaje, y de clavos de olor, cuyos clavos forman el corazón de una flor medio abierta. Las plantas de pimienta sustituyeron a los espinosos setos de los campos europeos; los arbustos de sagú, grandes helechos con magníficas ramas, variaban el aspecto de este clima tropical; mientras que los árboles de nuez moscada, en pleno follaje, llenaban el aire con un penetrante perfume. Bandas de monos ágiles y sonrientes saltaban entre los árboles, y tampoco faltaban tigres en las selvas.

Después de un viaje de dos horas por el campo, Aouda y Mr. Fogg volvieron a la ciudad, que es un vasto conjunto de casas de aspecto pesado e irregular, rodeadas de encantadores jardines ricos en frutas y plantas tropicales; y a las diez volvieron a embarcar, seguidos de cerca por el detective, que los había tenido constantemente a la vista.

Passepartout, que había comprado varias docenas de mangos -una fruta tan grande como una manzana de buen tamaño, de color marrón oscuro por fuera y rojo brillante por dentro, y cuya pulpa blanca, al deshacerse en la boca, produce una sensación deliciosa- les esperaba en cubierta. Aouda le ofreció algunos mangos con mucho gusto, y le agradeció muy amablemente que se los diera.

A las once, el "Rangún" salió del puerto de Singapur, y en pocas horas se perdieron de vista las altas montañas de Malaca, con sus bosques, habitados por los tigres de más bello pelaje del mundo. Singapur dista unas mil trescientas millas de la isla de Hong Kong, que es una pequeña colonia inglesa cercana a la costa china. Phileas Fogg esperaba realizar el viaje en seis días, para llegar a tiempo al vapor que partiría el 6 de noviembre hacia Yokohama, el principal puerto japonés.

El "Rangún" tenía una gran cuota de pasajeros, muchos de los cuales desembarcaron en Singapur, entre ellos un número de indios, ceilaneses,

chinos, malayos y portugueses, en su mayoría viajeros de segunda clase.

El tiempo, que hasta entonces había sido bueno, cambió con el último cuarto de la luna. El mar se agitaba fuertemente, y el viento se levantaba a intervalos casi como una tormenta, pero afortunadamente soplaba del suroeste, y así ayudaba al progreso del vapor. El capitán izó las velas tan a menudo como le fue posible, y bajo la doble acción del vapor y la vela, el barco avanzó rápidamente a lo largo de las costas de Anam y Cochín China. Sin embargo, debido a la defectuosa construcción del "Rangún", era necesario tomar precauciones inusuales cuando el tiempo era desfavorable; pero la pérdida de tiempo resultante de esta causa, aunque casi hizo perder el sentido a Picaporte, no pareció afectar en lo más mínimo a su capitán. Picaporte culpó al capitán, al maquinista y a la tripulación, y envió a todos los que estaban relacionados con el barco a la tierra donde crece la pimienta. Tal vez el pensamiento del gas, que ardía despiadadamente a su costa en Saville Row, tenía algo que ver con su acalorada impaciencia.

"¿Tienes mucha prisa, entonces", le dijo un día Fix, "para llegar a Hong Kong?".

"¡Una gran prisa!"

"El Sr. Fogg, supongo, está ansioso por coger el vapor para Yokohama".

"Terriblemente ansioso".

"¿Crees en este viaje alrededor del mundo, entonces?"

"Absolutamente. ¿No es así, Sr. Fix?"

"¡I? No me creo ni una palabra".

"¡Eres un perro astuto!", dijo Picaporte, guiñándole un ojo.

Esta expresión inquietó a Fix, sin que supiera por qué. ¿Había adivinado el francés su verdadero propósito? No sabía qué pensar. Pero, ¿cómo podía descubrir Picaporte que era un detective? Sin embargo, al hablar como lo hizo, el hombre evidentemente quiso decir más de lo que expresó.

Al día siguiente, Picaporte fue aún más lejos; no pudo contener su lengua.

"Señor Fix", dijo, en tono de broma, "¿tendremos la mala suerte de perderle cuando lleguemos a Hong Kong?".

"Por qué", respondió Fix, un poco avergonzado, "no lo sé; tal vez..."

"¡Ah, si usted siguiera con nosotros! Un agente de la Compañía Peninsular, ya sabes, no puede detenerse en el camino. Sólo ibas a Bombay, y aquí estás en China. América no está lejos, y de América a Europa sólo hay un paso".

Fix miró atentamente a su compañero, cuyo semblante era lo más sereno posible, y se rió con él. Pero Picaporte se empeñó en reñirle preguntándole si ganaba mucho con su actual ocupación.

"Sí y no", respondió Fix; "hay buena y mala suerte en estas cosas. Pero debéis comprender que no viajo por mi cuenta".

"¡Oh, estoy muy seguro de ello!", gritó Picaporte, riendo a carcajadas.

Fix, bastante desconcertado, descendió a su camarote y se entregó a sus reflexiones. Era evidente que se sospechaba de él; de una manera u otra, el francés había descubierto que era detective. Pero, ¿se lo había dicho a su amo? ¿Qué papel estaba jugando en todo esto? ¿Era cómplice o no? ¿Se había acabado el juego? Fix pasó varias horas dándole vueltas a estas cosas en su mente, pensando a veces que todo estaba perdido, persuadiéndose luego de que Fogg ignoraba su presencia, y luego indeciso sobre qué curso era mejor tomar.

Sin embargo, conservó su frialdad de espíritu, y al fin resolvió tratar claramente con Picaporte. Si no encontraba factible detener a Fogg en Hong Kong, y si Fogg se preparaba para abandonar aquel último punto de apoyo del territorio inglés, él, Fix, se lo diría todo a Picaporte. O bien el criado era el cómplice de su amo, y en este caso el amo conocía sus operaciones, y debería fracasar; o bien el criado no sabía nada del robo, y entonces su interés sería abandonar al ladrón.

Tal era la situación entre Fix y Passepartout. Mientras tanto, Phileas Fogg se movía por encima de ellos con la más majestuosa e inconsciente indiferencia. Pasaba metódicamente en su órbita alrededor del mundo, sin tener en cuenta las estrellas menores que gravitaban a su alrededor. Sin embargo, había cerca lo que los astrónomos llamarían una estrella perturbadora, que podría haber producido una agitación en el corazón de este caballero. Pero no, los encantos de Aouda no actuaron, para gran sorpresa de Passepartout, y las perturbaciones, de haber existido, habrían sido más difíciles de calcular que las de Urano, que condujeron al descubrimiento de Neptuno.

Cada día era una maravilla mayor para Picaporte, que leía en los ojos de Aouda la profundidad de su gratitud hacia su amo. Phileas Fogg, aunque valiente y galante, debía ser, pensó, bastante desalmado. En cuanto al sentimiento que este viaje podía haber despertado en él, era evidente que no había rastro de tal cosa; mientras que el pobre Picaporte vivía en perpetuos ensueños.

Un día estaba apoyado en la barandilla de la sala de máquinas, y observaba el motor, cuando un repentino cabeceo del vapor sacó el tornillo del agua. El vapor salió silbando de las válvulas, lo que indignó a Picaporte.

"¡Las válvulas no están suficientemente cargadas!", exclamó. "No vamos a ir. ¡Oh, estos ingleses! Si fuera una embarcación americana, tal vez tendríamos que explotar, pero en todo caso deberíamos ir más rápido".

CAPÍTULO XVIII.

EN EL QUE PHILEAS FOGG, PASSEPARTOUT Y FIX SE OCUPAN CADA UNO DE SUS ASUNTOS

El tiempo fue malo durante los últimos días del viaje. El viento, que se obstinaba en permanecer en el noroeste, soplaba un vendaval y retrasaba al vapor. El "Rangún" se balanceaba fuertemente y los pasajeros se impacientaban ante las largas y monstruosas olas que el viento levantaba a su paso. El 3 de noviembre se desató una especie de tempestad, la borrasca golpeó el barco con furia y las olas se elevaron. El "Rangún" arrióstró todas sus velas, e incluso la jarcía resultó ser demasiado, silbando y temblando en medio de la borrasca. El vapor se vio obligado a avanzar lentamente, y el capitán calculó que llegaría a Hong Kong con veinte horas de retraso, y más si la tormenta duraba.

Phileas Fogg contemplaba el tempestuoso mar, que parecía luchar especialmente por retrasarle, con su habitual tranquilidad. No cambió su semblante ni un instante, aunque un retraso de veinte horas, al hacerle llegar demasiado tarde al barco de Yokohama, le haría perder casi inevitablemente la apuesta. Pero este hombre de nervios no manifestaba ni impaciencia ni fastidio; parecía como si la tormenta formara parte de su programa y estuviera prevista. Aouda se asombró al encontrarlo tan tranquilo como desde la primera vez que lo vio.

Fix no miraba el estado de las cosas bajo la misma luz. La tormenta le complacía enormemente. Su satisfacción habría sido completa si el "Rangoon" se hubiera visto obligado a retirarse ante la violencia del viento y de las olas. Cada retraso le llenaba de esperanza, pues cada vez era más probable que Fogg se viera obligado a permanecer algunos días en Hong Kong; y ahora los propios cielos se convertían en sus aliados, con las ráfagas y las borrascas. No importaba que le hicieran marearse, pues no le importaba este inconveniente, y mientras su cuerpo se retorció bajo sus efectos, su espíritu rebosaba de esperanzada exultación.

Passepartout estaba enfurecido por el mal tiempo. Todo había ido tan bien hasta ahora. La tierra y el mar parecían estar al servicio de su amo; los vapores y los ferrocarriles le obedecían; el viento y el vapor se unían para acelerar su viaje. ¿Había llegado la hora de la adversidad? Picaporte estaba tan excitado como si las veinte mil libras fueran a salir de su propio bolsillo.

La tormenta le exasperaba, el vendaval le enfurecía y ansiaba azotar al obstinado mar para que le obedeciera. ¡Pobre hombre! Fix le ocultó cuidadosamente su propia satisfacción, pues, de haberla traicionado, Picaporte apenas habría podido contenerse de la violencia personal.

Picaporte permaneció en cubierta todo el tiempo que duró la tempestad, ya que no podía permanecer tranquilo abajo, y se le ocurrió ayudar a la marcha del barco echando una mano a la tripulación. Abrumó al capitán, a los oficiales y a los marineros, que no pudieron evitar reírse de su impaciencia, con toda clase de preguntas. Quería saber exactamente cuánto iba a durar la tormenta, para lo cual le remitieron al barómetro, que no parecía tener intención de subir. Picaporte lo agitó, pero sin ningún efecto perceptible, pues ni las sacudidas ni las maldiciones lograron hacerle cambiar de opinión.

El día 4, sin embargo, el mar se calmó y la tormenta disminuyó su violencia; el viento viró hacia el sur y volvió a ser favorable. Passepartout se despejó con el tiempo. Se desplegaron algunas velas y el "Rangoon" reanudó su velocidad más rápida. Sin embargo, no se pudo recuperar el tiempo perdido. No se señaló tierra hasta las cinco de la mañana del día 6; el vapor debía llegar el día 5. Phileas Fogg llevaba veinticuatro horas de retraso, y el vapor de Yokohama, por supuesto, se perdería.

El piloto subió a bordo a las seis, y ocupó su lugar en el puente, para guiar al "Rangún" por los canales hasta el puerto de Hong Kong. Picaporte deseaba preguntarle si el vapor había partido hacia Yokohama, pero no se atrevía, pues quería conservar la chispa de esperanza que aún le quedaba hasta el último momento. Había confiado su angustia a Fix, quien - ¡sinvergüenza! - trató de consolarle diciéndole que el señor Fogg llegaría a tiempo si tomaba el próximo barco; pero esto no hizo más que poner a Picaporte en un apuro.

El señor Fogg, más audaz que su criado, no dudó en acercarse al piloto y preguntarle tranquilamente si sabía cuándo saldría un vapor de Hong Kong hacia Yokohama.

"Con la marea alta, mañana por la mañana", respondió el piloto.

"¡Ah!", dijo el señor Fogg, sin traicionar su asombro.

Picaporte, que oyó lo que pasó, habría abrazado de buena gana al piloto, mientras que Fix se habría alegrado de retorcerle el cuello.

"¿Cómo se llama el barco de vapor?", preguntó el Sr. Fogg.

"El 'Carnatic'."

"¿No debería haber ido ayer?"

"Sí, señor; pero tuvieron que reparar una de sus calderas, y por eso su salida se pospuso hasta mañana".

"Gracias", respondió el señor Fogg, descendiendo matemáticamente al salón.

Passepartout estrechó la mano del piloto y la estrechó con entusiasmo, exclamando: "¡Piloto, eres el mejor de los buenos compañeros!".

El piloto probablemente no sabe hasta hoy por qué sus respuestas le valieron este saludo entusiasta. Volvió a subir al puente y guió el vapor a través de la flotilla de juncos, tankas y barcos de pesca que abarrotan el puerto de Hong Kong.

A la una, el "Rangún" estaba en el muelle y los pasajeros desembarcaban.

El azar había favorecido extrañamente a Phileas Fogg, pues si el "Carnatic" no se hubiera visto obligado a hacer escala para reparar sus calderas, habría partido el 6 de noviembre, y los pasajeros del Japón se habrían visto obligados a esperar durante una semana la salida del siguiente vapor. Es cierto que el señor Fogg llevaba veinticuatro horas de retraso, pero esto no podía poner en peligro el resto de su viaje.

El vapor que cruzaba el Pacífico de Yokohama a San Francisco hacía una conexión directa con el de Hong Kong, y no podía zarpar hasta que éste llegara a Yokohama; y si el señor Fogg llevaba veinticuatro horas de retraso al llegar a Yokohama, este tiempo sería sin duda fácilmente recuperado en el viaje de veintidós días a través del Pacífico. Se encontró, pues, con veinticuatro horas de retraso, treinta y cinco días después de haber salido de Londres.

Se anunció que el "Carnatic" saldría de Hong Kong a las cinco de la mañana siguiente. El señor Fogg disponía de dieciséis horas para ocuparse de sus asuntos allí, que consistían en depositar a Aouda a salvo con su rico pariente.

Al aterrizar, la condujo a un palanquín, en el que se dirigieron al Hotel Club. Se reservó una habitación para la joven, y el señor Fogg, tras comprobar que no le faltaba de nada, partió en busca de su primo Jeejeeh. Dio instrucciones a Picaporte para que se quedara en el hotel hasta su regreso, para que Aouda no se quedara completamente sola.

El señor Fogg se dirigió a la Bolsa, donde no dudaba que todo el mundo conocería a un personaje tan rico y considerable como el comerciante parsi. Al encontrarse con un corredor de bolsa, se enteró de que Jeejeeh había abandonado China hacía dos años, y que, retirándose de los negocios con una inmensa fortuna, había fijado su residencia en Europa, en Holanda, pensó el corredor, con los mercaderes de este país, con los cuales había comerciado principalmente. Phileas Fogg volvió al hotel, pidió un momento de conversación con Aouda, y sin más preámbulos le informó que Jeejeeh ya no estaba en Hong Kong, sino probablemente en Holanda.

Al principio, Aouda no dijo nada. Se pasó la mano por la frente y reflexionó unos instantes. Luego, con su voz dulce y suave, dijo: "¿Qué debo hacer, señor Fogg?"

"Es muy sencillo", respondió el caballero. "Siga hacia Europa".

"Pero no puedo entrometerme..."

"Usted no se entromete, ni avergüenza en lo más mínimo mi proyecto.
¡Passepartout!"

"Monsieur".

"Ve al 'Carnatic' y contrata tres camarotes".

Picaporte, encantado de que la joven, que era muy amable con él, fuera a continuar el viaje con ellos, salió a paso ligero para obedecer la orden de su amo.

CAPÍTULO XIX.

EN EL QUE PASSEPARTOUT SE INTERESA DEMASIADO POR SU AMO, Y LO QUE RESULTA DE ELLO

Hong Kong es una isla que entró en posesión de los ingleses por el Tratado de Nankin, tras la guerra de 1842; y el genio colonizador de los ingleses ha creado en ella una importante ciudad y un excelente puerto. La isla está situada en la desembocadura del río Cantón, y está separada por unas sesenta millas de la ciudad portuguesa de Macao, en la costa opuesta. Hong Kong ha superado a Macao en la lucha por el comercio chino, y ahora la mayor parte del transporte de mercancías chinas encuentra su depósito en el primer lugar. Muelles, hospitales, embarcaderos, una catedral gótica, una casa de gobierno, calles macadas, dan a Hong Kong la apariencia de una ciudad de Kent o Surrey trasladada por alguna extraña magia a las antípodas.

Picaporte se dirigió, con las manos en los bolsillos, hacia el puerto de Victoria, contemplando a su paso los curiosos palanquines y otros medios de transporte, y los grupos de chinos, japoneses y europeos que iban y venían por las calles. Hong Kong le pareció un lugar similar a Bombay, Calcuta y Singapur, ya que, al igual que éstos, mostraba por doquier la evidencia de la supremacía inglesa. En el puerto de Victoria encontró una masa confusa de barcos de todas las naciones: Ingleses, franceses, americanos y holandeses, hombres de guerra y barcos comerciales, juncos japoneses y chinos, sempas, tankas y barcos de flores, que formaban tantos parterres flotantes. Passepartout observó entre la multitud a varios nativos que parecían muy viejos y vestían de amarillo. Al entrar en una barbería para afeitarse, se enteró de que todos estos ancianos tenían al menos ochenta años, edad a la que se les permite vestir de amarillo, que es el color imperial. Picaporte, sin saber exactamente por qué, pensó que esto era muy divertido.

Al llegar al muelle donde debían embarcar en el "Carnatic", no se asombró de encontrar a Fix caminando de un lado a otro. El detective parecía muy perturbado y decepcionado.

"¡Esto es malo", murmuró Picaporte, "para los caballeros del Reform Club!". Se dirigió a Fix con una alegre sonrisa, como si no hubiera percibido el disgusto de aquel caballero. El detective tenía, en efecto,

buenas razones para lamentar la mala suerte que le perseguía. La orden judicial no había llegado. Estaba ciertamente en camino, pero como ciertamente no podía llegar ahora a Hong Kong hasta dentro de varios días; y, siendo éste el último territorio inglés en la ruta de mister Fogg, el ladrón se escaparía, a no ser que consiguiera detenerlo.

"Bien, Monsieur Fix", dijo Passepartout, "¿habéis decidido ir con nosotros hasta América?"

"Sí", respondió Fix, a través de sus dientes apretados.

"¡Bien!", exclamó Picaporte, riendo a carcajadas. "Sabía que no podrías convencerte de separarte de nosotros. Ven a ocupar tu litera".

Entraron en la oficina del vapor y consiguieron camarotes para cuatro personas. El empleado, al entregarles los billetes, les informó de que, al haber terminado las reparaciones del "Carnatic", el vapor partiría esa misma noche, y no a la mañana siguiente, como se había anunciado.

"Eso le vendrá mejor a mi amo", dijo Picaporte. "Iré a avisarle".

Fix decidió ahora hacer un movimiento audaz; resolvió contarle todo a Picaporte. Parecía ser el único medio posible de retener a Phileas Fogg varios días más en Hong Kong. En consecuencia, invitó a su compañero a una taberna que le llamó la atención en el muelle. Al entrar, se encontraron en una gran habitación bellamente decorada, al final de la cual había una gran cama de campaña amueblada con cojines. Varias personas yacían sobre esta cama en un profundo sueño. En las pequeñas mesas dispuestas alrededor de la habitación, unos treinta clientes bebían cerveza inglesa, porter, ginebra y brandy, fumando al mismo tiempo largas pipas de arcilla roja rellenas de bolitas de opio mezcladas con esencia de rosa. De vez en cuando, uno de los fumadores, vencido por el narcótico, se deslizaba por debajo de la mesa, con lo que los camareros, cogiéndolo por la cabeza y los pies, lo llevaban y lo depositaban en la cama. La cama ya soportaba a veinte de estos borrachos estupefactos.

Fix y Passepartout vieron que se encontraban en un fumadero frecuentado por esas miserables, cadavéricas e idiotas criaturas a las que los comerciantes ingleses venden cada año la miserable droga llamada opio, por valor de un millón de francos.

aceptó de buen grado la invitación de Fix con la esperanza de devolverle la obligación en algún momento futuro.

Pidieron dos botellas de oporto, a las que el francés hizo amplia justicia, mientras Fix le observaba con atención. Charlaron sobre el viaje, y Picaporte se alegró especialmente de la idea de que Fix iba a continuar con ellos. Sin embargo, cuando las botellas estuvieron vacías, se levantó para ir a comunicar a su amo el cambio de hora de la salida del "Carnatic".

Fix le cogió del brazo y le dijo: "Espera un momento".

"¿Para qué, Sr. Fix?"

"Quiero tener una charla seria contigo".

"¡Una charla seria!", gritó Picaporte, bebiendo el poco vino que quedaba en el fondo de su vaso. "Bueno, lo hablaremos mañana; ahora no tengo tiempo".

"¡Quédate! Lo que tengo que decir concierne a tu maestro".

Al oír esto, Picaporte miró atentamente a su compañero. El rostro de Fix parecía tener una expresión singular. Volvió a sentarse.

"¿Qué es lo que tienes que decir?"

Fix puso su mano sobre el brazo de Passepartout y, bajando la voz, dijo: "¿Has adivinado quién soy?"

"¡Parbleu!", dijo Passepartout, sonriendo.

"Entonces voy a contarte todo..."

"¡Ahora que lo sé todo, amigo mío! Ah! eso está muy bien. Pero continúe, continúe. Antes, sin embargo, déjame decirte que esos señores se han metido en un gasto inútil".

"¡Inútil!", dijo Fix. "Hablas con confianza. Está claro que no sabes cuán grande es la suma".

"Por supuesto que sí", respondió Passepartout. "Veinte mil libras".

"¡Cincuenta y cinco mil!", respondió Fix, apretando la mano de su compañero.

"¡Qué!" gritó el francés. "¿Se ha atrevido monsieur Fogg con cincuenta y cinco mil libras? Bueno, con mayor razón para no perder un instante - continuó, levantándose apresuradamente-.

Fix empujó a Picaporte hacia atrás en su silla, y reanudó: "Cincuenta y cinco mil libras; y si tengo éxito, recibo dos mil libras. Si me ayudas, te cedo quinientas".

"¿Ayuda?", gritó Picaporte, que tenía los ojos muy abiertos.

"Sí; ayúdame a mantener al Sr. Fogg aquí durante dos o tres días".

"¿Por qué, qué estás diciendo? Esos señores no se conforman con seguir a mi amo y sospechar de su honor, ¡sino que tienen que intentar ponerle obstáculos! Me sonrojo por ellos".

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir que es una pieza de engaño vergonzoso. Bien podrían asaltar al Sr. Fogg y meterse su dinero en los bolsillos".

"Eso es lo que contamos con hacer".

"Es una conspiración, entonces", gritó Picaporte, que se excitaba cada vez más a medida que el licor subía a su cabeza, pues bebía sin percibirlo. "¡Una verdadera conspiración! Y de caballeros, además. Bah!"

Fix comenzó a desconcertarse.

"¡Miembros del Reform Club!", continuó Picaporte. "Debéis saber, señor Fix, que mi amo es un hombre honrado, y que, cuando hace una apuesta, trata de ganarla limpiamente".

"Pero, ¿quién crees que soy?", preguntó Fix, mirándole fijamente.

"¡Parbleu! Un agente de los miembros del Reform Club, enviado aquí para interrumpir el viaje de mi amo. Pero, aunque lo descubrí hace tiempo, me he cuidado de no decirle nada al señor Fogg".

"¿No sabe nada, entonces?"

"Nada", respondió Picaporte, vaciando de nuevo su vaso.

El detective se pasó la mano por la frente, dudando antes de volver a hablar. ¿Qué debía hacer? El error de Picaporte parecía sincero, pero hacía más difícil su designio. Era evidente que el criado no era cómplice del amo, como Fix se había inclinado a sospechar.

"Bueno", se dijo el detective, "como no es cómplice, me ayudará".

No tenía tiempo que perder: Fogg debía ser detenido en Hong Kong, por lo que resolvió hacer un buen trabajo.

"Escúcheme", dijo Fix bruscamente. "No soy, como usted cree, un agente de los miembros del Reform Club-"

"¡Bah!", replicó Picaporte, con aire burlón.

"Soy un detective de la policía, enviado aquí por la oficina de Londres".

"¿Tú, un detective?"

"Lo probaré. Aquí está mi comisión".

Picaporte se quedó mudo de asombro cuando Fix le mostró este documento, de cuya autenticidad no se podía dudar.

"La apuesta del señor Fogg", reanudó Fix, "no es más que un pretexto, del que usted y los señores de la Reforma son unos incautos. Tenía un motivo para asegurarse vuestra inocente complicidad".

"¿Pero por qué?"

"Escucha. El 28 de septiembre pasado se cometió un robo de cincuenta y cinco mil libras en el Banco de Inglaterra por una persona cuya descripción fue afortunadamente asegurada. Aquí está su descripción; responde exactamente a la del señor Phileas Fogg".

"¡Qué tontería!", gritó Picaporte, golpeando la mesa con el puño. "¡Mi amo es el más honorable de los hombres!"

"¿Cómo puedes saberlo? Apenas sabes nada de él. Usted entró a su servicio el día que se fue; y se fue con un pretexto tonto, sin baúl, y llevando una gran cantidad en billetes. Y, sin embargo, ¡se atreve a afirmar que es un hombre honrado!"

"Sí, sí", repitió el pobre hombre, mecánicamente.

"¿Te gustaría ser arrestado como su cómplice?"

Picaporte, sobrecogido por lo que había oído, se sujetó la cabeza entre las manos y no se atrevió a mirar al detective. Phileas Fogg, el salvador de Aouda, ese hombre valiente y generoso, ¡un ladrón! Y, sin embargo, ¡cuántas presunciones había contra él! Picaporte trató de rechazar las sospechas que se imponían en su mente; no quería creer que su amo fuera culpable.

"Bueno, ¿qué quieres de mí?", dijo al fin, con un esfuerzo.

"Mira aquí", respondió Fix; "he seguido la pista del señor Fogg hasta este lugar, pero hasta ahora no he recibido la orden de arresto por la que envié a Londres. Debe usted ayudarme a retenerlo aquí en Hong Kong..."

¡"I! Pero yo..."

"Compartiré con usted las dos mil libras de recompensa ofrecidas por el Banco de Inglaterra".

"¡Nunca!", respondió Picaporte, que trató de levantarse, pero cayó de espaldas, agotado de mente y cuerpo.

"Señor Fix", tartamudeó, "incluso si lo que usted dice es cierto, si mi amo es realmente el ladrón que usted busca, cosa que niego, he estado, estoy, a su servicio; he visto su generosidad y bondad; y nunca le traicionaré, ni por todo el oro del mundo. Vengo de una aldea donde no se come esa clase de pan".

"¿Te niegas?"

"Me niego".

"Considera que no he dicho nada", dijo Fix; "y bebamos".

"Sí; ¡bebamos!"

Picaporte se sentía cada vez más rendido a los efectos del licor. Fix, viendo que debía, a todo trance, separarse de su amo, deseaba vencerlo por completo. Sobre la mesa había algunas pipas llenas de opio. Fix puso una en la mano de Picaporte. Éste la tomó, se la puso entre los labios, la encendió, dio varias bocanadas, y su cabeza, pesada por la influencia del narcótico, cayó sobre la mesa.

"¡Por fin!", dijo Fix, viendo a Passepartout inconsciente. "¡El señor Fogg no será informado de la partida del 'Carnatic'; y, si lo es, tendrá que ir sin este maldito francés!"

Y, tras pagar su cuenta, Fix abandonó la taberna.

CAPÍTULO XX.

EN EL QUE FIX SE ENCUENTRA CARA A CARA CON PHILEAS FOGG

Mientras estos acontecimientos ocurrían en el fumadero, el señor Fogg, inconsciente del peligro que corría de perder el vapor, acompañaba tranquilamente a Aouda por las calles del barrio inglés, haciendo las compras necesarias para el largo viaje que les esperaba. Estaba muy bien que un inglés como el señor Fogg hiciera la vuelta al mundo con una bolsa de alfombras; no se podía esperar que una dama viajara cómodamente en tales condiciones. Desempeñó su tarea con la serenidad que le caracterizaba, y respondió invariablemente a las protestas de su bella compañera, que se sentía confundida por su paciencia y generosidad:

"Es en interés de mi viaje, una parte de mi programa".

Hechas las compras, regresaron al hotel, donde cenaron en una *mesa de huéspedes* suntuosamente servida; después de lo cual Aouda, estrechando la mano de su protector a la manera inglesa, se retiró a su habitación para descansar. El señor Fogg se dedicó durante toda la velada a leer el *Times* y el *Illustrated London News*.

Si hubiera sido capaz de asombrarse por algo, habría sido por no ver regresar a su criado a la hora de acostarse. Pero, sabiendo que el vapor no iba a partir hacia Yokohama hasta la mañana siguiente, no se preocupó por el asunto. Cuando a la mañana siguiente Picaporte no apareció para responder al timbre de su amo, el señor Fogg, sin manifestar el menor disgusto, se contentó con tomar su bolsa de alfombras, llamar a Aouda y mandar a buscar un palanquín.

Eran entonces las ocho; a las nueve y media, siendo entonces la marea alta, el "Carnatic" saldría del puerto. El señor Fogg y Aouda subieron al palanquín, llevando después su equipaje en una carretilla, y media hora más tarde pisaron el muelle donde debían embarcar. El señor Fogg supo entonces que el "Carnatic" había zarpado la noche anterior. Esperaba encontrar no sólo el vapor, sino también a su doméstica, y se vio obligado a renunciar a ambas cosas; pero ninguna señal de decepción apareció en su rostro, y se limitó a comentar a Aouda: "Es un accidente, señora; nada más".

En este momento se acercó un hombre que le había observado atentamente. Era Fix, quien, inclinándose, se dirigió al señor Fogg: "¿No era usted, como yo, señor, un pasajero del "Rangoon", que llegó ayer? "

"Lo era, señor", respondió fríamente el señor Fogg. "Pero no tengo el honor..."

"Perdóneme; pensé que encontraría a su sirviente aquí".

"¿Sabe dónde está, señor?", preguntó Aouda con ansiedad.

"¡Qué!" respondió Fix, fingiendo sorpresa. "¿No está contigo?"

"No", dijo Aouda. "No ha hecho su aparición desde ayer. ¿Podría haber subido a bordo del 'Carnatic' sin nosotros?"

"¿Sin usted, señora?", respondió el detective. "Disculpe, ¿pretende navegar en el 'Carnatic'?"

"Sí, señor".

"Yo también, señora, y estoy excesivamente decepcionado. El "Carnatic", una vez terminadas sus reparaciones, salió de Hong Kong doce horas antes de la hora indicada, sin que se le avisara; y ahora debemos esperar una semana por otro vapor."

Cuando dijo "una semana" Fix sintió que su corazón saltaba de alegría. ¡Fogg detenido en Hong Kong durante una semana! Habría tiempo para que llegara la orden de detención, y la fortuna favoreció por fin al representante de la ley. Puede imaginarse su horror cuando oyó decir al señor Fogg, con su plácida voz: "Pero hay otros barcos además del "Carnatic", me parece, en el puerto de Hong Kong."

Y, ofreciendo su brazo a Aouda, dirigió sus pasos hacia los muelles en busca de alguna embarcación a punto de partir. Fix, estupefacto, le siguió; parecía como si estuviese unido al señor Fogg por un hilo invisible. El azar, sin embargo, parecía haber abandonado realmente al hombre al que hasta entonces había servido tan bien. Durante tres horas, Phileas Fogg vagó por los muelles, con la determinación, si era necesario, de fletar un barco que lo llevara a Yokohama; pero sólo pudo encontrar barcos que estaban cargando o descargando, y que por lo tanto no podían zarpar. Fix comenzó a tener esperanzas de nuevo.

Pero el señor Fogg, lejos de desanimarse, continuaba su búsqueda, resuelto a no detenerse aunque tuviera que recurrir a Macao, cuando fue abordado por un marinero en uno de los muelles.

"¿Su señoría está buscando un barco?"

"¿Tienes un barco listo para navegar?"

"Sí, su señoría; un barco-piloto, el número 43, el mejor del puerto".

"¿Va rápido?"

"Entre ocho y nueve nudos la hora. ¿Quieres verla?"

"Sí".

"Su señoría estará satisfecho con ella. ¿Es para una excursión por mar?"

"No; para un viaje".

"¿Un viaje?"

"Sí, ¿aceptas llevarme a Yokohama?"

El marinero se apoyó en la barandilla, abrió mucho los ojos y dijo: "¿Está bromeando su señoría?"

"No. He perdido el 'Carnatic', y debo llegar a Yokohama a más tardar el día 14, para tomar el barco a San Francisco".

"Lo siento", dijo el marinero, "pero es imposible".

"Te ofrezco cien libras por día, y una recompensa adicional de doscientas libras si llego a Yokohama a tiempo".

"¿Lo dices en serio?"

"Mucho".

El piloto se alejó un poco y miró hacia el mar, debatiéndose evidentemente entre la ansiedad de ganar una gran suma y el temor de aventurarse tan lejos. Fix estaba en un suspenso mortal.

El señor Fogg se dirigió a Aouda y le preguntó: "No tendrá miedo, ¿verdad, señora?"

"No con usted, señor Fogg", fue su respuesta.

El piloto regresó ahora, arrastrando su sombrero entre las manos.

"¿Y bien, piloto?", dijo el Sr. Fogg.

"Bueno, su señoría", respondió, "no podía arriesgarme, ni a mis hombres, ni a mi pequeño barco de apenas veinte toneladas en un viaje tan largo en esta época del año. Además, no podríamos llegar a Yokohama a tiempo, pues está a mil seiscientos sesenta millas de Hong Kong".

"Sólo mil seiscientos", dijo el señor Fogg.

"Es lo mismo".

Fix respiró más libremente.

"Pero", añadió el piloto, "podría arreglarse de otra manera".

Fix dejó de respirar en absoluto.

"¿Cómo?", preguntó el Sr. Fogg.

"Yendo a Nagasaki, en el extremo sur de Japón, o incluso a Shanghai, que está a sólo ochocientas millas de aquí. Al ir a Shanghai no nos veríamos obligados a navegar a lo largo de la costa china, lo que sería una gran ventaja, ya que las corrientes corren hacia el norte, y nos ayudarían."

"Piloto", dijo el Sr. Fogg, "debo tomar el vapor americano en Yokohama, y no en Shanghai o Nagasaki".

"¿Por qué no?", respondió el piloto. "El vapor San Francisco no parte de Yokohama. Llega a Yokohama y a Nagasaki, pero sale de Shanghai".

"¿Estás seguro de eso?"

"Perfectamente".

"¿Y cuándo sale el barco de Shanghai?"

"El día 11, a las siete de la tarde. Tenemos, pues, cuatro días por delante, es decir, noventa y seis horas; y en ese tiempo, si tuviéramos buena suerte y un viento del suroeste, y el mar estuviera en calma, podríamos hacer esas ochocientas millas hasta Shangai."

"Y podrías ir..."

"En una hora; tan pronto como las provisiones puedan ser subidas a bordo y las velas izadas".

"Es una ganga. ¿Es usted el dueño del barco?"

"Sí; John Bunsby, maestro del 'Tankadere'".

"¿Quieres un poco de dinero en serio?"

"Si no se pone su honor fuera..."

"Aquí hay doscientas libras a cuenta, señor", añadió Phileas Fogg, volviéndose hacia Fix, "si quiere aprovechar..."

"Gracias, señor; estaba a punto de pedirle el favor".

"Muy bien. En media hora subiremos a bordo".

"¿Pero el pobre Picaporte?", insistió Aouda, muy turbada por la desaparición del criado.

"Haré todo lo que pueda para encontrarlo", respondió Phileas Fogg.

Mientras Fix, en un estado febril y nervioso, se dirigía al barco piloto, los demás se dirigieron a la estación de policía de Hong Kong. Phileas Fogg dio allí la descripción de Picaporte y dejó una suma de dinero para que se gastara en su búsqueda. Una vez realizadas las mismas formalidades en el consulado francés, y después de que el palanquín se detuviera en el hotel para recoger el equipaje, que había sido enviado allí, regresaron al muelle.

Eran ya las tres, y la lancha piloto nº 43, con su tripulación a bordo y sus provisiones guardadas, estaba lista para partir.

El "Tankadere" era una pequeña embarcación de veinte toneladas, tan elegantemente construida como si fuera un yate de carreras. Su revestimiento de cobre brillante, su trabajo de hierro galvanizado, su cubierta blanca como el marfil, delataban el orgullo de John Bunsby por hacerla presentable. Sus dos mástiles se inclinaban un poco hacia atrás; llevaba bergantín, trinquete, foque de tormenta y foque en pie, y estaba bien aparejado para correr ante el viento; y parecía capaz de alcanzar una gran velocidad, lo que, de hecho, ya había demostrado al ganar varios premios en carreras de lanchas piloto. La tripulación del "Tankadere" estaba compuesta por John Bunsby, el capitán, y cuatro robustos marineros, que estaban familiarizados con los mares chinos. El propio John Bunsby, un hombre de cuarenta y cinco años o más, vigoroso, quemado por el sol, con una expresión vivaz de los ojos y un semblante enérgico y seguro de sí mismo, habría inspirado confianza al más tímido.

Phileas Fogg y Aouda subieron a bordo, donde encontraron a Fix ya instalado. Bajo la cubierta había un camarote cuadrado, cuyas paredes

sobresalían en forma de catres, sobre un diván circular; en el centro había una mesa provista de una lámpara oscilante. El alojamiento era reducido, pero limpio.

"Lamento no tener nada mejor que ofrecerle", dijo el señor Fogg a Fix, que se inclinó sin responder.

El detective tuvo un sentimiento parecido a la humillación al beneficiarse de la amabilidad del señor Fogg.

M

CAPÍTULO XXI.

EN EL QUE EL CAPITÁN DEL "TANKADERE" CORRE UN GRAN RIESGO DE PERDER UNA RECOMPENSA DE DOSCIENTAS LIBRAS

Este viaje de ochocientas millas era una aventura peligrosa en una embarcación de veinte toneladas, y en esa época del año. Los mares chinos suelen ser muy agitados y están sujetos a terribles vendavales, especialmente durante los equinoccios; y ahora era principios de noviembre.

Es evidente que al capitán le habría convenido llevar a sus pasajeros a Yokohama, ya que le pagaban una cierta suma por día; pero habría sido imprudente intentar ese viaje, y era incluso imprudente intentar llegar a Shanghai. Pero John Bunsby creía en el "Tankadere", que cabalgaba sobre las olas como una gaviota; y quizá no se equivocaba.

A última hora del día pasaron por los caprichosos canales de Hong Kong, y el "Tankadere", impulsado por vientos favorables, se condujo admirablemente.

"No necesito, piloto", dijo Phileas Fogg, cuando llegaron a mar abierto, "aconsejarte que uses toda la velocidad posible".

"Confíe en mí, su señoría. Llevamos toda la vela que el viento nos permite. Los palos no añadirían nada, y sólo se usan cuando vamos a puerto".

"Es tu oficio, no el mío, piloto, y confío en ti".

Phileas Fogg, con el cuerpo erguido y las piernas separadas, de pie como un marinero, contemplaba sin tambalearse las aguas crecidas. La joven, que estaba sentada en la popa, estaba profundamente afectada al contemplar el océano, oscurecido ahora por el crepúsculo, en el que se había aventurado en tan frágil embarcación. Sobre su cabeza crujían las velas blancas, que parecían grandes alas blancas. El barco, arrastrado por el viento, parecía volar en el aire.

Llegó la noche. La luna estaba entrando en su primer cuarto, y su insuficiente luz pronto se apagaría en la niebla del horizonte. Las nubes se elevaban desde el este y ya cubrían una parte del cielo.

El piloto había apagado sus luces, lo que era muy necesario en estos mares atestados de barcos que se dirigían a tierra; porque los choques no son infrecuentes y, a la velocidad a la que iba, el menor choque haría añicos la gallarda embarcación.

Fix, sentado en la proa, se entregó a la meditación. Se mantenía apartado de sus compañeros de viaje, conociendo los gustos taciturnos del señor Fogg; además, no le gustaba mucho hablar con el hombre cuyos favores había aceptado. También pensaba en el futuro. Parecía seguro que Fogg no se detendría en Yokohama, sino que tomaría inmediatamente el barco para San Francisco; y la gran extensión de América le garantizaría impunidad y seguridad. El plan de Fogg le pareció el más sencillo del mundo. En vez de navegar directamente de Inglaterra a los Estados Unidos, como un vulgar villano, había atravesado tres cuartas partes del globo, para llegar con mayor seguridad al continente americano; y allí, después de despistar a la policía, se divertiría tranquilamente con la fortuna robada al banco. Pero, una vez en los Estados Unidos, ¿qué debía hacer Fix? ¿Debería abandonar a este hombre? ¡No, cien veces no! Hasta que no hubiera conseguido su extradición, no le perdería de vista ni una hora. Era su deber y lo cumpliría hasta el final. En todo caso, había una cosa que agradecer; Picaporte no estaba con su amo; y era sobre todo importante, después de las confidencias que Fix le había hecho, que el criado no hablase nunca con su amo.

Phileas Fogg pensaba también en Picaporte, que tan extrañamente había desaparecido. Mirando el asunto desde todos los puntos de vista, no le parecía imposible que, por algún error, el hombre se hubiera embarcado en el "Carnatic" en el último momento; y ésta era también la opinión de Aouda, que lamentaba mucho la pérdida de aquel digno compañero al que debía tanto. Entonces podrían encontrarlo en Yokohama, pues si el "Carnatic" lo llevaba hasta allí, sería fácil averiguar si había estado a bordo.

A eso de las diez se levantó una fuerte brisa; pero, aunque hubiera sido prudente tomar un rizo, el piloto, después de examinar cuidadosamente el cielo, dejó que la embarcación siguiera aparejada como antes. El "Tankadere" navegaba admirablemente, ya que sacaba mucha agua, y todo estaba preparado para una gran velocidad en caso de vendaval.

El señor Fogg y Aouda descendieron al camarote a medianoche, precedidos ya por Fix, que se había acostado en uno de los catres. El piloto y la tripulación permanecieron en cubierta toda la noche.

Al amanecer del día siguiente, el 8 de noviembre, el barco había recorrido más de cien millas. El cuaderno de bitácora indicaba una velocidad media de entre ocho y nueve millas. El "Tankadere" seguía llevando todas las velas, y estaba alcanzando su mayor capacidad de velocidad. Si el viento se mantenía como estaba, las posibilidades estarían a su favor. Durante el día

se mantuvo a lo largo de la costa, donde las corrientes eran favorables; la costa, de perfil irregular y visible a veces a través de los claros, estaba a lo sumo a cinco millas de distancia. El mar estaba menos agitado, ya que el viento soplaba de tierra, circunstancia afortunada para el barco, que sufriría, debido a su pequeño tonelaje, un fuerte oleaje en el mar.

La brisa amainó un poco hacia el mediodía y se puso del suroeste. El piloto subió los palos, pero los bajó de nuevo en dos horas, ya que el viento volvió a refrescarse.

El señor Fogg y Aouda, felizmente no afectados por la aspereza del mar, comieron con buen apetito, siendo invitado Fix a compartir su banquete, lo que aceptó con secreto disgusto. Viajar a costa de este hombre y vivir de sus provisiones no le resultaba agradable. Sin embargo, estaba obligado a comer, y así lo hizo.

Cuando terminó la comida, apartó al señor Fogg y le dijo: "Señor -este "señor" le abrasó los labios, y tuvo que controlarse para no ponerle un collar a este "caballero"-, señor, ha sido usted muy amable al darme un pasaje en este barco. Pero, aunque mis medios no admiten que los gaste tan libremente como usted, debo pedirle que pague mi parte..."

"No hablemos de eso, señor", respondió el señor Fogg.

"Pero, si insisto..."

"No, señor", repitió el señor Fogg, en un tono que no admitía respuesta. "Esto entra en mis gastos generales".

Fix, al inclinarse, tuvo una sensación de ahogo y, al avanzar, donde se instaló, no abrió la boca durante el resto del día.

Entretanto, progresaban de manera excelente, y John Bunsby tenía grandes esperanzas. Aseguró varias veces al señor Fogg que llegarían a Shangai a tiempo, a lo que éste respondió que contaba con ello. La tripulación se puso a trabajar con gran seriedad, inspirada por la recompensa que iba a obtener. No hubo una escota que no se tensara, ni una vela que no se izara vigorosamente; no hubo un solo bandazo que se le pudiera imputar al hombre del timón. Trabajaban tan desesperadamente como si estuvieran compitiendo en una regata real de yates.

Al anochecer, el cuaderno de bitácora indicaba que se habían recorrido doscientas veinte millas desde Hong Kong, y el señor Fogg podía esperar llegar a Yokohama sin registrar ningún retraso en su diario; en cuyo caso, las numerosas desventuras que le habían sobrevenido desde que salió de Londres no afectarían gravemente a su viaje.

El "Tankadere" entró en el estrecho de Fo-Kien, que separa la isla de Formosa de la costa china, en las primeras horas de la noche, y cruzó el Trópico de Cáncer. El mar estaba muy agitado en el estrecho, lleno de remolinos formados por las contracorrientes, y las olas agitadas rompían su curso, mientras que se hacía muy difícil permanecer en cubierta.

Al amanecer, el viento comenzó a soplar de nuevo con fuerza, y los cielos parecían predecir un vendaval. El barómetro anunciaba un rápido cambio, el mercurio subía y bajaba caprichosamente; el mar también, en el sureste, levantaba largas marejadas que indicaban una tempestad. El sol se había puesto la víspera en una bruma roja, en medio de los centelleos fosforescentes del océano.

John Bunsby examinó durante mucho tiempo el aspecto amenazador de los cielos, murmurando indistintamente entre sus dientes. Por fin dijo en voz baja al señor Fogg: "¿Debo hablar en voz alta a su señoría?".

"Por supuesto".

"Bueno, vamos a tener una borrasca".

"¿El viento es del norte o del sur?", preguntó el señor Fogg en voz baja.

"Sur. ¡Mira! Se acerca un tifón".

"Me alegro de que sea un tifón del sur, porque nos llevará adelante".

"Oh, si lo tomas así", dijo John Bunsby, "no tengo nada más que decir". Las sospechas de John Bunsby se confirmaron. En una estación del año menos avanzada, el tifón, según un famoso meteorólogo, habría pasado como una luminosa cascada de llamas eléctricas; pero en el equinoccio de invierno era de temer que estallara sobre ellos con gran violencia.

El piloto tomó sus precauciones por adelantado. Arregló todas las velas, prescindió de los mástiles; todos los tripulantes se adelantaron a la proa. Se izó una sola vela triangular, de lona fuerte, como foque de tormenta, para contener el viento de atrás. Entonces esperaron.

John Bunsby había pedido a sus pasajeros que bajaran; pero este encierro en un espacio tan estrecho, con poco aire, y el barco rebotando en el vendaval, no era nada agradable. Ni el señor Fogg, ni Fix, ni Aouda consintieron en abandonar la cubierta.

La tormenta de lluvia y viento descendió sobre ellos hacia las ocho. El "Tankadere", sin más velas que las suyas, fue levantado como una pluma por un viento cuya violencia es difícil de describir. Comparar su velocidad con la de una locomotora a todo vapor sería faltar a la verdad.

La embarcación avanzó así hacia el norte durante todo el día, arrastrada por olas monstruosas, conservando siempre, afortunadamente, una velocidad igual a la de ellas. Veinte veces parecía que iba a ser sumergido por esas montañas de agua que se levantaban a sus espaldas, pero el hábil manejo del piloto lo salvó. Los pasajeros se vieron a menudo bañados por el agua, pero se sometieron a ella con filosofía. Fix lo maldijo, sin duda; pero Aouda, con los ojos fijos en su protector, cuya frialdad la asombraba, se mostró digna de él, y capeó valientemente el temporal. En cuanto a Phileas Fogg, parecía que el tifón formaba parte de su programa.

Hasta ese momento, el "Tankadere" había mantenido siempre su rumbo hacia el norte; pero hacia el atardecer, el viento, que giraba en tres

direcciones, se dirigió hacia el noroeste. La embarcación, que ahora se encontraba en la depresión de las olas, se agitaba y rodaba terriblemente; el mar la golpeaba con una violencia espantosa. Por la noche, la tempestad aumentó su violencia. John Bunsby vio la llegada de la oscuridad y el aumento de la tormenta con oscuros recelos. Pensó un rato y luego preguntó a su tripulación si no era hora de reducir la velocidad. Tras una consulta, se acercó al señor Fogg y le dijo: "Creo, señoría, que haríamos bien en dirigirnos a uno de los puertos de la costa".

"Yo también lo creo".

"¡Ah!", dijo el piloto. "¿Pero cuál?"

"Sólo conozco uno", respondió tranquilamente el señor Fogg.

"Y eso es..."

"Shanghai".

El piloto, al principio, no parecía comprender; apenas podía darse cuenta de tanta determinación y tenacidad. Luego gritó: "¡Bueno, sí! Su señoría tiene razón. A Shanghai".

Así que el "Tankadere" siguió con firmeza su camino hacia el norte.

La noche fue realmente terrible; sería un milagro que la nave no se hundiera. Dos veces podría haber acabado con ella si la tripulación no hubiera estado constantemente de guardia. Aouda estaba agotada, pero no emitió ninguna queja. Más de una vez el señor Fogg se apresuró a protegerla de la violencia de las olas.

El día reapareció. La tempestad seguía con la misma furia, pero el viento volvió a soplar del sudeste. Era un cambio favorable, y el "Tankadere" volvió a avanzar por este mar montañoso, aunque las olas se cruzaban entre sí, y daban golpes y contragolpes que habrían aplastado a una embarcación de construcción menos sólida. De vez en cuando se veía la costa a través de la bruma rota, pero no había ningún barco a la vista. El "Tankadere" estaba solo en el mar.

A mediodía había algunos signos de calma, que se hicieron más evidentes a medida que el sol descendía hacia el horizonte. La tempestad había sido tan breve como terrible. Los pasajeros, completamente agotados, pudieron comer un poco y descansar.

La noche fue relativamente tranquila. Se izaron de nuevo algunas velas y la velocidad del barco era muy buena. A la mañana siguiente, al amanecer, divisaron la costa, y John Bunsby pudo afirmar que no estaban a cien millas de Shanghai. ¡Cien millas, y sólo un día para recorrerlas! Aquella misma tarde el señor Fogg debía llegar a Shanghai, si no quería perder el barco de vapor a Yokohama. Si no hubiera habido tormenta, durante la cual se perdieron varias horas, estarían en ese momento a treinta millas de su destino.

El viento se calmó decididamente y, afortunadamente, el mar bajó con él. Se izaron todas las velas y al mediodía el "Tankadere" estaba a menos de cuarenta y cinco millas de Shanghai. Todavía quedaban seis horas para recorrer esa distancia. Todos los que estaban a bordo temían que no pudiera hacerse, y todos, salvo sin duda Phileas Fogg, sentían que su corazón latía de impaciencia. El barco debía mantener una media de nueve millas por hora, y el viento se calmaba a cada momento. Era una brisa caprichosa, que venía de la costa, y después de su paso el mar se volvía suave. Sin embargo, el "Tankadere" era tan ligero y sus finas velas captaban tan bien los caprichosos céfiros que, con la ayuda de las corrientes, John Bunsby se encontraba a las seis de la tarde a no más de diez millas de la desembocadura del río Shangai. El propio Shangai está situado al menos doce millas río arriba. A las siete todavía estaban a tres millas de Shanghai. El piloto juró con furia; la recompensa de doscientas libras estaba evidentemente a punto de escapársele. Miró al señor Fogg. El señor Fogg estaba perfectamente tranquilo; y, sin embargo, toda su fortuna estaba en este momento en juego.

En ese momento, además, apareció en el borde de las aguas una larga embocadura negra, coronada por coronas de humo. Era el vapor americano que partía hacia Yokohama a la hora prevista.

"¡Maldita sea!", gritó John Bunsby, empujando hacia atrás el timón con un tirón desesperado.

"¡Hazle una señal!", dijo Phileas Fogg en voz baja.

En la cubierta de proa del "Tankadere" había un pequeño cañón de bronce para hacer señales en la niebla. Estaba cargado hasta la boca; pero justo cuando el piloto se disponía a aplicar un carbón al rojo vivo en el orificio de toque, el señor Fogg dijo: "¡Izad la bandera!".

La bandera se izó a media asta y, siendo ésta la señal de socorro, se esperaba que el vapor americano, al percibirla, cambiara un poco su rumbo para socorrer al barco piloto.

"¡Fuego!", dijo el señor Fogg. Y el estruendo del pequeño cañón resonó en el aire.

CAPÍTULO XXII.

EN EL QUE PASSEPARTOUT DESCUBRE QUE, INCLUSO EN LAS ANTÍPODAS, ES CONVENIENTE TENER ALGO DE DINERO EN EL BOLSILLO

El "Carnatic", que zarpó de Hong Kong a las seis y media del 7 de noviembre, se dirigió a todo vapor hacia Japón. Llevaba un gran cargamento y un camarote bien lleno de pasajeros. Sin embargo, dos habitaciones de la parte trasera estaban desocupadas, las que habían sido ocupadas por Phileas Fogg.

Al día siguiente, se vio a un pasajero con los ojos medio dormidos, con un andar tambaleante y el pelo desordenado, salir del segundo camarote y tambalearse hasta sentarse en la cubierta.

Era Passepartout; y lo que le había sucedido era lo siguiente: Poco después de que Fix saliera del fumadero, dos camareros habían levantado al inconsciente Picaporte, y lo habían llevado a la cama reservada a los fumadores. Tres horas más tarde, perseguido hasta en sus sueños por una idea fija, el pobre hombre se despertó, y luchó contra la influencia estupefaciente del narcótico. El pensamiento de un deber no cumplido le sacudió el sopor y se apresuró a salir de la morada de la embriaguez. Tambaleándose y sosteniéndose contra las paredes, cayendo y arrastrándose de nuevo, e irresistiblemente impulsado por una especie de instinto, no dejaba de gritar: "¡El "Carnatic"! ¡El "Carnatic"!"

El vapor estaba resoplando junto al muelle, a punto de partir. Passepartout no tenía más que unos pocos pasos que dar; y, precipitándose sobre el tablón, lo cruzó y cayó inconsciente sobre la cubierta, justo cuando el "Carnatic" se alejaba. Varios marineros, evidentemente acostumbrados a este tipo de escenas, bajaron al pobre francés al segundo camarote, y Picaporte no se despertó hasta que estuvieron a ciento cincuenta millas de China. Así se encontró a la mañana siguiente en la cubierta del "Carnatic", aspirando con avidez la estimulante brisa marina. El aire puro le hizo recuperar la sobriedad. Comenzó a poner en orden sus sentidos, lo que le resultó una tarea difícil; pero al fin recordó los acontecimientos de la noche anterior, la revelación de Fix y el fumadero de opio.

"¡Es evidente", se dijo, "que he estado abominablemente borracho! ¿Qué dirá el señor Fogg? Al menos no he perdido el vapor, que es lo más importante".

Entonces, como se le ocurrió a Fix: "En cuanto a ese bribón, espero que nos hayamos librado bien de él, y que no se haya atrevido, como propuso, a seguirnos a bordo del "Carnatic". ¡Un detective tras la pista del señor Fogg, acusado de robar el Banco de Inglaterra! ¡Pshaw! El señor Fogg no es más ladrón que yo, que soy un asesino".

¿Debería divulgar la verdadera misión de Fix a su amo? ¿Sería conveniente decir el papel que el detective estaba representando? ¿No sería mejor esperar a que el señor Fogg llegara de nuevo a Londres, y entonces comunicarle que un agente de la policía metropolitana le había estado siguiendo por todo el mundo, y reírse de ello? Sin duda; al menos, valía la pena considerarlo. Lo primero que había que hacer era encontrar al señor Fogg y disculparse por su singular comportamiento.

Picaporte se levantó y se dirigió, como pudo con el balanceo del vapor, a la cubierta de popa. No vio a nadie que se pareciera a su amo ni a Aouda. "¡Bien!", murmuró; "Aouda no se ha levantado todavía, y el señor Fogg habrá encontrado probablemente algunos compañeros de juego".

Bajó al salón. El señor Fogg no estaba allí. Sin embargo, Passepartout sólo tuvo que preguntar al sobrecargo el número de la habitación de su amo. El sobrecargo respondió que no conocía a ningún pasajero con el nombre de Fogg.

"Le ruego que me disculpe", dijo Picaporte con insistencia. "Es un caballero alto, tranquilo y poco hablador, y tiene con él a una joven..."

"No hay ninguna joven a bordo", interrumpió el sobrecargo. "Aquí hay una lista de los pasajeros; puede verlo usted mismo".

Picaporte miró la lista, pero el nombre de su amo no figuraba en ella. De repente, se le ocurrió una idea.

"¡Ah! ¿Estoy en el 'Carnatic'?"

"Sí".

"¿De camino a Yokohama?"

"Ciertamente".

Picaporte temió por un instante estar en el barco equivocado; pero, aunque estaba realmente en el "Carnatic", su amo no estaba allí.

Cayó fulminado en un asiento. Ahora lo veía todo. Recordó que la hora de salida había sido cambiada, que debería haber informado a su capitán de este hecho, y que no lo había hecho. Era su culpa, entonces, que el señor Fogg y Aouda hubieran perdido el vapor. Sí, pero aún más culpa tenía el traidor que, para separarlo de su amo y retenerlo en Hong Kong, lo había inducido a emborracharse. Ahora veía el truco del detective; y en este momento el señor Fogg estaba ciertamente arruinado, su apuesta estaba

perdida, y él mismo quizás arrestado y encarcelado. Ante este pensamiento, Picaporte se rasgó los cabellos. Ah, si Fix llegaba a estar a su alcance, ¡qué ajuste de cuentas habría!

Tras su primera depresión, Passepartout se tranquilizó y comenzó a estudiar su situación. Desde luego, no era una situación envidiable. Se encontraba de camino a Japón, y ¿qué iba a hacer cuando llegara? Su bolsillo estaba vacío; no tenía ni un solo chelín, ni siquiera un céntimo. Afortunadamente, su pasaje había sido pagado por adelantado, y tenía cinco o seis días para decidir su futuro rumbo. Comenzó a comer con apetito, y comió para el señor Fogg, para Aouda y para sí mismo. Se sirvió con tanta generosidad como si Japón fuera un desierto, donde no había nada que comer.

Al amanecer del día 13, el "Carnatic" entró en el puerto de Yokohama. Se trata de un importante puerto de escala en el Pacífico, en el que recalán todos los vapores de correo y los que transportan viajeros entre América del Norte, China, Japón y las islas orientales. Está situado en la bahía de Yeddo, y a poca distancia de esa segunda capital del Imperio japonés, y residencia del magnate, el emperador civil, antes de que el Mikado, el emperador espiritual, absorbiera su cargo en el suyo propio. El "Carnatic" ancló en el muelle cerca de la aduana, en medio de una multitud de barcos con banderas de todas las naciones.

Picaporte desembarcó tímidamente en este territorio tan curioso de los Hijos del Sol. No tenía nada mejor que hacer que, tomando el azar como guía, vagar sin rumbo por las calles de Yokohama. Al principio se encontró en un barrio completamente europeo, con casas de fachadas bajas y adornadas con verandas, bajo las cuales vislumbró pulcros peristilos. Este barrio ocupaba, con sus calles, plazas, muelles y almacenes, todo el espacio entre el "promontorio del Tratado" y el río. Aquí, como en Hong Kong y Calcuta, se mezclaban multitudes de todas las razas, americanos e ingleses, chinos y holandeses, en su mayoría comerciantes dispuestos a comprar o vender cualquier cosa. El francés se sentía tan solo entre ellos como si se hubiera dejado caer en medio de los hotentotes.

Tenía, al menos, un recurso: pedir ayuda a los cónsules francés e inglés en Yokohama. Pero se resistió a contar la historia de sus aventuras, íntimamente relacionadas con las de su amo, y antes de hacerlo, decidió agotar todos los demás medios de ayuda. Como el azar no le favoreció en el barrio europeo, penetró en el habitado por los nativos japoneses, decidido, si era necesario, a avanzar hasta Yeddo.

El barrio japonés de Yokohama se llama Benten, en honor a la diosa del mar, a la que se rinde culto en las islas de los alrededores. Allí Passepartout contempló hermosas arboledas de abetos y cedros, puertas sagradas de singular arquitectura, puentes semiocultos en medio de bambúes y cañas, templos a la sombra de inmensos cedros, retiros sagrados donde se cobijaban sacerdotes budistas y sectarios de Confucio, y calles

interminables, en las que podría haberse reunido una perfecta cosecha de niños de rosas y mejillas rojas, que parecían recortados de biombos japoneses, y que jugaban en medio de caniches de patas cortas y gatos amarillentos.

Las calles estaban abarrotadas de gente. Los sacerdotes pasaban en procesión, golpeando sus lúgubres pande­retas; los policías y aduaneros con sombreros puntiagudos incrustados de laca y portando dos sables colgados a la cintura; los soldados, vestidos de algodón azul con rayas blancas, y portando armas; los guardias del Mikado, envueltos en dobles de seda, cofias y cota de malla; y numerosos militares de todos los rangos -pues la profesión militar es tan respetada en Japón como despreciada en China- iban de aquí para allá en grupos y parejas. Picaporte vio también a frailes mendigos, peregrinos de largas túnicas y simples civiles, con sus cabellos alabeados y negros como el azabache, sus cabezas grandes, sus bustos largos, sus piernas delgadas, su baja estatura y sus complexiones que varían desde el color cobrizo hasta el blanco muerto, pero nunca el amarillo, como los chinos, de los que los japoneses se diferencian ampliamente. No dejó de observar los curiosos equipajes: carruajes y palanquines, carretas provistas de velas y literas de bambú; ni a las mujeres -que no le parecieron especialmente guapas-, que daban pequeños pasos con sus piecitos, en los que llevaban zapatos de lona, sandalias de paja y zuecos de madera trabajada, y que mostraban ojos de mirada fija, pechos planos, dientes elegantemente ennegrecidos y vestidos cruzados con pañuelos de seda, atados con un enorme nudo detrás de un adorno que las modernas damas parisinas parecen haber tomado prestado de las damas del Japón.

Picaporte vagó durante varias horas en medio de esta multitud abigarrada, mirando los escaparates de las ricas y curiosas tiendas, los establecimientos de joyería que brillaban con pintorescos ornamentos japoneses, los restaurantes engalanados con banderolas y estandartes, las casas de té, donde se bebía la olorosa bebida con "saki", un licor elaborado a partir de la fermentación del arroz, y los cómodos fumaderos, donde se fumaba, no opio, que es casi desconocido en Japón, sino un tabaco muy fino y fibroso. Siguió adelante hasta que se encontró en los campos, en medio de vastas plantaciones de arroz. Allí vio deslumbrantes camelias que se expandían, con flores que daban sus últimos colores y perfumes, no en arbustos, sino en árboles, y dentro de los cercados de bambú, cerezos, ciruelos y manzanos, que los japoneses cultivan más bien por sus flores que por sus frutos, y que unos espantapájaros de extraña forma protegían de los gorriones, palomas, cuervos y otras aves voraces. En las ramas de los cedros se posaban grandes águilas; entre el follaje de los sauces llorones había garzas, solemnemente erguidas sobre una pata; y a cada lado había cuervos, patos, halcones, pájaros salvajes y una multitud de grullas, que los japoneses consideran sagradas y que para ellos simbolizan larga vida y prosperidad.

Mientras paseaba, Picaporte divisó unas violetas entre los arbustos.

"¡Bien!", dijo; "Voy a cenar algo".

Pero, al olerlos, descubrió que eran inodoros.

"No hay ninguna posibilidad", pensó.

El digno compañero había tenido ciertamente buen cuidado de tomar un desayuno lo más abundante posible antes de dejar el "Carnatic"; pero, como había estado caminando todo el día, las exigencias del hambre se hacían insoportables. Observó que en los puestos de los carniceros no había ni carne de cordero, ni de cabra, ni de cerdo; y, sabiendo también que es un sacrilegio matar al ganado, que se conserva únicamente para la agricultura, se hizo a la idea de que la carne no era nada abundante en Yokohama, y no se equivocaba; y, a falta de carne de carnicero, podría haber deseado un cuarto de jabalí o de ciervo, una perdiz, o algunas codornices, algo de caza o de pescado, que, con el arroz, los japoneses comen casi exclusivamente. Pero se vio en la necesidad de mantener un corazón robusto y posponer la comida que deseaba hasta la mañana siguiente. Llegó la noche, y Picaporte volvió a entrar en el barrio nativo, donde deambuló por las calles, iluminadas por faroles de diversos colores, observando a los bailarines, que ejecutaban hábiles pasos y saltos, y a los astrólogos que estaban al aire libre con sus telescopios. Luego llegó al puerto, que estaba iluminado por las antorchas de resina de los pescadores, que faenaban desde sus barcos.

Las calles se tranquilizaron por fin, y la patrulla, cuyos oficiales, con sus espléndidos trajes y rodeados de sus suites, a Picaporte le parecieron embajadores, sucedió a la bulliciosa multitud. Cada vez que pasaba una compañía, Picaporte se reía y se decía a sí mismo: "¡Bien! otra embajada japonesa que parte hacia Europa".

CAPÍTULO XXIII.

EN EL QUE LA NARIZ DE PASSEPARTOUT SE VUELVE ESCANDALOSAMENTE LARGA

A la mañana siguiente, el pobre Passepartout, hastiado y hambriento, se dijo que debía comer a toda costa, y cuanto antes lo hiciera, mejor. Podría vender su reloj, pero antes se moriría de hambre. Ahora o nunca debía utilizar la voz fuerte, aunque no melodiosa, que la naturaleza le había otorgado. Conocía varias canciones francesas e inglesas, y decidió probarlas con los japoneses, que debían ser amantes de la música, ya que no dejaban de golpear sus platillos, tam-tams y panderetas, y no podían dejar de apreciar el talento europeo.

Era, tal vez, bastante temprano para levantar un concierto, y el público, despertado prematuramente de su sueño, no podría pagar a su artista con una moneda con los rasgos del Mikado. Por lo tanto, Picaporte decidió esperar varias horas; y, mientras paseaba, se le ocurrió que parecería demasiado bien vestido para un artista errante. Se le ocurrió la idea de cambiar sus ropas por otras más acordes con su proyecto, con lo que también podría conseguir un poco de dinero para satisfacer las inmediatas ansias de hambre. Tomada la resolución, sólo quedaba llevarla a cabo.

Sólo después de una larga búsqueda, Picaporte descubrió a un comerciante nativo de ropa vieja, al que solicitó un intercambio. Al hombre le gustaban los trajes europeos, y al poco tiempo Picaporte salió de su tienda ataviado con un viejo abrigo japonés y una especie de turbante de un solo lado, descolorido por el uso. Además, unas pequeñas piezas de plata tintineaban en su bolsillo.

"¡Bien!", pensó. "¡Imaginaré que estoy en el Carnaval!"

Su primer cuidado, después de haber sido "japonizado", fue entrar en una casa de té de aspecto modesto y, con medio pájaro y un poco de arroz, desayunar como un hombre para el que la cena era todavía un problema a resolver.

"Ahora", pensó, cuando hubo comido con ganas, "no debo perder la cabeza. No puedo volver a vender este traje por uno aún más japonés. Debo pensar en cómo dejar lo antes posible este país del Sol, del que no conservaré el más grato de los recuerdos."

Se le ocurrió visitar los vapores que estaban a punto de partir hacia América. Se ofrecería como cocinero o sirviente, en pago de su pasaje y comidas. Una vez en San Francisco, encontraría algún medio para continuar. La dificultad era tribar en cómo atravesar las cuatro mil setecientas millas del Pacífico que había entre Japón y el Nuevo Mundo.

Picaporte no era un hombre que dejara que una idea se perdiera, y dirigió sus pasos hacia los muelles. Pero, a medida que se acercaba a ellos, su proyecto, que al principio le había parecido tan sencillo, empezó a hacerse cada vez más formidable para su mente. ¿Qué necesidad tendrían de un cocinero o de un sirviente en un barco de vapor americano, y qué confianza tendrían en él, vestido como estaba? ¿Qué referencias podría dar?

Mientras reflexionaba en este sentido, sus ojos se fijaron en una inmensa pancarta que una especie de payaso llevaba por las calles. Esta pancarta, que estaba en inglés, decía lo siguiente:

COMPañÍA ACROBÁTICA JAPONESA,
HONORABLE WILLIAM BATULCAR, PROPIETARIO,
ÚLTIMAS REPRESENTACIONES,
ANTES DE SU PARTIDA A LOS ESTADOS UNIDOS,
DE LOS
¡LONG NOSES! ¡LOS NOSES LARGOS!
¡BAJO EL PATROCINIO DIRECTO DEL DIOS TINGOU!
¡GRAN ATRACCIÓN!

"¡Los Estados Unidos!", dijo Picaporte; "¡eso es justo lo que quiero!"

Siguió al payaso y pronto se encontró de nuevo en el barrio japonés. Un cuarto de hora más tarde se detuvo ante una gran cabaña, adornada con varios racimos de serpentinas, cuyas paredes exteriores estaban diseñadas para representar, con colores violentos y sin perspectiva, una compañía de malabaristas.

Se trataba del establecimiento del honorable William Batulcar. Aquel caballero era una especie de Barnum, director de una compañía de montadores, malabaristas, payasos, acróbatas, equilibristas y gimnastas, que, según el cartel, daba sus últimas actuaciones antes de abandonar el Imperio del Sol por los Estados de la Unión.

Passepartout entró y preguntó por el Sr. Batulcar, que enseguida se presentó en persona.

"¿Qué quieres?", le dijo a Picaporte, al que al principio tomó por un nativo.

"¿Quiere un criado, señor?", preguntó Picaporte.

"¡Un criado!", exclamó el señor Batulcar, acariciando la espesa barba gris que le colgaba de la barbilla. "Ya tengo dos que son obedientes y fieles, nunca me han abandonado, y me sirven para su alimentación y aquí están",

añadió, extendiendo sus dos robustos brazos, surcados de venas tan grandes como las cuerdas de un bajo-viol.

"¿Así que no puedo serte útil?"

"Ninguno".

"¡El diablo! Me gustaría tanto cruzar el Pacífico contigo".

"¡Ah!", dijo el honorable señor Batulcar. "¿Usted no es más japonés que yo un mono! ¿Quién eres tú vestido de esa manera?"

"Un hombre se viste como puede".

"Es cierto. Usted es un francés, ¿no?"

"Sí; un parisino de París".

"¿Entonces deberías saber hacer muecas?"

"Vaya", respondió Passepartout, un poco molesto de que su nacionalidad provocara esta pregunta, "los franceses sabemos hacer muecas, es cierto, pero no mejor que los americanos".

"Cierto. Bueno, si no puedo tomarte como sirviente, puedo hacerlo como payaso. Verás, amigo mío, en Francia exhiben payasos extranjeros, y en el extranjero payasos franceses".

"¡Ah!"

"Eres bastante fuerte, ¿eh?"

"Especialmente después de una buena comida".

"¿Y sabes cantar?"

"Sí", respondió Picaporte, que antes solía cantar por las calles.

"¿Pero se puede cantar de pie, con una peonza girando sobre el pie izquierdo y un sable en equilibrio sobre el derecho?"

"¡Hum! Creo que sí", respondió Passepartout, recordando los ejercicios de sus días de juventud.

"Bueno, es suficiente", dijo el honorable William Batulcar.

El compromiso concluyó allí mismo.

Passepartout había encontrado por fin algo que hacer. Había sido contratado para actuar en la célebre compañía japonesa. No era un puesto muy digno, pero en una semana estaría de camino a San Francisco.

La representación, tan ruidosamente anunciada por el honorable señor Batulcar, debía comenzar a las tres, y pronto resonaron en la puerta los ensordecedores instrumentos de una orquesta japonesa. Picaporte, aunque no había podido estudiar ni ensayar un papel, fue designado para prestar la ayuda de sus robustos hombros en la gran exhibición de la "pirámide humana", ejecutada por los Narices Largos del dios Tingou. Esta "gran atracción" debía cerrar la representación.

Antes de las tres, el gran cobertizo fue invadido por los espectadores, entre los que había europeos y nativos, chinos y japoneses, hombres,

mujeres y niños, que se precipitaron sobre los estrechos bancos y en los palcos situados frente al escenario. Los músicos se colocaron en el interior y tocaron vigorosamente sus gongs, tam-tams, flautas, huesos, panderetas e inmensos tambores.

La actuación fue muy parecida a todas las exhibiciones acrobáticas; pero hay que confesar que los japoneses son los primeros equilibristas del mundo.

Uno, con un abanico y unos trozos de papel, realizaba el gracioso truco de las mariposas y las flores; otro trazaba en el aire, con el oloroso humo de su pipa, una serie de palabras azules, que componían un piropo al público; mientras que un tercero hacía malabares con unas velas encendidas, que apagaba sucesivamente al pasar por sus labios, y volvía a encender sin interrumpir ni un instante sus malabares. Otro reproducía las más singulares combinaciones con una peonza; en sus manos las peonzas parecían animadas con vida propia en su interminable giro; pasaban por encima de los tallos de las pipas, de los bordes de los sables, de los alambres y hasta de los cabellos extendidos por el escenario; giraban sobre los bordes de los grandes vasos, cruzaban escaleras de bambú, se dispersaban por todos los rincones y producían extraños efectos musicales por la combinación de sus diversos tonos. Los malabaristas los lanzaban al aire, los arrojaban como volantes con timbales de madera, y sin embargo seguían girando; se los metían en los bolsillos y los sacaban todavía girando como antes.

Es inútil describir las sorprendentes actuaciones de los acróbatas y gimnastas. Los giros sobre escaleras, postes, pelotas, barriles, etc., fueron ejecutados con maravillosa precisión.

Pero la principal atracción fue la exhibición de las narices largas, un espectáculo al que Europa aún es ajena.

Los narices largos forman una compañía peculiar, bajo el patrocinio directo del dios Tingou. Vestidos a la moda de la Edad Media, llevaban sobre sus hombros un espléndido par de alas; pero lo que les distinguía especialmente eran las largas narices que llevaban sujetas a la cara, y los usos que hacían de ellas. Estas narices estaban hechas de bambú, y tenían cinco, seis y hasta diez pies de largo, algunas rectas, otras curvadas, algunas acanaladas y algunas con verrugas de imitación. Sobre estos apéndices, fijados firmemente a sus verdaderas narices, realizaban sus ejercicios gimnásticos. Una docena de estos sectarios de Tingou estaban tumbados de espaldas, mientras que otros, vestidos

compañía, y como, para ocupar este papel, sólo se necesitaba fuerza y destreza, se había elegido a Picaporte para ocupar su lugar.

El pobre hombre se sintió realmente triste cuando -¡Melancólica reminiscencia de su juventud!- se puso su traje, adornado con alas de varios colores, y sujetó a su rasgo natural una nariz falsa de dos metros de largo. Pero se animó cuando pensó que esa nariz le hacía ganar algo de comer.

Subió al escenario y ocupó su lugar junto al resto que iba a componer la base del Coche de Juggernaut. Todos se tendieron en el suelo, con las narices apuntando al techo. Un segundo grupo de artistas se dispuso sobre estos largos apéndices, luego un tercero por encima de éstos, luego un cuarto, hasta que pronto se levantó sobre las narices un monumento humano que llegaba hasta las mismas cornisas del teatro. Esto provocó un fuerte aplauso, en medio del cual la orquesta estaba tocando un aire ensordecedor, cuando la pirámide se tambaleó, se perdió el equilibrio, una de las narices inferiores se desvaneció de la pirámide, y el monumento humano se hizo añicos como un castillo construido con cartas.

La culpa fue de Picaporte. Abandonando su posición, despejando las candilejas sin la ayuda de sus alas, y, trepando hasta la galería de la derecha, cayó a los pies de uno de los espectadores, gritando: "¡Ah, mi amo! mi amo".

"¿Estás aquí?"

"Yo mismo".

"Muy bien; ¡entonces vayamos al vapor, joven!"

El señor Fogg, Aouda y Passepartout atravesaron el vestíbulo del teatro hasta el exterior, donde se encontraron con el honorable señor Batulcar, furioso de ira. Exigió una indemnización por la "rotura" de la pirámide; y Phileas Fogg lo apaciguó dándole un puñado de billetes.

A las seis y media, la hora misma de la partida, el señor Fogg y Aouda, seguidos por Picaporte, que en su prisa había conservado las alas, y la nariz de dos metros, subieron al vapor americano.

CAPÍTULO XXIV.

DURANTE EL CUAL EL SR. FOGG Y SU GRUPO CRUZAN EL OCÉANO PACÍFICO

Lo que sucedió cuando el barco piloto estuvo a la vista de Shangai es fácil de adivinar. Las señales hechas por el "Tankadere" habían sido vistas por el capitán del vapor de Yokohama, quien, al ver la bandera a media asta, había dirigido su rumbo hacia la pequeña embarcación. Phileas Fogg, después de haber pagado el precio estipulado para su pasaje a John Busby, y de haber recompensado a éste con la suma adicional de quinientas cincuenta libras, subió al vapor con Aouda y Fix, y partieron en seguida para Nagasaki y Yokohama.

Llegaron a su destino en la mañana del 14 de noviembre. Phileas Fogg no perdió tiempo en subir a bordo del "Carnatic", donde se enteró, para gran deleite de Aouda -y tal vez para el suyo propio, aunque no traicionó ninguna emoción- de que Passepartout, un francés, había llegado realmente en él el día anterior.

Se anunció que el vapor de San Francisco partiría esa misma noche, y se hizo necesario encontrar a Picaporte, si era posible, sin demora. El señor Fogg se dirigió en vano a los cónsules de Francia e Inglaterra, y después de vagar por las calles durante mucho tiempo, empezó a desesperar de encontrar a su criado desaparecido. El azar, o tal vez una especie de presentimiento, le condujo por fin al teatro del honorable señor Batulcar. Ciertamente, no habría reconocido a Picaporte con el excéntrico traje de montaraz; pero éste, tumbado de espaldas, percibió a su amo en la galería. No pudo evitar ponerse en marcha, lo que cambió de tal manera la posición de su nariz que hizo que la "pirámide" se precipitara sobre el escenario.

Todo esto lo supo Picaporte gracias a Aouda, que le contó lo que había sucedido en el viaje de Hong Kong a Shanghai en el "Tankadere", en compañía de un tal señor Fix.

Picaporte no cambió el semblante al oír este nombre. Pensó que aún no había llegado el momento de divulgar a su amo lo que había ocurrido entre el detective y él; y, en el relato que hizo de su ausencia, se limitó a excusarse por haber sido sorprendido por la embriaguez, al fumar opio en una taberna de Hong Kong.

El señor Fogg escuchó esta narración con frialdad, sin decir una palabra; y luego proporcionó a su hombre los fondos necesarios para obtener una vestimenta más acorde con su posición. Al cabo de una hora, el francés se había cortado la nariz y se había desprendido de sus alas, y no conservaba nada que recordara al sectario del dios Tinguou.

El vapor que estaba a punto de partir de Yokohama hacia San Francisco pertenecía a la Pacific Mail Steamship Company, y se llamaba "General Grant". Era un gran vapor de ruedas de paletas de dos mil quinientas toneladas, bien equipado y muy rápido. La enorme viga de marcha se elevaba y descendía por encima de la cubierta; en un extremo, un vástago de pistón subía y bajaba; y en el otro, una biela que, al cambiar el movimiento rectilíneo por el circular, se conectaba directamente con el eje de las palas. El "General Grant" estaba aparejado con tres mástiles, lo que le daba una gran capacidad para las velas, y así ayudaba materialmente a la potencia del vapor. Haciendo doce millas por hora, cruzaría el océano en veintiún días. Phileas Fogg tenía, pues, la esperanza de llegar a San Francisco el 2 de diciembre, a Nueva York el 11 y a Londres el 20, ganando así varias horas sobre la fecha fatal del 21 de diciembre.

Había una dotación completa de pasajeros a bordo, entre ellos ingleses, muchos norteamericanos, un gran número de coolies de camino a California, y varios oficiales de las Indias Orientales, que estaban pasando sus vacaciones dando la vuelta al mundo. Durante el viaje no ocurrió nada de importancia; el vapor, sostenido por sus grandes remos, rodó muy poco, y el "Pacífico" casi justificó su nombre. El señor Fogg estaba tan tranquilo y taciturno como siempre. Su joven compañera se sentía cada vez más unida a él por otros lazos que los de la gratitud; su naturaleza silenciosa pero generosa la impresionaba más de lo que ella creía, y casi inconscientemente cedía a emociones que no parecían tener el menor efecto sobre su protector. Aouda se interesaba mucho por sus planes y se impacientaba ante cualquier incidente que pudiera retrasar su viaje.

A menudo charlaba con Picaporte, que no dejaba de percibir el estado del corazón de la dama; y, siendo el más fiel de los domésticos, nunca agotaba sus elogios a la honradez, generosidad y devoción de Phileas Fogg. Se esforzó por calmar las dudas de Aouda sobre el éxito del viaje, diciéndole que la parte más difícil ya había pasado, que ahora estaban más allá de los fantásticos países del Japón y de la China, y que se encontraban de nuevo en camino hacia los lugares civilizados. Un tren de San Francisco a Nueva York, y un barco de vapor transatlántico de Nueva York a Liverpool, les llevarían sin duda al final de este imposible viaje alrededor del mundo en el plazo acordado.

Al noveno día de salir de Yokohama, Phileas Fogg había recorrido exactamente la mitad del globo terrestre. El "General Grant" pasó, el 23 de noviembre, el meridiano ciento ochenta, y se encontraba en las antípodas de Londres. Es cierto que el señor Fogg había agotado cincuenta y dos de los

ochenta días en que debía completar el viaje, y que sólo le quedaban veintiocho. Pero, aunque sólo estaba a mitad de camino por la diferencia de meridianos, en realidad había recorrido las dos terceras partes de todo el viaje, pues se había visto obligado a dar largas vueltas de Londres a Adén, de Adén a Bombay, de Calcuta a Singapur y de Singapur a Yokohama. Si hubiera podido seguir sin desviarse el paralelo cincuenta, que es el de Londres, la distancia total sólo habría sido de unas doce mil millas; mientras que se vería obligado, por los métodos irregulares de locomoción, a atravesar veintiséis mil, de las cuales había cumplido, el 23 de noviembre, diecisiete mil quinientas. Y ahora el recorrido era recto, y Fix ya no estaba allí para ponerle obstáculos.

Sucedió también, el 23 de noviembre, que Picaporte hizo un alegre descubrimiento. Se recordará que el obstinado compañero había insistido en mantener su famoso reloj familiar en la hora de Londres, y en considerar el de los países por los que había pasado como bastante falso y poco fiable. Ahora, en este día, aunque no había cambiado las manecillas, descubrió que su reloj coincidía exactamente con los cronómetros del barco. Su triunfo fue divertidísimo. Le hubiera gustado saber qué diría Fix si estuviera a bordo.

"El pícaro me contó un montón de historias", repitió Picaporte, "¡sobre los meridianos, el sol y la luna! La luna, en efecto; la luz de la luna, más bien. Si uno escuchaba a ese tipo de gente, ¡qué tiempo más bonito se pasaba! Estaba seguro de que el sol se regularía algún día con mi reloj".

Picaporte ignoraba que, si la esfera de su reloj se hubiera dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos, no tendría ningún motivo de exultación; porque las manecillas de su reloj, en lugar de indicar como ahora las nueve de la mañana, indicarían las nueve de la tarde, es decir, la hora veintiuna después de medianoche, precisamente la diferencia entre la hora de Londres y la del meridiano ciento ochenta. Pero si Fix hubiera podido explicar este efecto puramente físico, Picaporte no lo habría admitido, aunque lo hubiera comprendido. Además, si el detective hubiera estado a bordo en ese momento, Picaporte habría discutido con él sobre un tema muy diferente y de una manera totalmente distinta.

¿Dónde estaba Fix en ese momento?

En realidad estaba a bordo del "General Grant".

Al llegar a Yokohama, el detective, dejando a Mr. Fogg, a quien esperaba encontrar de nuevo durante el día, se dirigió inmediatamente al consulado inglés, donde encontró por fin la orden de detención. Ésta le había seguido desde Bombay, y había llegado en el "Carnatic", en cuyo vapor se suponía que él mismo estaba. La decepción de Fix puede imaginarse cuando reflexionó que la orden era ahora inútil. El señor Fogg había abandonado tierra inglesa, y ahora era necesario procurar su extradición.

"Bien -pensó Fix, después de un momento de cólera-, mi orden no sirve aquí, pero sí lo hará en Inglaterra. Evidentemente, el bribón tiene la intención de volver a su país, pensando que ha despistado a la policía.

¡Bueno! Le seguiré al otro lado del Atlántico. En cuanto al dinero, ¡que el cielo permita que quede algo! Pero el tipo ya ha gastado en viajes, recompensas, juicios, fianzas, elefantes y toda clase de cargos, más de cinco mil libras. Sin embargo, después de todo, el Banco es rico".

Decidido, subió a bordo del "General Grant" y estaba allí cuando llegaron el señor Fogg y Aouda. Para su total asombro, reconoció a Picaporte, a pesar de su disfraz teatral. Se escondió rápidamente en su camarote, para evitar una explicación incómoda, y esperó -gracias al número de pasajeros- pasar desapercibido por el criado del señor Fogg.

Ese mismo día, sin embargo, se encontró cara a cara con Passepartout en la cubierta de proa. Este último, sin mediar palabra, se abalanzó sobre él, lo agarró por el cuello y, para diversión de un grupo de americanos, que inmediatamente empezaron a apostar por él, administró al detective una perfecta andanada de golpes, que demostró la gran superioridad de la habilidad pugilística francesa sobre la inglesa.

Cuando Picaporte terminó, se encontró aliviado y reconfortado. Fix se levantó algo desarreglado y, mirando a su adversario, le dijo fríamente: "¿Has terminado?".

"Por esta vez, sí".

"Entonces déjame hablar contigo".

"Pero yo..."

"En los intereses de tu maestro".

Picaporte pareció ser vencido por la frialdad de Fix, pues le siguió en silencio, y se sentaron aparte del resto de los pasajeros.

"Me has dado una paliza", dijo Fix. "Bien, lo esperaba. Ahora, escuchadme. Hasta ahora he sido el adversario del señor Fogg. Ahora estoy en su juego".

"¡Ahá!", gritó Picaporte; "¿estás convencido de que es un hombre honesto?".

"No -respondió Fix con frialdad-, lo considero un bribón. No os mováis y dejadme hablar. Mientras míster Fogg estuviera en tierra inglesa, me interesaba retenerlo allí hasta que llegara mi orden de arresto. Hice todo lo que pude para retenerlo. Envié a los sacerdotes de Bombay tras él, lo intoxicqué en Hong Kong, lo separé de él y le hice perder el vapor de Yokohama".

Passepartout escuchó, con los puños cerrados.

"Ahora -continuó Fix-, el señor Fogg parece volver a Inglaterra. Pues bien, le seguiré hasta allí. Pero en lo sucesivo haré lo mismo para apartar los obstáculos de su camino que lo que he hecho hasta ahora para ponerlos en el suyo. He cambiado mi juego, como ve, y simplemente porque era para mi interés cambiarlo. Su interés es el mismo que el mío; pues sólo en

Inglaterra podrá comprobar si está al servicio de un criminal o de un hombre honrado."

Picaporte escuchó con mucha atención a Fix, y se convenció de que hablaba con toda la buena fe.

"¿Somos amigos?", preguntó el detective.

"¿Amigos? No", respondió Picaporte; "pero aliados, tal vez. Sin embargo, a la menor señal de traición, te retorceré el cuello".

"De acuerdo", dijo el detective en voz baja.

Once días después, el 3 de diciembre, el "General Grant" entró en la bahía del Golden Gate y llegó a San Francisco.

El señor Fogg no había ganado ni perdido un solo día.

CAPÍTULO XXV.

EN EL QUE SE DA UN LIGERO VISTAZO A SAN FRANCISCO

Eran las siete de la mañana cuando el señor Fogg, Aouda y Passepartout pusieron el pie en el continente americano, si es que puede darse este nombre al muelle flotante en el que desembarcaron. Estos muelles, que suben y bajan con la marea, facilitan la carga y descarga de los buques. Junto a ellos había clippers de todos los tamaños, vapores de todas las nacionalidades y los barcos de vapor, con varias cubiertas que se elevan una sobre otra, que navegan por el Sacramento y sus afluentes. También se amontonaban los productos de un comercio que se extiende a México, Chile, Perú, Brasil, Europa, Asia y todas las islas del Pacífico.

Picaporte, en su alegría por haber llegado por fin al continente americano, pensó en manifestarlo ejecutando un peligroso salto con gran estilo; pero, al tropezar con unos tablones carcomidos por los gusanos, cayó a través de ellos. Desanimado por la forma en que "puso el pie" en el Nuevo Mundo, lanzó un fuerte grito que asustó tanto a los innumerables cormoranes y pelícanos que siempre se posan en estos muelles móviles, que se fueron volando ruidosamente.

El señor Fogg, al llegar a la orilla, procedió a averiguar a qué hora salía el primer tren para Nueva York, y se enteró de que éste era a las seis de la tarde; tenía, pues, todo un día para pasar en la capital californiana. Tomando un carruaje con un cargo de tres dólares, él y Aouda entraron en él, mientras Passepartout montaba en la caja junto al conductor, y partieron hacia el Hotel Internacional.

Desde su elevada posición, Picaporte observó con mucha curiosidad las anchas calles, las casas bajas y uniformes, las iglesias góticas anglosajonas, los grandes muelles, los palaciegos almacenes de madera y ladrillo, los numerosos transportes, ómnibus, coches de caballos, y en las aceras, no sólo americanos y europeos, sino chinos e indios. Picaporte se sorprendió de todo lo que vio. San Francisco ya no era la legendaria ciudad de 1849, una ciudad de bandidos, asesinos e incendiarios que habían acudido en masa en busca de botín; un paraíso de forajidos, donde se jugaba con polvo de oro, con un revólver en una mano y un cuchillo de caza en la otra: ahora era un gran emporio comercial.

La elevada torre de su Ayuntamiento dominaba todo el panorama de las calles y avenidas, que se cortaban en ángulo recto, y en medio de las cuales

aparecían agradables y verdes plazas, mientras que más allá aparecía el barrio chino, aparentemente importado del Imperio Celeste en una caja de juguetes. Rara vez se veían sombreros y camisas rojas e indios emplumados; pero había sombreros de seda y abrigos negros por todas partes, llevados por una multitud de hombres nerviosos y activos de aspecto caballeroso. Algunas de las calles -especialmente Montgomery Street, que es para San Francisco lo que Regent Street es para Londres, el Boulevard des Italiens para París y Broadway para Nueva York- estaban bordeadas de espléndidas y amplias tiendas, que exponían en sus escaparates los productos de todo el mundo.

Cuando Passepartout llegó al Hotel Internacional, no le pareció que hubiera dejado Inglaterra en absoluto.

La planta baja del hotel estaba ocupada por un gran bar, una especie de restaurante abierto libremente a todos los transeúntes, que podían comer carne seca, sopa de ostras, galletas y queso, sin tener que sacar la cartera. Sólo se pagaba por la cerveza, la porra o el jerez que se bebía. Esto le pareció "muy americano" a Passepartout. Los comedores del hotel eran confortables, y el señor Fogg y Aouda, instalándose en una mesa, fueron servidos abundantemente en diminutos platos por negros de la más oscura tonalidad.

Después de desayunar, el señor Fogg, acompañado por Aouda, se dirigió al consulado inglés para obtener *el visado de* su pasaporte. Al salir, se encontró con Passepartout, quien le preguntó si no sería bueno, antes de tomar el tren, comprar algunas docenas de rifles Enfield y revólveres Colt. Había estado escuchando historias de ataques a los trenes por parte de los sioux y los pawnees. El señor Fogg pensó que era una precaución inútil, pero le dijo que hiciera lo que considerara mejor, y se dirigió al consulado.

Sin embargo, no había avanzado doscientos pasos cuando, "por la mayor casualidad del mundo", se encontró con Fix. El detective parecía totalmente sorprendido. ¿Cómo es posible que mister Fogg y él hubiesen cruzado juntos el Pacífico y no se hubiesen encontrado en el barco de vapor? Al menos, Fix se sintió honrado de contemplar una vez más al caballero a quien tanto debía, y, como sus negocios le llamaban a Europa, estaría encantado de continuar el viaje en tan agradable compañía.

El señor Fogg respondió que el honor sería suyo; y el detective -que estaba decidido a no perderlo de vista- le pidió permiso para acompañarlos en su paseo por San Francisco, petición que el señor Fogg concedió de buen grado.

Pronto se encontraron en Montgomery Street, donde se había reunido una gran multitud; las aceras, la calle, los raíles de los coches de caballos, las puertas de las tiendas, las ventanas de las casas, e incluso los tejados, estaban llenos de gente. Los hombres iban de un lado a otro portando grandes carteles, y las banderas y serpentinas flotaban al viento, mientras se oían fuertes gritos por todas partes.

"¡Viva Camerfield!"

"¡Hurra por Mandiboy!"

Se trataba de una reunión política; al menos así lo conjeturó Fix, que le dijo al señor Fogg: "Tal vez sea mejor que no nos mezclamos con la multitud. Puede haber peligro en ello".

"Sí", respondió el señor Fogg; "y los golpes, aunque sean políticos, siguen siendo golpes".

Fix sonrió ante esta observación, y para poder ver sin ser empujados, el grupo se colocó en lo alto de una escalera situada en el extremo superior de la calle Montgomery. Frente a ellos, al otro lado de la calle, entre un muelle de carbón y un almacén de petróleo, se había levantado una gran plataforma al aire libre, hacia la que parecía dirigirse la corriente de la multitud.

¿Con qué fin se celebró esta reunión? ¿Cuál era el motivo de esta excitada reunión? Phileas Fogg no podía imaginarlo. ¿Era para nombrar a algún alto funcionario, un gobernador o un miembro del Congreso? No era improbable, tan agitada estaba la multitud ante ellos.

Justo en ese momento se produjo una inusual agitación en la masa humana. Todas las manos se levantaron en el aire. Algunas, fuertemente cerradas, parecían desaparecer repentinamente en medio de los gritos: una forma enérgica, sin duda, de emitir un voto. La multitud retrocedió, las pancartas y las banderas se agitaron, desaparecieron un instante y volvieron a aparecer hechas jirones. Las ondulaciones de la marea humana llegaron hasta los escalones, mientras todas las cabezas se agitaban en la superficie como un mar agitado por una borrasca. Muchos de los sombreros negros desaparecieron, y la mayor parte de la multitud parecía haber disminuido en altura.

"Evidentemente es una reunión", dijo Fix, "y su objeto debe ser apasionante. No me extrañaría que se tratara del "Alabama", a pesar de que esa cuestión está resuelta."

"Tal vez", respondió el señor Fogg, simplemente.

"Al menos, hay dos campeones en presencia, el Honorable Sr. Camerfield y el Honorable Sr. Mandiboy".

Aouda, apoyado en el brazo del señor Fogg, observaba con sorpresa la tumultuosa escena, mientras Fix preguntaba a un hombre que estaba cerca de él cuál era la causa de todo aquello. Antes de que el hombre pudiera responder, se produjo una nueva agitación; se oyeron hurras y gritos excitados; las varas de los estandartes empezaron a usarse como armas ofensivas, y los puños volaron en todas direcciones. Se intercambiaron golpes desde la parte superior de los carros y ómnibus que habían sido bloqueados por la multitud. Las botas y los zapatos se arremolinaron en el aire, y el señor Fogg creyó oír incluso el chasquido de los revólveres que se mezclaban en el estruendo, cuando la horda se acercó a la escalera, y fluyó sobre el escalón inferior. Evidentemente, uno de los bandos había sido

rechazado; pero los meros espectadores no podían saber si Mandiboy o Camerfield habían ganado la partida.

"Sería prudente que nos retirásemos", dijo Fix, que deseaba que mister Fogg no recibiera ninguna herida, al menos hasta que volvieran a Londres. "Si hay alguna duda sobre Inglaterra en todo esto, y nos reconocieran, me temo que nos iría mal".

"Una asinatura de inglés..." comenzó el Sr. Fogg.

No llegó a terminar la frase, pues en ese momento se produjo un tremendo alboroto en la terraza, detrás de la escalinata en la que se encontraban, y se oyeron gritos frenéticos de "¡Viva Mandiboy! Hip, hip, hurra!"

Era una banda de votantes que acudía al rescate de sus aliados y tomaba por el flanco a las fuerzas de Camerfield. El señor Fogg, Aouda y Fix se encontraron entre dos fuegos; era demasiado tarde para escapar. El torrente de hombres, armados con bastones y palos cargados, era irresistible. Phileas Fogg y Fix se vieron bruscamente empujados en sus intentos de proteger a su bella compañera; el primero, tan frío como siempre, trató de defenderse con las armas que la naturaleza ha puesto al final del brazo de todo inglés, pero fue en vano. Un hombre corpulento, de barba roja, de rostro sonrosado y de anchos hombros, que parecía ser el jefe de la banda, levantó su puño cerrado para golpear al señor Fogg, a quien habría dado un golpe aplastante, si Fix no se hubiera precipitado y lo hubiera recibido en su lugar. Un enorme hematoma hizo inmediatamente su aparición bajo el sombrero de seda del detective, que estaba completamente destrozado.

"¡Yanqui!", exclamó el señor Fogg, lanzando una mirada despectiva al rufián.

"¡Inglés!" respondió el otro. "¡Nos encontraremos de nuevo!"

"Cuando quieras".

"¿Cómo te llamas?"

"Phileas Fogg. ¿Y el tuyo?"

"Coronel Stamp Proctor".

La marea humana pasó ahora, después de volcar a Fix, que rápidamente se puso de nuevo en pie, aunque con la ropa hecha jirones. Afortunadamente, no estaba gravemente herido. Su abrigo de viaje estaba dividido en dos partes desiguales, y sus pantalones se parecían a los de ciertos indios, que se ajustan de forma menos compacta de lo que es fácil de poner. Aouda había escapado ileso, y sólo Fix llevaba las marcas de la refriega en su moretón negro y azul.

"Gracias", dijo el señor Fogg al detective, en cuanto estuvieron fuera de la multitud.

"No es necesario dar las gracias", contestó Fix; "pero vámonos".

"¿Dónde?"

"A la sastrería".

Tal visita era, en efecto, oportuna. Las ropas del señor Fogg y de Fix estaban hechas jirones, como si ellos mismos hubieran participado activamente en la contienda entre Camerfield y Mandiboy. Una hora después, estaban de nuevo adecuadamente vestidos, y con Aouda regresaron al Hotel Internacional.

Picaporte esperaba a su amo armado con media docena de revólveres de seis cañones. Al ver a Fix, frunció el ceño; pero cuando Aouda le contó su aventura en pocas palabras, su semblante recobró su plácida expresión. Evidentemente, Fix ya no era un enemigo, sino un aliado; cumplía fielmente su palabra.

Terminada la cena, el carruaje que debía transportar a los pasajeros y su equipaje a la estación se acercó a la puerta. Al subir, el señor Fogg dijo a Fix: "¿No ha vuelto a ver a ese coronel Proctor?".

"No."

"Volveré a América a buscarlo", dijo Phileas Fogg con calma. "No sería correcto que un inglés permitiera ser tratado de esa manera, sin tomar represalias".

El detective sonrió, pero no respondió. Estaba claro que el señor Fogg era uno de esos ingleses que, aunque no toleran los duelos en casa, luchan en el extranjero cuando se ataca su honor.

A las seis y cuarto los viajeros llegaron a la estación, y encontraron el tren listo para partir. Cuando se disponía a entrar en él, el señor Fogg llamó a un mozo, y le dijo: "Amigo mío, ¿no hubo hoy algún problema en San Francisco?"

"Era una reunión política, señor", respondió el portero.

"Pero me pareció que había muchos disturbios en las calles".

"Sólo era una reunión reunida para una elección".

"¿La elección de un general en jefe, sin duda?", preguntó el Sr. Fogg.

"No, señor; de un juez de paz".

Phileas Fogg subió al tren, que partió a toda velocidad.

CAPÍTULO XXVI.

EN EL QUE PHILEAS FOGG Y SU GRUPO VIAJAN POR EL FERROCARRIL DEL PACÍFICO

"De océano a océano", dicen los americanos, y estas cuatro palabras constituyen la designación general de la "gran línea troncal" que cruza toda la anchura de los Estados Unidos. Sin embargo, el ferrocarril del Pacífico se divide realmente en dos líneas distintas: la Central Pacific, entre San Francisco y Ogden, y la Union Pacific, entre Ogden y Omaha. Cinco líneas principales conectan Omaha con Nueva York.

Nueva York y San Francisco están así unidas por una cinta metálica ininterrumpida, que mide nada menos que tres mil setecientas ochenta y seis millas. Entre Omaha y el Pacífico, el ferrocarril atraviesa un territorio que todavía está infestado de indios y bestias salvajes, y una gran extensión que los mormones, tras ser expulsados de Illinois en 1845, comenzaron a colonizar.

El viaje de Nueva York a San Francisco consumía, antiguamente, en las condiciones más favorables, al menos seis meses. Ahora se realiza en siete días.

Fue en 1862 cuando, a pesar de los congresistas del Sur, que deseaban una ruta más meridional, se decidió tender la carretera entre los paralelos cuarenta y uno y cuarenta y dos. El propio presidente Lincoln fijó el final de la línea en Omaha, en Nebraska. La obra se inició de inmediato y se llevó a cabo con la verdadera energía americana; la rapidez con la que se llevó a cabo no afectó negativamente a su buena ejecución. La carretera crecía, en las praderas, una milla y media al día. Una locomotora, que circulaba por los raíles colocados la noche anterior, traía los raíles que debían colocarse al día siguiente, y avanzaba sobre ellos tan rápido como los colocaba.

Al ferrocarril del Pacífico se le unen varios ramales en Iowa, Kansas, Colorado y Oregón. Al salir de Omaha, pasa por la orilla izquierda del río Platte hasta el cruce de su ramal norte, sigue su ramal sur, cruza el territorio de Laramie y las montañas Wahsatch, da la vuelta al Gran Lago Salado y llega a Salt Lake City, la capital mormona, se adentra en el valle de Tuilla, atraviesa el desierto americano, las montañas Cedar y Humboldt, la Sierra Nevada, y desciende, *viâ* Sacramento, hasta el Pacífico; su pendiente,

incluso en las Montañas Rocosas, nunca supera los ciento doce pies por milla.

Tal era el camino que había que recorrer en siete días, lo que permitiría a Phileas Fogg -al menos, eso esperaba- tomar el día 11 el vapor del Atlántico en Nueva York con destino a Liverpool.

El vagón que ocupaba era una especie de ómnibus largo de ocho ruedas, sin compartimentos en el interior. Estaba provisto de dos filas de asientos, perpendiculares a la dirección del tren, a ambos lados de un pasillo que conducía a las plataformas delantera y trasera. Estas plataformas se encontraban en todo el tren, y los pasajeros podían pasar de un extremo a otro del tren. Estaba provisto de coches salón, coches balcón, restaurantes y coches de fumadores; sólo faltaban los coches teatro, que algún día tendrán.

Por los pasillos circulaban continuamente vendedores de libros y noticias, de comestibles, de bebidas y de cigarros, que parecían tener mucha clientela.

El tren salió de la estación de Oakland a las seis. Era ya de noche, fría y sin alegría, y el cielo estaba cubierto de nubes que parecían amenazar con nieve. El tren no avanzó rápidamente; contando las paradas, no recorrió más de veinte millas por hora, velocidad que, sin embargo, era suficiente para poder llegar a Omaha en el tiempo previsto.

La conversación en el vagón era escasa, y pronto muchos de los pasajeros se dejaron vencer por el sueño. Picaporte se encontró al lado del detective, pero no le habló. Después de los últimos acontecimientos, las relaciones entre ellos se habían enfriado un poco; ya no podía haber simpatía o intimidad mutua entre ellos. Los modales de Fix no habían cambiado; pero Picaporte era muy reservado, y estaba dispuesto a estrangular a su antiguo amigo a la menor provocación.

La nieve comenzó a caer una hora después de la salida, una nieve fina, sin embargo, que afortunadamente no pudo obstruir el tren; no se podía ver nada desde las ventanas sino una vasta y blanca sábana, contra la cual el humo de la locomotora tenía un aspecto grisáceo.

A las ocho en punto, un camarero entró en el vagón y anunció que había llegado la hora de acostarse; y en pocos minutos el vagón se transformó en un dormitorio. Los respaldos de los asientos se echaron hacia atrás, los somieres cuidadosamente empaquetados se desplegaron mediante un ingenioso sistema, se improvisaron repentinamente literas, y cada viajero tuvo pronto a su disposición una cómoda cama, protegida de las miradas curiosas por gruesas cortinas. Las sábanas estaban limpias y las almohadas eran suaves. Sólo quedaba acostarse y dormir, cosa que todo el mundo hizo, mientras el tren atravesaba a toda velocidad el Estado de California.

El terreno entre San Francisco y Sacramento no es muy accidentado. La Central Pacific, tomando Sacramento como punto de partida, se extiende hacia el este hasta encontrar la carretera de Omaha. La línea de San

Francisco a Sacramento va en dirección noreste, a lo largo del río American, que desemboca en la bahía de San Pablo. Las ciento veinte millas que separan estas ciudades se recorrieron en seis horas, y hacia la medianoche, mientras dormían, los viajeros pasaron por Sacramento; de modo que no vieron nada de ese importante lugar, sede del gobierno del Estado, con sus bellos muelles, sus amplias calles, sus nobles hoteles, plazas e iglesias.

El tren, al salir de Sacramento y pasar por el cruce, Roclin, Auburn y Colfax, entró en la cordillera de Sierra Nevada. 'Cisco llegó a las siete de la mañana; y una hora más tarde el dormitorio se transformó en un vagón ordinario, y los viajeros pudieron observar las pintorescas bellezas de la región montañosa por la que circulaban. La vía férrea entraba y salía entre los desfiladeros, ahora acercándose a las laderas de las montañas, ahora suspendida sobre los precipicios, evitando los ángulos abruptos por medio de atrevidas curvas, sumergiéndose en estrechos desfiladeros, que parecían no tener salida. La locomotora, con su gran embudo que emitía una extraña luz, con su afilada campana, y su cazavacas extendido como un espolón, mezclaba sus gritos y bramidos con el ruido de los torrentes y las cascadas, y enredaba su humo entre las ramas de los gigantescos pinos.

No había puentes ni túneles en la ruta. El ferrocarril giraba alrededor de las laderas de las montañas y no intentaba violar la naturaleza tomando el atajo más corto de un punto a otro.

El tren entró en el estado de Nevada por el valle de Carson hacia las nueve, siempre en dirección noreste; y a mediodía llegó a Reno, donde hubo un retraso de veinte minutos para el desayuno.

Desde este punto, la carretera, que discurría a lo largo del río Humboldt, pasaba hacia el norte durante varias millas junto a sus orillas; luego giraba hacia el este, y se mantenía junto al río hasta llegar a la cordillera de Humboldt, casi en el límite oriental de Nevada.

Después de haber desayunado, míster Fogg y sus acompañantes volvieron a ocupar sus lugares en el coche, y observaron el variado paisaje que se desplegaba a medida que pasaban por las vastas praderas, las montañas que se alineaban en el horizonte, y los arroyos, con sus espumosos riachuelos. A veces, una gran manada de búfalos, que se agrupaba a lo lejos, parecía un dique móvil. Estas innumerables multitudes de bestias rumiantes forman a menudo un obstáculo insuperable para el paso de los trenes; se han visto miles de ellos pasando por la vía durante horas, en filas compactas. La locomotora se ve entonces obligada a detenerse y esperar hasta que la vía vuelva a estar despejada.

Esto le ocurrió, en efecto, al tren en el que viajaba el señor Fogg. Alrededor de las doce, una tropa de diez o doce mil cabezas de búfalo estorbaba en la vía. La locomotora, disminuyendo su velocidad, trató de despejar el camino con su cazador de vacas, pero la masa de animales era demasiado grande. Los búfalos avanzaban con paso tranquilo, emitiendo de

vez en cuando ensordecedores bramidos. Era inútil interrumpirlos, pues, habiendo tomado una dirección determinada, nada puede moderar y cambiar su curso; es un torrente de carne viva que ninguna presa podría contener.

Los viajeros contemplaron este curioso espectáculo desde los andenes; pero Phileas Fogg, que era el que tenía más motivos para tener prisa, permaneció en su asiento y esperó filosóficamente hasta que los búfalos se apartaran del camino.

Picaporte estaba furioso por el retraso que provocaban y deseaba descargar su arsenal de revólveres sobre ellos.

"¡Qué país!", gritó. "¡El mero ganado detiene los trenes y pasa en procesión, como si no impidiera el viaje! ¡Parbleu! ¡Me gustaría saber si el señor Fogg previó *este* percance en su programa! Y he aquí un maquinista que no se atreve a hacer correr la locomotora hacia esta manada de bestias!"

El maquinista no intentó superar el obstáculo, y fue prudente. Habría aplastado a los primeros búfalos, sin duda, con el cazavacas; pero la locomotora, por muy potente que fuera, pronto se habría visto frenada, el tren se habría salido inevitablemente de la vía, y entonces no habría podido hacer nada.

Lo mejor era esperar pacientemente y recuperar el tiempo perdido con una mayor velocidad cuando se eliminara el obstáculo. La procesión de búfalos duró tres horas completas, y ya era de noche antes de que la pista estuviera despejada. Las últimas filas de la manada pasaban ahora por los raíles, mientras que las primeras ya habían desaparecido bajo el horizonte del sur.

Eran las ocho cuando el tren atravesó los desfiladeros de la cordillera de Humboldt, y las nueve y media cuando penetró en Utah, la región del Gran Lago Salado, la singular colonia de los mormones.

CAPÍTULO XXVII.

EN EL QUE PASSEPARTOUT RECORRE, A UNA VELOCIDAD DE VEINTE MILLAS POR HORA, UN CURSO DE HISTORIA MORMONA

Durante la noche del 5 de diciembre, el tren recorrió unas cincuenta millas en dirección sureste; luego subió una distancia igual en dirección noreste, hacia el Gran Lago Salado.

Passepartout, hacia las nueve, salió al andén para tomar el aire. El tiempo era frío, el cielo gris, pero no nevaba. El disco solar, agrandado por la niebla, parecía un enorme anillo de oro, y Picaporte se entretenía calculando su valor en libras esterlinas, cuando fue distraído de este interesante estudio por un personaje de aspecto extraño que hizo su aparición en el andén.

Este personaje, que había tomado el tren en Elko, era alto y moreno, con bigote negro, medias negras, sombrero de seda negro, chaleco negro, pantalones negros, corbata blanca y guantes de piel de perro. Podría haber sido tomado por un clérigo. Iba de un extremo a otro del tren y pegaba en la puerta de cada vagón un aviso escrito a mano.

Passepartout se acercó y leyó uno de estos avisos, en el que se decía que el anciano William Hitch, misionero mormón, aprovechando su presencia en el tren nº 48, daría una conferencia sobre el mormonismo en el vagón nº 117, de once a doce horas; y que invitaba a asistir a todos los que estuvieran deseosos de instruirse sobre los misterios de la religión de los "Santos de los Últimos Días".

"Iré", se dijo Picaporte. No sabía nada del mormonismo, salvo la costumbre de la poligamia, que es su fundamento.

La noticia se extendió rápidamente por el tren, que contenía un centenar de pasajeros, treinta de los cuales, como máximo, atraídos por el aviso, se instalaron en el vagón nº 117. Picaporte ocupó uno de los asientos delanteros. Ni el señor Fogg ni Fix se preocuparon de asistir.

A la hora señalada, el anciano William Hitch se levantó y, con voz irritada, como si ya hubiera sido contradicho, dijo: "Os digo que Joe Smith es un mártir, que su hermano Hiram es un mártir, y que las persecuciones

del Gobierno de los Estados Unidos contra los profetas harán también un mártir de Brigham Young. ¿Quién se atreve a decir lo contrario?"

Nadie se aventuró a rebatir al misionero, cuyo tono excitado contrastaba curiosamente con su rostro naturalmente tranquilo. Sin duda, su cólera se debía a las dificultades a las que estaban sometidos los mormones. El gobierno acababa de conseguir, con cierta dificultad, reducir a estos fanáticos independientes a su dominio. Se había hecho dueño de Utah, y había sometido ese territorio a las leyes de la Unión, después de encarcelar a Brigham Young acusado de rebelión y poligamia. Desde entonces, los discípulos del profeta redoblaron sus esfuerzos y resistieron, al menos con palabras, la autoridad del Congreso. El élder Hitch, como se ve, estaba tratando de hacer prosélitos en los mismos trenes del ferrocarril.

Luego, enfatizando sus palabras con su voz fuerte y sus frecuentes gestos, relató la historia de los mormones desde los tiempos bíblicos: cómo, en Israel, un profeta mormón de la tribu de José publicó los anales de la nueva religión, y los legó a su hijo Mormón; cómo, muchos siglos después, una traducción de este precioso libro, que estaba escrito en egipcio, fue realizada por José Smith, hijo, un granjero de Vermont, que se reveló como un profeta místico en 1825; y cómo, en definitiva, el mensajero celestial se le apareció en un bosque iluminado, y le entregó los anales del Señor.

Varios de los asistentes, al no estar muy interesados en la narración del misionero, abandonaron el coche; pero el anciano Hitch, continuando su conferencia, relató cómo Smith, hijo, con su padre, dos hermanos y unos pocos discípulos, fundó la iglesia de los "Santos de los Últimos Días", que, adoptada no sólo en América, sino también en Inglaterra, Noruega y Suecia, y Alemania, cuenta entre sus miembros con muchos artesanos, así como con hombres dedicados a las profesiones liberales; cómo se estableció una colonia en Ohio, se erigió allí un templo con un coste de doscientos mil dólares y se construyó una ciudad en Kirkland; cómo Smith se convirtió en un banquero emprendedor y recibió de un simple exhibidor de momias un rollo de papiro escrito por Abraham y varios egipcios famosos.

El relato del Anciano se hizo algo cansino y su público fue disminuyendo hasta reducirse a veinte pasajeros. Pero esto no desconcertó al entusiasta, que prosiguió con la historia de la bancarrota de José Smith en 1837, y de cómo sus acreedores arruinados le dieron un abrigo de alquitrán y plumas; su reaparición algunos años después, más honorable y honrado que nunca, en Independence, Missouri, jefe de una floreciente colonia de tres mil discípulos, y su persecución desde allí por parte de gentiles ultrajados, y su retiro en el Lejano Oeste.

Ahora sólo quedaban diez oyentes, entre ellos el honrado Picaporte, que escuchaba con todos sus oídos. Así se enteró de que, después de largas persecuciones, Smith reapareció en Illinois, y en 1839 fundó una comunidad en Nauvoo, a orillas del Mississippi, que contaba con veinticinco mil almas, de la que llegó a ser alcalde, presidente del tribunal y

general en jefe; que se anunció, en 1843, como candidato a la Presidencia de los Estados Unidos; y que, finalmente, al caer en una emboscada en Carthage, fue arrojado a la cárcel y asesinado por una banda de hombres disfrazados con máscaras.

Passepartout era ahora la única persona que quedaba en el vagón, y el Anciano, mirándole de frente, le recordó que, dos años después del asesinato de José Smith, el inspirado profeta, Brigham Young, su sucesor, abandonó Nauvoo para dirigirse a las orillas del Gran Lago Salado, donde, en medio de aquella fértil región, directamente en la ruta de los emigrantes que cruzaban Utah camino de California, la nueva colonia, gracias a la poligamia practicada por los mormones, había florecido más allá de las expectativas.

"Y esto", añadió el anciano William Hitch, "¡por eso se han despertado los celos del Congreso contra nosotros! ¿Por qué los soldados de la Unión han invadido el suelo de Utah? ¿Por qué se ha encarcelado a Brigham Young, nuestro jefe, en desprecio de toda justicia? ¿Cederemos a la fuerza? Jamás. Expulsados de Vermont, expulsados de Illinois, expulsados de Ohio, expulsados de Missouri, expulsados de Utah, aún encontraremos algún territorio independiente en el que plantar nuestras tiendas. Y tú, hermano mío -continuó el anciano, fijando sus ojos furiosos en su único auditor-, ¿no plantarás allí también la tuya, bajo la sombra de nuestra bandera?"

"¡No!", respondió valientemente Picaporte, retirándose a su vez del vagón y dejando que el anciano predicara a la vacante.

Durante la conferencia, el tren había progresado mucho, y hacia las doce y media llegó a la frontera noroeste del Gran Lago Salado. Desde allí los pasajeros pudieron observar la gran extensión de este mar interior, que también se llama Mar Muerto, y en el que desemboca un Jordán americano. Es una extensión pintoresca, enmarcada en elevados riscos en grandes estratos, incrustados con sal blanca, una soberbia lámina de agua que antiguamente era de mayor extensión que ahora, ya que sus orillas han invadido con el paso del tiempo, reduciendo así su anchura y aumentando su profundidad.

El Lago Salado, de setenta millas de largo y treinta y cinco de ancho, está situado a tres millas y ochocientos pies sobre el mar. Muy diferente del lago Asphaltite, cuya depresión está a mil doscientos pies por debajo del mar, contiene una cantidad considerable de sal, y una cuarta parte del peso de su agua es materia sólida, siendo su peso específico de 1.170 y, después de ser destilado, de 1.000. Los peces son, por supuesto, incapaces de vivir en ella, y los que descienden por el Jordán, el Weber y otros arroyos perecen pronto.

El país que rodeaba el lago estaba bien cultivado, pues los mormones son en su mayoría agricultores; mientras que ranchos y corrales para animales domésticos, campos de trigo, maíz y otros cereales, praderas exuberantes, setos de rosas silvestres, macizos de acacias y hierba de leche, se habrían

visto seis meses después. Ahora el suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve.

El tren llegó a Ogden a las dos de la tarde, donde descansó durante seis horas; el señor Fogg y su grupo tuvieron tiempo de hacer una visita a Salt Lake City, conectada con Ogden por un ramal; y pasaron dos horas en esta ciudad sorprendentemente americana, construida según el modelo de otras ciudades de la Unión, como un tablero de damas, "con la sombría tristeza de los ángulos rectos", como lo expresa Víctor Hugo. El fundador de la Ciudad de los Santos no pudo sustraerse al gusto por la simetría que distingue a los anglosajones. En este extraño país, donde la gente no está ciertamente a la altura de sus instituciones, todo se hace "a escuadra": ciudades, casas y locuras.

A las tres de la tarde, los viajeros paseaban por las calles de la ciudad construida entre las orillas del Jordán y las estribaciones de la cordillera de Wahsatch. Vieron pocas o ninguna iglesia, pero la mansión del profeta, el juzgado y el arsenal, casas de ladrillo azul con verandas y porches, rodeadas de jardines bordeados de acacias, palmeras y langostas. Un muro de arcilla y guijarros, construido en 1853, rodeaba la ciudad; y en la calle principal estaban el mercado y varios hoteles adornados con pabellones. El lugar no parecía densamente poblado. Las calles estaban casi desiertas, excepto en las inmediaciones del templo, al que sólo se llegaba después de haber atravesado varios barrios rodeados de empalizadas. Había muchas mujeres, lo que se explicaba fácilmente por la "institución peculiar" de los mormones; pero no debe suponerse que todos los mormones sean polígamos. Son libres de casarse o no, según les plazca; pero cabe señalar que son principalmente las ciudadanas de Utah las que están ansiosas por casarse, ya que, según la religión mormona, las damas solteras no son admitidas a la posesión de sus más altos gozos. Estas pobres criaturas no parecían estar bien ni ser felices. Algunas -las más acomodadas, sin duda- llevaban vestidos cortos y abiertos de seda negra, bajo una capucha o un modesto chal; otras iban vestidas a la manera india.

Picaporte no podía contemplar sin cierto espanto a estas mujeres, encargadas, en grupo, de conferir la felicidad a un solo mormón. Su sentido común compadecía, sobre todo, al marido. Le parecía una cosa terrible tener que guiar a tantas esposas a la vez a través de las vicisitudes de la vida, y conducirlas, por así decirlo, en cuerpo al paraíso mormón con la perspectiva de verlas en compañía del glorioso Smith, que sin duda era el principal ornamento de aquel delicioso lugar, para toda la eternidad. Se sintió decididamente repelido por tal vocación, e imaginó -quizá se equivocó- que las bellas de Salt Lake City lanzaban miradas bastante alarmantes sobre su persona. Afortunadamente, su estancia allí fue breve. A las cuatro, el grupo se encontró de nuevo en la estación, ocupó su lugar en el tren y sonó el silbato para partir. Sin embargo, justo en el momento en

que las ruedas de la locomotora empezaron a moverse, se oyeron gritos de "¡Para!

Los trenes, como el tiempo y la marea, no se detienen por nadie. El caballero que lanzó los gritos era evidentemente un mormón tardío. Estaba sin aliento por la carrera. Afortunadamente para él, la estación no tenía ni puertas ni barreras. Se precipitó a lo largo de la vía, saltó al andén trasero del tren y cayó, exhausto, en uno de los asientos.

Picaporte, que había estado observando ansiosamente a este gimnasta aficionado, se acercó a él con vivo interés, y se enteró de que había emprendido la huida tras una desagradable escena doméstica.

Cuando el mormón recobró el aliento, Picaporte se aventuró a preguntarle cortésmente cuántas esposas tenía, pues, por la forma en que se había retirado, podía pensarse que tenía al menos veinte.

"Una, señor", respondió el mormón, levantando los brazos hacia el cielo - "¡una, y fue suficiente!"

CAPÍTULO XXVIII.

EN EL QUE PASSEPARTOUT NO CONSIGUE HACER ENTRAR EN RAZÓN A NADIE

El tren, al dejar el Gran Lago Salado en Ogden, pasó hacia el norte durante una hora hasta el río Weber, habiendo completado casi 900 millas desde San Francisco. Desde este punto tomó una dirección hacia el este, hacia las escarpadas montañas Wahsatch. Fue en el tramo comprendido entre esta cordillera y las Montañas Rocosas donde los ingenieros americanos encontraron las más formidables dificultades para el tendido de la carretera, y donde el gobierno concedió una subvención de cuarenta y ocho mil dólares por milla, en lugar de los dieciséis mil permitidos para el trabajo realizado en las llanuras. Pero los ingenieros, en lugar de violar la naturaleza, evitaron sus dificultades serpenteando, en lugar de penetrar en las rocas. Un solo túnel, de catorce mil pies de longitud, fue perforado para llegar a la gran cuenca.

Hasta ese momento, la vía había alcanzado su máxima elevación en el Gran Lago Salado. Desde este punto describía una larga curva, descendiendo hacia el valle de Bitter Creek, para volver a subir hasta la cresta divisoria de las aguas entre el Atlántico y el Pacífico. Había muchos arroyos en esta región montañosa, y era necesario cruzar Muddy Creek, Green Creek y otros, sobre alcantarillas.

Picaporte se impacientaba cada vez más a medida que avanzaban, mientras que Fix anhelaba salir de esta difícil región, y estaba más ansioso que el propio Phileas Fogg por estar más allá del peligro de los retrasos y accidentes, y pisar suelo inglés.

A las diez de la noche el tren se detuvo en la estación de Fort Bridger, y veinte minutos más tarde entró en el territorio de Wyoming, siguiendo todo el valle de Bitter Creek. Al día siguiente, 7 de diciembre, se detuvieron durante un cuarto de hora en la estación de Green River. La nieve había caído abundantemente durante la noche, pero, al estar mezclada con la lluvia, se había medio derretido y no interrumpió su avance. El mal tiempo, sin embargo, molestó a Picaporte, pues la acumulación de nieve, al bloquear las ruedas de los vagones, habría sido ciertamente fatal para el recorrido de Mister Fogg.

"¡Qué idea!", se dijo. "¿Por qué mi amo hizo este viaje en invierno? ¿No podía haber esperado a la buena estación para aumentar sus posibilidades?"

Mientras el digno francés estaba absorto en el estado del cielo y la depresión de la temperatura, Aouda experimentaba temores por una causa totalmente diferente.

Varios pasajeros se habían apeado en Green River, y caminaban arriba y abajo por los andenes; y entre ellos Aouda reconoció al coronel Stamp Proctor, el mismo que tan groseramente había insultado a Phileas Fogg en la reunión de San Francisco. No queriendo ser reconocida, la joven se apartó de la ventana, sintiéndose muy alarmada por su descubrimiento. Estaba encariñada con el hombre que, aunque con frialdad, le daba diariamente muestras de la más absoluta devoción. No comprendía, tal vez, la profundidad del sentimiento que le inspiraba su protector, que ella llamaba gratitud, pero que, aunque era inconsciente de ello, era en realidad más que eso. Su corazón se hundió cuando reconoció al hombre al que el señor Fogg deseaba, tarde o temprano, pedirle cuentas por su conducta. Era evidente que sólo el azar había traído al coronel Proctor en este tren; pero allí estaba, y era necesario, a toda costa, que Phileas Fogg no percibiera a su adversario.

Aouda aprovechó un momento en que el señor Fogg estaba dormido para decirles a Fix y a Passepartout a quién había visto.

"¡Ese Proctor en este tren!" gritó Fix. "Bueno, tranquilícese, señora; antes de que se arregle con el señor Fogg; ¡tiene que arreglárselas conmigo! Me parece que fui el más insultado de los dos".

"Y, además", añadió Passepartout, "me haré cargo de él, siendo coronel".

"Señor Fix", continuó Aouda, "el señor Fogg no permitirá que nadie lo venga. Dijo que volvería a América para encontrar a este hombre. Si viera al coronel Proctor, no podríamos evitar una colisión que podría tener resultados terribles. No debe verlo".

"Tenéis razón, señora -respondió Fix-; un encuentro entre ellos podría arruinar todo. Tanto si saliera victorioso como vencido, el señor Fogg se retrasaría, y..."

"Y", añadió Passepartout, "que jugaría el juego de los caballeros del Reform Club. Dentro de cuatro días estaremos en Nueva York. Pues bien, si mi amo no sale de este coche durante esos cuatro días, podemos esperar que la casualidad no le ponga cara a cara con ese maldito americano. Debemos, si es posible, evitar que se baje de él".

La conversación decayó. El señor Fogg acababa de despertarse y miraba por la ventana. Poco después, Picaporte, sin ser oído por su amo ni por Aouda, susurró al detective: "¿De verdad lucharías por él?".

"Haría cualquier cosa", respondió Fix, en un tono que delataba una voluntad decidida, "¡para que vuelva a vivir a Europa!".

Picaporte sintió que algo parecido a un escalofrío recorría su cuerpo, pero su confianza en su maestro se mantuvo intacta.

¿Había algún medio de retener al señor Fogg en el coche, para evitar un encuentro entre él y el coronel? No debía ser una tarea difícil, puesto que aquel caballero era naturalmente sedentario y poco curioso. El detective, por lo menos, parecía haber encontrado un medio; pues, después de algunos instantes, dijo a míster Fogg: "Son largas y lentas estas horas, señor, que estamos pasando en el ferrocarril."

"Sí", respondió el señor Fogg; "pero pasan".

"Tenías la costumbre de jugar al whist", reanudó Fix, "en los vapores".

"Sí; pero sería difícil hacerlo aquí. No tengo ni cartas ni socios".

"Oh, pero podemos comprar fácilmente algunas cartas, ya que se venden en todos los trenes americanos. Y en cuanto a los socios, si la señora juega..."

"Ciertamente, señor", respondió rápidamente Aouda; "entiendo el whist. Es parte de una educación inglesa".

"Yo mismo tengo algunas pretensiones de jugar un buen juego. Bueno, aquí estamos tres de nosotros, y un maniquí..."

"Como quiera, señor", contestó Phileas Fogg, encantado de retomar su pasatiempo favorito incluso en el ferrocarril.

Passepartout fue enviado en busca del mayordomo, y no tardó en regresar con dos barajas de cartas, algunos alfileres, fichas y un estante cubierto de tela.

El juego comenzó. Aouda entendía suficientemente bien el whist, e incluso recibió algunos cumplidos sobre su juego por parte del señor Fogg. En cuanto al detective, era simplemente un adepto, y digno de ser emparejado con su actual oponente.

"Ahora", pensó Picaporte, "lo tenemos. No se moverá".

A las once de la mañana el tren había llegado a la cresta divisoria de las aguas en el paso de Bridger, a siete mil quinientos veinticuatro pies sobre el nivel del mar, uno de los puntos más altos alcanzados por la vía al cruzar las Montañas Rocosas. Después de recorrer unas doscientas millas, los viajeros se encontraron por fin en una de esas vastas llanuras que se extienden hasta el Atlántico y que la naturaleza ha hecho tan propicias para el tendido del camino de hierro.

En la declinación de la cuenca atlántica aparecieron ya los primeros arroyos, ramales del río North Platte. Todo el horizonte septentrional y oriental estaba delimitado por la inmensa cortina semicircular que forma la porción meridional de las Montañas Rocosas, cuya cima más alta es el pico Laramie. Entre ésta y el ferrocarril se extendían vastas llanuras, abundantemente irrigadas. A la derecha se alzaban las estribaciones

inferiores de la masa montañosa que se extiende hacia el sur hasta las fuentes del río Arkansas, uno de los grandes afluentes del Missouri.

A las doce y media los viajeros divisaron por un instante el Fuerte Halleck, que comanda esa sección; y en unas pocas horas más se cruzaron las Montañas Rocosas. Había razones para esperar que ningún accidente marcara el viaje a través de este difícil país. La nieve había dejado de caer, y el aire se volvió fresco y frío. Grandes pájaros, asustados por la locomotora, se elevaron y volaron en la distancia. Ninguna bestia salvaje apareció en la llanura. Era un desierto en su inmensa desnudez.

Después de un cómodo desayuno, servido en el vagón, el señor Fogg y sus compañeros acababan de reanudar el juego del silbido, cuando se oyó un violento silbido y el tren se detuvo. Picaporte sacó la cabeza por la puerta, pero no vio nada que provocara el retraso; no se veía ninguna estación.

Aouda y Fix temieron que al señor Fogg se le ocurriera salir; pero aquel caballero se contentó con decir a su criado: "Mira qué pasa".

Passepartout se apresuró a salir del vagón. Treinta o cuarenta pasajeros habían descendido ya, entre ellos el coronel Stamp Proctor.

El tren se había detenido ante una señal roja que bloqueaba el paso. El maquinista y el revisor hablaban animadamente con un encargado de las señales, al que el jefe de estación de Medicine Bow, la siguiente parada, había enviado antes. Los pasajeros se acercaron y participaron en la discusión, en la que el coronel Proctor, con sus insolentes maneras, se hizo notar.

Passepartout, que se unió al grupo, oyó al encargado de las señales decir: "¡No! no pueden pasar. El puente de Medicine Bow es inestable y no soportaría el peso del tren".

Se trataba de un puente colgante tendido sobre unos rápidos, a una milla del lugar donde se encontraban. Según el encargado de las señales, estaba en un estado ruinoso, ya que varios de los cables de hierro estaban rotos, y era imposible arriesgarse a pasar. No exageró en absoluto el estado del puente. Puede darse por sentado que, a pesar de lo imprudentes que suelen ser los americanos, cuando son prudentes hay una buena razón para ello.

Picaporte, sin atreverse a informar a su amo de lo que había oído, escuchaba con los dientes apretados, inmóvil como una estatua.

"¡Hum!", gritó el coronel Proctor; "¿pero no vamos a quedarnos aquí, imagino, y echar raíces en la nieve?".

"Coronel", respondió el revisor, "hemos teleografiado a Omaha pidiendo un tren, pero no es probable que llegue a Medicine Bow en menos de seis horas".

"¡Seis horas!", gritó Passepartout.

"Desde luego", respondió el revisor, "además, tardaremos lo mismo en llegar a Medicine Bow a pie".

"Pero sólo está a una milla de aquí", dijo uno de los pasajeros.

"Sí, pero está al otro lado del río".

"¿Y no podemos cruzar eso en un bote?", preguntó el coronel.

"Eso es imposible. El arroyo está hinchado por las lluvias. Es un rápido, y tendremos que hacer un circuito de diez millas al norte para encontrar un vado".

El coronel lanzó una andanada de juramentos, denunciando a la compañía ferroviaria y al revisor; y Picaporte, que estaba furioso, no dejó de hacer causa común con él. En efecto, se trataba de un obstáculo que ni todos los billetes de su amo podían eliminar.

Hubo una decepción general entre los pasajeros, que, sin calcular el retraso, se vieron obligados a caminar quince millas por una llanura cubierta de nieve. Refunfuñaron y protestaron, y sin duda habrían atraído así la atención de Phileas Fogg si éste no hubiera estado completamente absorto en su juego.

Picaporte se dio cuenta de que no podía evitar contarle a su amo lo que había ocurrido, y, con la cabeza colgando, se estaba volviendo hacia el vagón, cuando el maquinista, un verdadero yanqui, llamado Forster, gritó: "Señores, quizás haya una manera, después de todo, de pasar."

"¿En el puente?", preguntó un pasajero.

"En el puente".

"¿Con nuestro tren?"

"Con nuestro tren".

Passepartout se detuvo en seco y escuchó con atención al ingeniero.

"Pero el puente es inseguro", instó el conductor.

"No importa", respondió Forster; "creo que poniendo la máxima velocidad podríamos tener una oportunidad de pasar".

"¡Al diablo!", murmuró Picaporte.

Pero varios de los pasajeros se sintieron inmediatamente atraídos por la propuesta del ingeniero, y el coronel Proctor estaba especialmente encantado, y encontró el plan muy factible. Contó historias sobre ingenieros que hacían saltar sus trenes sobre ríos sin puentes, poniendo todo el vapor; y muchos de los presentes se declararon de la opinión del ingeniero.

"Tenemos cincuenta posibilidades entre cien de pasar", dijo uno.

"¡Ochenta! ¡noventa!"

Picaporte estaba asombrado y, aunque estaba dispuesto a intentar cualquier cosa para pasar el Medicine Creek, pensó que el experimento propuesto era demasiado americano. "Además", pensó, "hay una forma aún más sencilla, ¡y no se le ocurre a ninguna de estas personas! Señor", dijo en

voz alta a uno de los pasajeros, "el plan del ingeniero me parece un poco peligroso, pero..."

"¡Ochenta posibilidades!", respondió el pasajero, dándole la espalda.

"Lo sé", dijo Passepartout, dirigiéndose a otro pasajero, "pero una simple idea..."

"Las ideas no sirven de nada", respondió el americano, encogiéndose de hombros, "ya que el ingeniero nos asegura que podemos pasar".

"Sin duda", instó Passepartout, "podemos pasar, pero tal vez sería más prudente..."

"¡Qué! ¡Prudente!", gritó el coronel Proctor, a quien esta palabra pareció excitar prodigiosamente. "¡A toda velocidad, no ve, a toda velocidad!"

"Ya lo sé, ya lo veo", repitió Picaporte; "pero sería, si no más prudente, ya que esa palabra le desagrada, al menos más natural..."

"¿Quién? ¿Qué? ¿Qué le pasa a este tipo?", gritaron varios.

El pobre hombre no sabía a quién dirigirse.

"¿Tienes miedo?", preguntó el coronel Proctor.

"¿Tengo miedo? Muy bien; ¡demostraré a esta gente que un francés puede ser tan americano como ellos!"

"¡Todos a bordo!", gritó el conductor.

"¡Sí, todos a bordo!", repitió Picaporte, e inmediatamente. "¡Pero no pueden evitar que piense que sería más natural que cruzáramos el puente a pie, y que el tren viniera después!"

Pero nadie escuchó esta sabia reflexión, ni nadie habría reconocido su justicia. Los pasajeros volvieron a ocupar sus lugares en los vagones. Picaporte tomó asiento sin contar lo que había pasado. Los silbadores estaban muy absortos en su juego.

La locomotora silbó vigorosamente; el maquinista, invirtiendo el vapor, hizo retroceder el tren durante casi una milla, retrocediendo, como un saltador, para dar un salto más largo. Luego, con otro silbido, comenzó a avanzar; el tren aumentó su velocidad, y pronto su rapidez se hizo espantosa; un prolongado chirrido salió de la locomotora; el pistón trabajaba arriba y abajo a veinte golpes por segundo. Se dieron cuenta de que todo el tren, que avanzaba a una velocidad de cien millas por hora, apenas se apoyaba en los raíles.

¡Y pasaron por encima! Fue como un flash. Nadie vio el puente. El tren saltó, por así decirlo, de una orilla a la otra, y el maquinista no pudo detenerlo hasta que hubo pasado cinco millas más allá de la estación. Pero apenas el tren había pasado el río, cuando el puente, completamente arruinado, cayó con estrépito en los rápidos del Medicine Bow.

CAPÍTULO XXIX.

EN EL QUE SE NARRAN CIERTOS INCIDENTES QUE SÓLO SE DAN EN LOS FERROCARRILES AMERICANOS

El tren siguió su curso, aquella tarde, sin interrupción, pasando por Fort Saunders, cruzando el paso de Cheyne y llegando al paso de Evans. El camino alcanzó aquí la mayor elevación del viaje, ocho mil noventa y dos pies sobre el nivel del mar. Ahora los viajeros sólo tenían que descender al Atlántico por llanuras ilimitadas, niveladas por la naturaleza. Un ramal del "gran tronco" conducía hacia el sur hasta Denver, la capital de Colorado. El país que lo rodea es rico en oro y plata, y más de cincuenta mil habitantes ya están asentados allí.

Desde San Francisco habían recorrido mil trescientas ochenta y dos millas, en tres días y tres noches; cuatro días y noches más les llevarían probablemente a Nueva York. Phileas Fogg no se había quedado atrás.

Durante la noche pasaron el campamento Walbach a la izquierda; el arroyo Lodge Pole corría paralelo a la carretera, marcando el límite entre los territorios de Wyoming y Colorado. Entraron en Nebraska a las once, pasaron cerca de Sedgwick y tocaron en Julesburg, en el brazo sur del río Platte.

Fue aquí donde el 23 de octubre de 1867 el ingeniero jefe, el general Dodge, inauguró el ferrocarril Union Pacific. Dos potentes locomotoras, que transportaban nueve vagones con invitados, entre los que se encontraba Thomas C. Durant, vicepresidente de la compañía, se detuvieron en este punto; se lanzaron vítores, los sioux y los pawnees representaron una batalla india de imitación, se lanzaron fuegos artificiales y se imprimió el primer número del *Railway Pioneer* en una imprenta llevada en el tren. Así se celebró la inauguración de este gran ferrocarril, un poderoso instrumento de progreso y civilización, lanzado a través del desierto, y destinado a unir ciudades y pueblos que aún no existen. El silbido de la locomotora, más potente que la lira de Anfión, estaba a punto de ordenarles que se levantaran del suelo americano.

El fuerte McPherson quedó atrás a las ocho de la mañana, y aún había que recorrer trescientas cincuenta y siete millas antes de llegar a Omaha. La carretera seguía las caprichosas curvas del brazo sur del río Platte, en su orilla izquierda. A las nueve el tren se detuvo en la importante ciudad de

North Platte, construida entre los dos brazos del río, que se vuelven a unir en torno a él y forman una sola arteria, un gran afluente, cuyas aguas desembocan en el Missouri un poco más arriba de Omaha.

Se pasó el centésimo primer meridiano.

El señor Fogg y sus compañeros habían reanudado su juego; nadie -ni siquiera el muñeco- se quejaba de la duración del viaje. Fix había comenzado ganando varias guineas, que parecía que iba a perder; pero se mostró como un jugador de silbatos no menos entusiasta que el señor Fogg. Durante la mañana, el azar favoreció claramente a aquel caballero. Los triunfos y los honores cayeron sobre sus manos.

Una vez, habiendo resuelto un golpe audaz, estaba a punto de jugar una pica, cuando una voz detrás de él dijo: "Debería jugar un diamante".

El señor Fogg, Aouda y Fix levantaron la cabeza y contemplaron al coronel Proctor.

Stamp Proctor y Phileas Fogg se reconocieron enseguida.

"¡Ah! es usted, ¿verdad, inglés?", gritó el coronel; "¿es usted quien va a jugar a la pala!".

"Y quién lo juega", respondió Phileas Fogg con frialdad, arrojando el diez de picas.

"Bueno, me complace tenerlo diamantes", respondió el Coronel Proctor, en un tono insolente.

Hizo un movimiento como para coger la carta que se acababa de jugar, y añadió: "No entiendes nada de whist".

"Tal vez sí, así como otro", dijo Phileas Fogg, levantándose.

"Sólo tienes que intentarlo, hijo de John Bull", respondió el coronel.

Aouda se puso pálida y se le heló la sangre. Agarró el brazo del señor Fogg y tiró suavemente de él hacia atrás. Picaporte estaba dispuesto a abalanzarse sobre el americano, que miraba insolentemente a su adversario. Pero Fix se levantó y, dirigiéndose al coronel Proctor, le dijo: "Olvida usted que es conmigo con quien tiene que vérselas, señor; pues fue a mí a quien no sólo insultó, sino que golpeó."

"Señor Fix", dijo el señor Fogg, "perdóneme, pero este asunto es mío, y sólo mío. El coronel me ha vuelto a insultar, insistiendo en que no juegue a la pala, y me dará una satisfacción por ello."

"Cuando y donde quieras", respondió el americano, "y con el arma que quieras".

Aouda intentó en vano retener al señor Fogg; como en vano se esforzó el detective en hacer suya la disputa. Picaporte quiso arrojar al coronel por la ventanilla, pero una señal de su amo lo detuvo. Phileas Fogg salió del vagón, y el americano le siguió hasta el andén. "Señor -dijo el señor Fogg a su adversario-, tengo mucha prisa por volver a Europa, y cualquier retraso me perjudicará mucho".

"Bueno, ¿qué es eso para mí?" respondió el Coronel Proctor.

"Señor", dijo el señor Fogg, muy cortésmente, "después de nuestro encuentro en San Francisco, decidí regresar a América y encontrarlo a usted tan pronto como hubiera terminado los negocios que me llamaron a Inglaterra".

"¡De verdad!"

"¿Piensa convocar una reunión para dentro de seis meses?"

"¿Por qué no dentro de diez años?"

"Yo digo que seis meses", respondió Phileas Fogg; "y estaré en el lugar de encuentro puntualmente".

"Todo esto es una evasión", gritó Stamp Proctor. "¡Ahora o nunca!"

"Muy bien. ¿Vas a ir a Nueva York?"

"No."

"¿A Chicago?"

"No."

"¿A Omaha?"

"¿Qué diferencia hay para ti? ¿Conoces Plum Creek?"

"No", respondió el Sr. Fogg.

"Es la siguiente estación. El tren llegará allí en una hora, y se detendrá allí diez minutos. En diez minutos podrían intercambiarse varios disparos de revólver".

"Muy bien", dijo el Sr. Fogg. "Me detendré en Plum Creek".

"Y supongo que tú también te quedarás allí", añadió el americano con insolencia.

"¿Quién sabe?", respondió el señor Fogg, volviendo al coche con la misma frialdad de siempre. Comenzó a tranquilizar a Aouda, diciéndole que nunca había que temer a los fanfarrones, y rogó a Fix que fuera su segundo en el duelo que se avecinaba, petición que el detective no pudo rechazar. El señor Fogg reanudó el interrumpido juego con perfecta tranquilidad.

A las once, el silbato de la locomotora anunció que se acercaban a la estación de Plum Creek. El señor Fogg se levantó y, seguido por Fix, salió al andén. Passepartout le acompañó, llevando un par de revólveres. Aouda permaneció en el vagón, tan pálido como la muerte.

La puerta del siguiente vagón se abrió, y el Coronel Proctor apareció en el andén, asistido por un yanqui de su misma estampa como su segundo. Pero justo cuando los combatientes se disponían a bajar del tren, el revisor se apresuró a gritar: "¡No pueden bajar, señores!".

"¿Por qué no?", preguntó el coronel.

"Llevamos veinte minutos de retraso y no vamos a parar".

"Pero voy a batirme en duelo con este caballero".

"Lo siento", dijo el revisor, "pero saldremos enseguida. Ahora está sonando la campana".

El tren se puso en marcha.

"Lo siento mucho, señores", dijo el revisor. "En cualquier otra circunstancia me habría complacido complacerles. Pero, después de todo, ya que no han tenido tiempo de luchar aquí, ¿por qué no luchar sobre la marcha?"

"Eso no sería conveniente, tal vez, para este caballero", dijo el coronel, en tono burlón.

"Sería perfectamente así", respondió Phileas Fogg.

"Bueno, realmente estamos en América", pensó Passepartout, "¡y el revisor es un caballero de primer orden!".

Así que, murmurando, siguió a su maestro.

Los dos combatientes, sus segundos y el revisor pasaron por los vagones hacia la parte trasera del tren. El último vagón sólo estaba ocupado por una docena de pasajeros, a los que el revisor pidió amablemente que tuvieran la amabilidad de dejarlo libre durante unos momentos, ya que dos caballeros tenían que resolver un asunto de honor. Los pasajeros accedieron a la petición con presteza, y enseguida desaparecieron en el andén.

El vagón, de unos quince metros de largo, era muy conveniente para su propósito. Los adversarios podían marchar el uno sobre el otro en el pasillo, y disparar a gusto. Nunca fue más fácil organizar un duelo. El señor Fogg y el coronel Proctor, provistos cada uno de dos revólveres de seis cañones, entraron en el vagón. Los segundos, que permanecían fuera, los encerraron. Debían comenzar a disparar al primer silbido de la locomotora. Después de un intervalo de dos minutos, lo que quedaba de los dos caballeros sería sacado del vagón.

Nada podía ser más sencillo. En efecto, todo era tan sencillo que Fix y Passepartout sintieron que sus corazones latían como si fueran a romperse. Estaban escuchando el silbato convenido, cuando de repente resonaron en el aire gritos salvajes, acompañados de informes que ciertamente no salían del vagón donde estaban los duelistas. Los gritos continuaron delante y a lo largo de todo el tren. Gritos de terror procedían del interior de los vagones.

El coronel Proctor y el señor Fogg, revólveres en mano, abandonaron apresuradamente su prisión y se precipitaron hacia donde el ruido era más clamoroso. Entonces percibieron que el tren era atacado por una banda de sioux.

Este no era el primer intento de estos atrevidos indios, ya que más de una vez habían asaltado trenes en la carretera. Un centenar de ellos, según su costumbre, había saltado a la vía sin detener el tren, con la facilidad de un payaso que monta un caballo a todo galope.

Los sioux estaban armados con pistolas, de las que salieron los informes, a los que los pasajeros, que estaban casi todos armados, respondieron con disparos de revólver.

Los indios habían subido primero a la locomotora y habían dejado medio aturridos al maquinista y al fogonero con los golpes de sus mosquetes. Un jefe sioux, deseando detener el tren, pero sin saber manejar el regulador, había abierto de par en par la válvula de vapor en lugar de cerrarla, y la locomotora se precipitaba hacia delante a una velocidad tremenda.

Los sioux habían invadido al mismo tiempo los vagones, saltando como monos enfurecidos sobre los techos, abriendo de golpe las puertas y luchando cuerpo a cuerpo con los pasajeros. Penetrando en el vagón de equipaje, lo saquearon, arrojando los baúles fuera del tren. Los gritos y los disparos eran constantes. Los viajeros se defendieron valientemente; algunos de los vagones fueron atrincherados y soportaron un asedio, como fortalezas móviles, llevadas a una velocidad de cien millas por hora.

Aouda se comportó valientemente desde el primer momento. Se defendió como una verdadera heroína con un revólver, que disparaba a través de las ventanas rotas cada vez que un salvaje hacía su aparición. Veinte sioux habían caído mortalmente heridos al suelo, y las ruedas aplastaban a los que caían sobre los raíles como si fueran gusanos. Varios pasajeros, heridos de bala o aturridos, yacían en los asientos.

Era necesario poner fin a la lucha, que había durado diez minutos, y que resultaría en el triunfo de los sioux si no se detenía el tren. La estación de Fort Kearney, donde había una guarnición, estaba a sólo dos millas de distancia; pero, una vez pasada, los sioux serían dueños del tren entre Fort Kearney y la estación más allá.

El revisor estaba luchando junto al Sr. Fogg, cuando le dispararon y cayó. En el mismo momento gritó: "¡A menos que el tren se detenga en cinco minutos, estamos perdidos!"

"Se detendrá", dijo Phileas Fogg, preparándose para salir corriendo del coche.

"Quédese, monsieur", gritó Picaporte; "yo iré".

El señor Fogg no tuvo tiempo de detener al valiente compañero, quien, abriendo una puerta sin que los indios lo percibieran, logró deslizarse por debajo del vagón; y mientras la lucha continuaba y las bolas zumbaban unas sobre otras por encima de su cabeza, hizo uso de su vieja experiencia acrobática, y con asombrosa agilidad se abrió paso por debajo de los vagones, agarrándose a las cadenas, ayudándose de los frenos y de los bordes de las fajas, arrastrándose de un vagón a otro con maravillosa habilidad, y ganando así el extremo delantero del tren.

Allí, suspendido con una mano entre el vagón de equipaje y el ténder, aflojó con la otra las cadenas de seguridad; pero, debido a la tracción, nunca habría conseguido desenroscar la barra de enganche, si una violenta

conmoción no la hubiera sacudido. El tren, ahora separado de la locomotora, se quedó un poco atrás, mientras la locomotora avanzaba con mayor velocidad.

Llevado por la fuerza ya adquirida, el tren siguió moviéndose durante varios minutos; pero se accionaron los frenos y por fin se detuvieron, a menos de cien metros de la estación de Kearney.

Los soldados del fuerte, atraídos por los disparos, se apresuraron a subir; los sioux no los esperaban, y huyeron en masa antes de que el tren se detuviera por completo.

Pero cuando los pasajeros se contaron en el andén de la estación, varios desaparecieron; entre otros, el valiente francés, cuya devoción acababa de salvarlos.

CAPÍTULO XXX.

EN EL QUE PHILEAS FOGG SIMPLEMENTE CUMPLE CON SU DEBER

Tres pasajeros, incluido Passepartout, habían desaparecido. ¿Habían muerto en la lucha? ¿Fueron tomados como prisioneros por los sioux? Era imposible saberlo.

Hubo muchos heridos, pero ninguno mortal. El Coronel Proctor fue uno de los más gravemente heridos; había luchado valientemente, y una bala le había entrado en la ingle. Lo llevaron a la estación con los demás pasajeros heridos, para que recibiera la atención que pudiera ser útil.

Aouda estaba a salvo; y Phileas Fogg, que había estado en lo más duro de la lucha, no había recibido ni un rasguño. Fix estaba ligeramente herido en el brazo. Pero Picaporte no aparecía, y las lágrimas corrían por las mejillas de Aouda.

Todos los pasajeros habían salido del tren, cuyas ruedas estaban manchadas de sangre. De los neumáticos y los radios colgaban trozos de carne desgarrados. Hasta donde alcanzaba la vista en la llanura blanca de atrás, se veían sendas rojas. Los últimos sioux estaban desapareciendo en el sur, a lo largo de las orillas del río Republicano.

El señor Fogg, con los brazos cruzados, permaneció inmóvil. Tenía que tomar una seria decisión. Aouda, de pie cerca de él, le miró sin hablar, y él comprendió su mirada. Si su criado estaba prisionero, ¿no debía arriesgarlo todo para rescatarlo de los indios? "Lo encontraré, vivo o muerto", dijo en voz baja a Aouda.

"¡Ah, señor... señor Fogg!", gritó ella, estrechando sus manos y cubriéndolas de lágrimas.

"Vivir", añadió el señor Fogg, "si no perdemos un momento".

Phileas Fogg, con esta resolución, se sacrificó inevitablemente; pronunció su propia perdición. El retraso de un solo día le haría perder el vapor en Nueva York, y su apuesta estaría ciertamente perdida. Pero como pensó: "Es mi deber", no dudó.

El oficial al mando de Fort Kearney estaba allí. Un centenar de sus soldados se habían colocado en posición de defender la estación, en caso de que los sioux la atacaran.

"Señor", dijo el señor Fogg al capitán, "tres pasajeros han desaparecido".

"¿Muerto?", preguntó el capitán.

"Muertos o prisioneros; esa es la incertidumbre que hay que resolver. ¿Propone usted perseguir a los sioux?"

"Eso es algo serio, señor", respondió el capitán. "Estos indios pueden retirarse más allá del Arkansas, y no puedo dejar el fuerte sin protección".

"Las vidas de tres hombres están en cuestión, señor", dijo Phileas Fogg.

"Sin duda; pero ¿puedo arriesgar la vida de cincuenta hombres para salvar a tres?"

"No sé si puede, señor; pero debería hacerlo".

"Nadie aquí", respondió el otro, "tiene derecho a enseñarme mi deber".

"Muy bien", dijo el señor Fogg, con frialdad. "Iré solo".

"¡Usted, señor!", gritó Fix, acercándose; "¿va solo en persecución de los indios?"

"¿Quieres que deje perecer a este pobre hombre, al que todos los presentes le deben la vida? Me iré".

"No, señor, no irá usted solo", gritó el capitán, conmovido a su pesar. "¡No! Es usted un hombre valiente. Treinta voluntarios", añadió, dirigiéndose a los soldados.

Toda la compañía se puso en marcha de inmediato. El capitán sólo tenía que elegir a sus hombres. Se eligieron treinta, y se puso a un viejo sargento a la cabeza.

"Gracias, capitán", dijo el Sr. Fogg.

"¿Me dejarás ir contigo?", preguntó Fix.

"Haga lo que quiera, señor. Pero si quieres hacerme un favor, te quedarás con Aouda. En caso de que me suceda algo..."

Una repentina palidez cubrió el rostro del detective. ¡Separarse del hombre al que había seguido tan insistentemente paso a paso! ¡Dejarle vagar por este desierto! Fix miró atentamente a míster Fogg, y, a pesar de sus sospechas y de la lucha que se libraba en su interior, bajó los ojos ante aquella mirada tranquila y franca.

"Me quedaré", dijo él.

Pocos instantes después, el señor Fogg apretó la mano de la joven y, tras confiarle su preciosa bolsa de alfombras, se marchó con el sargento y su pequeño pelotón. Pero, antes de partir, había dicho a los soldados: "Amigos míos, repartiré cinco mil dólares entre vosotros, si salvamos a los prisioneros".

Era entonces un poco más de mediodía.

Aouda se retiró a una sala de espera, y allí esperó sola, pensando en la sencilla y noble generosidad, en el tranquilo valor de Phileas Fogg. Había

sacrificado su fortuna, y ahora arriesgaba su vida, todo sin vacilar, por deber, en silencio.

Fix no tenía los mismos pensamientos, y apenas podía disimular su agitación. Caminó febrilmente de un lado a otro del andén, pero pronto recuperó su compostura exterior. Ahora se daba cuenta de la locura que había cometido al dejar que Fogg se fuera solo. Qué! Este hombre, al que acababa de seguir por todo el mundo, se permitía ahora separarse de él! Comenzó a acusarse y a maltratarse a sí mismo, y, como si fuera el director de la policía, se administró a sí mismo un buen sermón por su verborrea.

"¡He sido un idiota!", pensó, "y este hombre lo verá. Se ha ido y no volverá. ¿Pero cómo es que yo, Fix, que tengo en mi bolsillo una orden de arresto, me he dejado fascinar por él? Decididamente, ¡no soy más que un asno!"

Así razonaba el detective, mientras las horas pasaban con demasiada lentitud. No sabía qué hacer. A veces estaba tentado de contárselo todo a Aouda; pero no podía dudar de cómo recibiría la joven sus confidencias. ¿Qué camino debía tomar? Pensó en perseguir a Fogg a través de las vastas llanuras blancas; no parecía imposible que pudiera alcanzarlo. Los pasos se imprimían fácilmente en la nieve. Pero pronto, bajo una nueva hoja, toda huella se borraría.

Fix se desanimó. Sintió una especie de deseo insuperable de abandonar el juego por completo. Ahora podía dejar la estación de Fort Kearney y continuar su viaje de regreso a casa en paz.

Hacia las dos de la tarde, mientras nevaba con fuerza, se oyeron largos silbidos que se acercaban desde el este. Una gran sombra, precedida de una luz salvaje, avanzaba lentamente, pareciendo aún más grande a través de la niebla, que le daba un aspecto fantástico. No se esperaba ningún tren desde el este, ni había habido tiempo para que llegara el socorro solicitado por telégrafo; el tren de Omaha a San Francisco no debía llegar hasta el día siguiente. El misterio se explicó pronto.

La locomotora, que se acercaba lentamente con silbidos ensordecedores, era la que, habiéndose desprendido del tren, había continuado su ruta con tan terrible rapidez, llevándose al maquinista y al fogonero inconscientes. Había recorrido varias millas, cuando, al agotarse el fuego por falta de combustible, el vapor había disminuido; y finalmente se había detenido una hora después, unas veinte millas más allá de Fort Kearney. Ni el maquinista ni el fogonero estaban muertos, y, después de permanecer algún tiempo en su desmayo, habían vuelto en sí. El tren se había detenido entonces. El maquinista, cuando se encontró en el desierto, y la locomotora sin vagones, comprendió lo que había sucedido. No podía imaginar cómo la locomotora se había separado del tren; pero no dudaba de que el tren que había quedado atrás estaba en peligro.

No dudó en qué hacer. Sería prudente continuar hasta Omaha, ya que sería peligroso volver al tren, que los indios podrían estar todavía dedicados

a saquear. Sin embargo, comenzó a reconstruir el fuego en el horno; la presión volvió a aumentar, y la locomotora regresó, corriendo hacia atrás hasta Fort Kearney. Era ésta la que silbaba en la niebla.

Los viajeros se alegraron de que la locomotora volviera a ocupar su lugar en la cabeza del tren. Ahora podían continuar el viaje tan terriblemente interrumpido.

Aouda, al ver subir la locomotora, se apresuró a salir de la estación, y preguntó al revisor: "¿Va a arrancar?".

"Enseguida, señora".

"Pero los prisioneros, nuestros desafortunados compañeros de viaje..."

"No puedo interrumpir el viaje", respondió el revisor. "Ya llevamos tres horas de retraso".

"¿Y cuándo pasará aquí otro tren desde San Francisco?"

"Mañana por la noche, señora".

"¡Mañana por la noche! Pero entonces será demasiado tarde. Debemos esperar..."

"Es imposible", respondió el revisor. "Si desea ir, por favor, suba".

"No iré", dijo Aouda.

Fix había oído esta conversación. Poco antes, cuando ya no había perspectivas de proseguir el viaje, había tomado la decisión de abandonar Fort Kearney; pero ahora que el tren estaba allí, listo para partir, y que sólo tenía que ocupar su asiento en el vagón, una influencia irresistible lo retuvo. El andén de la estación le quemaba los pies y no podía moverse. El conflicto en su mente comenzó de nuevo; la ira y el fracaso lo sofocaron. Deseaba seguir luchando hasta el final.

Mientras tanto, los pasajeros y algunos de los heridos, entre ellos el coronel Proctor, cuyas heridas eran graves, habían ocupado sus puestos en el tren. Se oía el zumbido de la caldera sobrecalentada y el vapor se escapaba por las válvulas. El maquinista silbó, el tren se puso en marcha y pronto desapareció, mezclando su humo blanco con los remolinos de la nieve que caía densamente.

El detective se había quedado atrás.

Pasaron varias horas. El tiempo era lúgubre y hacía mucho frío. Fix se sentó inmóvil en un banco de la estación; podría haberse creído dormido. Aouda, a pesar de la tormenta, salía continuamente de la sala de espera, se dirigía al final del andén y miraba a través de la tempestad de nieve, como si quisiera atravesar la niebla que estrechaba el horizonte a su alrededor, y escuchar, si era posible, algún sonido de bienvenida. No oyó ni vio nada. Luego volvía, helada, para salir de nuevo después de unos instantes, pero siempre en vano.

Llegó la noche y la pequeña banda no había regresado. ¿Dónde podrían estar? ¿Habían encontrado a los indios, y estaban teniendo un conflicto con

ellos, o seguían vagando en medio de la niebla? El comandante del fuerte estaba ansioso, aunque trataba de ocultar sus temores. A medida que se acercaba la noche, la nieve caía menos abundantemente, pero el frío era intenso. Un silencio absoluto reinaba en las llanuras. Ni el vuelo de los pájaros ni el paso de las bestias perturbaban la perfecta calma.

Durante toda la noche, Aouda, llena de tristes presentimientos, con el corazón ahogado por la angustia, vagó por el borde de la llanura. Su imaginación la llevó muy lejos y le mostró innumerables peligros. Lo que sufrió durante las largas horas sería imposible de describir.

Fix permaneció inmóvil en el mismo lugar, pero no durmió. Una vez se acercó un hombre y le habló, y el detective se limitó a responder moviendo la cabeza.

Así transcurrió la noche. Al amanecer, el disco medio apagado del sol se alzaba sobre un horizonte brumoso; pero ya era posible reconocer objetos a dos millas de distancia. Phileas Fogg y la escuadra se habían ido hacia el sur; en el sur todo estaba todavía vacío. Eran entonces las siete.

El capitán, que estaba realmente alarmado, no sabía qué rumbo tomar.

¿Debe enviar otro destacamento al rescate del primero? ¿Debe sacrificar más hombres, con tan pocas posibilidades de salvar a los ya sacrificados? Sin embargo, su duda no duró mucho. Llamando a uno de sus tenientes, estaba a punto de ordenar un reconocimiento, cuando se oyeron disparos. ¿Era una señal? Los soldados se apresuraron a salir del fuerte, y a media milla de distancia percibieron una pequeña banda que regresaba en buen estado.

El señor Fogg marchaba a la cabeza, y justo detrás de él iban Picaporte y los otros dos viajeros, rescatados de los sioux.

Habían encontrado y combatido a los indios diez millas al sur de Fort Kearney. Poco antes de que llegara el destacamento, Picaporte y sus compañeros habían comenzado a luchar con sus captores, tres de los cuales el francés había abatido con sus puños, cuando su amo y los soldados se apresuraron a socorrerlos.

Todos fueron recibidos con gritos de alegría. Phileas Fogg distribuyó la recompensa que había prometido a los soldados, mientras Picaporte, no sin razón, murmuraba para sí mismo: "¡Hay que confesar que le costé caro a mi amo!"

Fix, sin decir una palabra, miró al señor Fogg, y hubiera sido difícil analizar los pensamientos que se debatían en su interior. En cuanto a Aouda, tomó la mano de su protector y la apretó en la suya, demasiado conmovida para hablar.

Mientras tanto, Picaporte buscaba el tren; pensaba que lo encontraría allí, listo para partir hacia Omaha, y esperaba poder recuperar el tiempo perdido.

"¡El tren! ¡El tren!", gritó.

"Se ha ido", respondió Fix.

"¿Y cuándo pasa el próximo tren por aquí?", dijo Phileas Fogg.

"No hasta esta noche".

"¡Ah!", respondió el impasible caballero en voz baja.

CAPÍTULO XXXI.

EN EL QUE FIX, EL DETECTIVE, FAVORECE CONSIDERABLEMENTE LOS INTERESES DE PHILEAS FOGG

Phileas Fogg se encontró con veinte horas de retraso. Passepartout, el causante involuntario de este retraso, estaba desesperado. Había arruinado a

En ese momento, el detective se acercó al señor Fogg y, mirándole fijamente a la cara, le dijo

"En serio, señor, ¿tiene mucha prisa?"

"Muy en serio".

"Tengo el propósito de preguntar", reanudó Fix. "¿Es absolutamente necesario que usted esté en Nueva York el día 11, antes de las nueve de la noche, hora en que sale el vapor para Liverpool?"

"Es absolutamente necesario".

"¿Y, si su viaje no hubiera sido

estaba sujeta una gran vela de bergantín. Este mástil sostenía un estay de hierro sobre el que se izaba una vela de foque. Detrás, una especie de timón servía para guiar el vehículo. Era, en definitiva, un trineo aparejado como un balandro. Durante el invierno, cuando los trenes están bloqueados por la nieve, estos trineos realizan viajes extremadamente rápidos a través de las llanuras heladas de una estación a otra. Provistos de más velas que un cúter, y con el viento a favor, se deslizan por la superficie de las praderas con una velocidad igual, si no superior, a la de los trenes expresos.

El señor Fogg se apresuró a negociar con el propietario de esta embarcación. El viento era favorable, pues era fresco y soplabla del oeste. La nieve se había endurecido, y Mudge estaba muy seguro de poder transportar al señor Fogg en pocas horas hasta Omaha. Desde allí, los trenes hacia el este circulan con frecuencia hasta Chicago y Nueva York. No era imposible recuperar el tiempo perdido, y una oportunidad así no debía ser rechazada.

No queriendo exponer a Aouda a las incomodidades del viaje al aire libre, el señor Fogg propuso dejarla con Picaporte en Fort Kearney, encargándose el criado de acompañarla a Europa por una ruta mejor y en condiciones más favorables. Pero Aouda se negó a separarse del señor Fogg, y Picaporte se alegró de su decisión, pues nada podía inducirle a dejar a su amo mientras Fix estuviera con él.

Sería difícil adivinar los pensamientos del detective. ¿Se había desvanecido esta convicción por el regreso de Phileas Fogg, o seguía considerándolo como un bribón sumamente astuto, que, terminado su viaje alrededor del mundo, se creía absolutamente seguro en Inglaterra? Tal vez la opinión de Fix sobre Phileas Fogg se había modificado un poco; pero, sin embargo, estaba resuelto a cumplir con su deber y a apresurar en lo posible el regreso de todo el grupo a Inglaterra.

A las ocho, el trineo estaba listo para partir. Los pasajeros ocuparon sus lugares en él y se envolvieron en sus capas de viaje. Se izaron las dos grandes velas y, bajo la presión del viento, el trineo se deslizó sobre la nieve endurecida a una velocidad de cuarenta millas por hora.

La distancia entre Fort Kearney y Omaha, a vuelo de pájaro, es como máximo de doscientas millas. Si el viento se mantuviera, la distancia podría recorrerse en cinco horas; si no ocurriera ningún accidente, el trineo podría llegar a Omaha a la una de la tarde.

¡Qué viaje! Los viajeros, acurrucados unos junto a otros, no podían hablar por el frío, intensificado por la rapidez con que avanzaban. El trineo avanzaba con la misma ligereza que un barco sobre las olas. Cuando la brisa llegaba rozando la tierra, el trineo parecía levantarse del suelo por sus velas. Mudge, que llevaba el timón, se mantenía en línea recta y, con un giro de la mano, controlaba los bandazos que el vehículo tendía a dar. Todas las velas estaban izadas, y el foque estaba dispuesto de tal manera que no tapaba el bergantín. Se izó un mástil y otro foque, que se mantenía al

viento, añadió su fuerza a las otras velas. Aunque la velocidad no podía calcularse con exactitud, el trineo no podía ir a menos de cuarenta millas por hora.

"Si no se rompe nada", dijo Mudge, "¡llegaremos allí!"

El señor Fogg había hecho por el interés de Mudge que llegara a Omaha en el tiempo acordado, mediante la oferta de una jugosa recompensa.

La pradera, por la que el trineo avanzaba en línea recta, era tan plana como un mar. Parecía un inmenso lago helado. El ferrocarril que atravesaba esta sección ascendía desde el suroeste al noroeste por Great Island, Columbus, una importante ciudad de Nebraska, Schuyler y Fremont, hasta Omaha. Seguía toda la orilla derecha del río Platte. El trineo, acortando esta ruta, tomó una cuerda del arco descrito por el ferrocarril. Mudge no temía ser detenido por el río Platte, porque estaba congelado. El camino, pues, estaba libre de obstáculos, y Phileas Fogg no tenía más que dos cosas que temer: un accidente del trineo y un cambio o una calma en el viento.

Pero la brisa, lejos de disminuir su fuerza, soplaba como si fuera a doblar el mástil, que, sin embargo, las amarras metálicas mantenían firmemente. Estas amarras, como los acordes de un instrumento de cuerda, resonaban como si las hiciera vibrar un arco de violín. El trineo se deslizaba en medio de una melodía lastimeramente intensa.

"Esos acordes dan la quinta y la octava", dijo el Sr. Fogg.

Estas fueron las únicas palabras que pronunció durante el viaje. Aouda, cómodamente envuelta en pieles y capas, se resguardó lo más posible de los ataques del viento helado. En cuanto a Picaporte, tenía la cara tan roja como el disco del sol cuando se pone en la niebla, y aspiraba trabajosamente el aire cortante. Con su natural ánimo animado, comenzó a tener esperanzas de nuevo. Llegarían a Nueva York en la tarde, si no en la mañana, del día 11, y todavía había algunas posibilidades de que fuera antes de que el vapor zarpara hacia Liverpool.

Picaporte sintió incluso un fuerte deseo de agarrar de la mano a su aliado Fix. Recordaba que había sido el detective quien había conseguido el trineo, único medio de llegar a tiempo a Omaha; pero, frenado por algún presentimiento, mantuvo su habitual reserva. Una cosa, sin embargo, nunca olvidaría Picaporte, y era el sacrificio que el señor Fogg había hecho, sin vacilar, para rescatarlo de los sioux. El señor Fogg había arriesgado su fortuna y su vida. ¡No! ¡Su criado nunca lo olvidaría!

Mientras cada uno de los integrantes del grupo estaba absorto en reflexiones tan diferentes, el trineo pasó volando sobre la vasta alfombra de nieve. No se percibían los arroyos por los que pasaba. Los campos y los arroyos desaparecían bajo la blancura uniforme. La llanura estaba absolutamente desierta. Entre la carretera Union Pacific y el ramal que une Kearney con Saint Joseph formaba una gran isla deshabitada. No aparecía ni pueblo, ni estación, ni fuerte. De vez en cuando pasaban junto a algún

árbol de aspecto fantasmal, cuyo esqueleto blanco se retorció y traqueteaba con el viento. A veces se alzaban bandadas de pájaros salvajes, o bandas de lobos de la pradera demacrados, famélicos y feroces corrían aullando tras el trineo. Picaporte, con el revólver en la mano, estaba preparado para disparar a los que se acercaban demasiado. Si el trineo hubiera sufrido un accidente, los viajeros, atacados por estas bestias, habrían corrido el más terrible peligro; pero el trineo mantuvo su curso uniforme, pronto ganó terreno a los lobos, y en poco tiempo dejó atrás a la banda de aulladores a una distancia segura.

Hacia el mediodía, Mudge percibió, por ciertos puntos de referencia, que estaba cruzando el río Platte. No dijo nada, pero se sintió seguro de que estaba ahora a menos de veinte millas de Omaha. En menos de una hora dejó el timón y enrolló las velas, mientras el trineo, llevado hacia adelante por el gran impulso que le había dado el viento, avanzaba media milla más con las velas sin desplegar.

Por fin se detuvo, y Mudge, señalando una masa de tejados blancos por la nieve, dijo: "¡Hemos llegado!"

¡Llegado! Llegado a la estación que está en comunicación diaria, por numerosos trenes, con la costa atlántica.

Picaporte y Fix bajaron de un salto, estiraron sus agarrotados miembros y ayudaron al señor Fogg y a la joven a descender del trineo. Phileas Fogg recompensó generosamente a Mudge, cuya mano estrechó calurosamente Picaporte, y el grupo dirigió sus pasos hacia la estación de ferrocarril de Omaha.

El ferrocarril del Pacífico propiamente dicho termina en esta importante ciudad de Nebraska. Omaha está conectada con Chicago por el Chicago and Rock Island Railroad, que corre directamente hacia el este, y pasa por cincuenta estaciones.

Un tren estaba listo para partir cuando el señor Fogg y su grupo llegaron a la estación, y sólo tuvieron tiempo de subir a los vagones. No habían visto nada de Omaha; pero Picaporte se confesó a sí mismo que esto no era de lamentar, ya que no viajaban para ver los lugares de interés.

El tren atravesó rápidamente el estado de Iowa, pasando por Council Bluffs, Des Moines e Iowa City. Durante la noche cruzó el Mississippi en Davenport, y por Rock Island entró en Illinois. Al día siguiente, el 10, a las cuatro de la tarde, llegó a Chicago, ya levantada de sus ruinas, y más orgullosamente asentada que nunca en las orillas de su hermoso lago Michigan.

Novecientas millas separaban Chicago de Nueva York; pero en Chicago no faltan los trenes. El señor Fogg pasó enseguida de uno a otro, y la locomotora del Pittsburgh, Fort Wayne, and Chicago Railway partió a toda velocidad, como si comprendiera perfectamente que aquel caballero no tenía tiempo que perder. Atravesó Indiana, Ohio, Pensilvania y Nueva

Jersey como un relámpago, pasando a toda velocidad por pueblos con nombres antiguos, algunos de los cuales tenían calles y vías para automóviles, pero todavía no tenían casas. Por fin se vio el Hudson y, a las once y cuarto de la noche del día 11, el tren se detuvo en la estación de la orilla derecha del río, ante el mismo muelle de la línea Cunard.

El "China", con destino a Liverpool, había partido tres cuartos de hora antes.

CAPÍTULO XXXII.

EN EL QUE PHILEAS FOGG ENTABLA UNA LUCHA DIRECTA CON LA MALA FORTUNA

El "China", al partir, parecía haberse llevado la última esperanza de Phileas Fogg. Ninguno de los otros vapores podía servir a sus proyectos. El "Pereire", de la Compañía Transatlántica Francesa, cuyos admirables vapores son iguales a todos en velocidad y comodidad, no salió hasta el día 14; los barcos de Hamburgo no iban directamente a Liverpool o Londres, sino a Havre; y el viaje adicional de Havre a Southampton haría inútiles los últimos esfuerzos de Phileas Fogg. El vapor Inman no partió hasta el día siguiente, y no pudo cruzar el Atlántico a tiempo para salvar la apuesta.

El señor Fogg se enteró de todo esto consultando su "Bradshaw", que le daba los movimientos diarios de los vapores transatlánticos.

Picaporte estaba destrozado; le abrumaba perder el barco por tres cuartos de hora. La culpa era suya, pues, en lugar de ayudar a su amo, no había dejado de ponerle obstáculos. Y cuando recordó todos los incidentes de la excursión, cuando hizo la cuenta de las sumas gastadas en pura pérdida y por su cuenta, cuando pensó que la inmensa apuesta, sumada a los pesados gastos de este inútil viaje, arruinaría por completo al señor Fogg, se abrumó con amargas autoacusaciones. El señor Fogg, sin embargo, no le reprochó nada; y, al salir del muelle de Cunard, se limitó a decir: "Mañana consultaremos qué es lo mejor. Venid".

El grupo cruzó el Hudson en el transbordador de Jersey City, y se dirigió en un carruaje al Hotel St. Nicholas, en Broadway. Se contrataron habitaciones, y la noche pasó, brevemente para Phileas Fogg, que durmió profundamente, pero muy largamente para Aouda y los demás, cuya agitación no les permitía descansar.

El día siguiente fue el 12 de diciembre. Desde las siete de la mañana del 12 hasta las nueve menos cuarto de la noche del 21 transcurrieron nueve días, trece horas y cuarenta y cinco minutos. Si Phileas Fogg hubiera partido en el "China", uno de los vapores más rápidos del Atlántico, habría llegado a Liverpool, y luego a Londres, dentro del plazo convenido.

El señor Fogg salió solo del hotel, después de dar instrucciones a Picaporte para que esperara su regreso, e informara a Aouda de que estuviera preparado en cuanto se le avisara. Se dirigió a las orillas del

Hudson, y buscó entre los barcos amarrados o anclados en el río, alguno que estuviera a punto de partir. Varios tenían señales de salida y se preparaban para hacerse a la mar con la marea de la mañana, pues en este inmenso y admirable puerto no hay un día entre cien en que no salgan barcos hacia todos los rincones del mundo. Pero la mayoría eran barcos de vela, de los que, por supuesto, Phileas Fogg no podía hacer uso.

Parecía estar a punto de perder toda esperanza, cuando divisó, anclado en la Batería, a un cable de distancia como máximo, un buque mercante, con una hélice, bien formada, cuya chimenea, echando una nube de humo, indicaba que se estaba preparando para partir.

Phileas Fogg llamó a un barco, subió a él y pronto se encontró a bordo del "Henrietta", de casco de hierro y madera. Subió a la cubierta y preguntó por el capitán, que se presentó inmediatamente. Era un hombre de cincuenta años, una especie de lobo de mar, con ojos grandes, tez de cobre oxidado, pelo rojo y cuello grueso, y voz gruñona.

"¿El capitán?", preguntó el señor Fogg.

"Soy el capitán".

"Soy Phileas Fogg, de Londres".

"Y yo soy Andrew Speedy, de Cardiff".

"¿Vas a hacerte a la mar?"

"En una hora".

"Estás destinado a..."

"Burdeos".

"¿Y su carga?"

"No hay carga. Va en lastre".

"¿Tienen pasajeros?"

"No hay pasajeros. Nunca tengo pasajeros. Demasiado en el camino".

"¿Su barco es rápido?"

"Entre once y doce nudos. El "Henrietta", bien conocido".

"¿Me llevarás a mí y a otras tres personas a Liverpool?"

"¿A Liverpool? ¿Por qué no a China?"

"He dicho Liverpool".

"¡No!"

"¿No?"

"No. Estoy partiendo hacia Burdeos, e iré a Burdeos".

"¿El dinero no es problema?"

"Ninguno".

El capitán habló en un tono que no admitía respuesta.

"Pero los propietarios del 'Henrietta'...", continuó Phileas Fogg.

"El propietario soy yo", respondió el capitán. "El barco me pertenece".

"Lo cargaré por ti".

"No."

"Te lo compraré".

"No."

Phileas Fogg no mostró la menor decepción; pero la situación era grave. No era en Nueva York como en Hong Kong, ni con el capitán del "Henrietta" como con el del "Tankadere". Hasta ese momento el dinero había allanado todos los obstáculos. Ahora el dinero fallaba.

Sin embargo, había que encontrar algún medio para cruzar el Atlántico en barco, a no ser que fuera en globo, lo cual habría sido aventurado, además de no poder ponerse en práctica. Parecía que Phileas Fogg tenía una idea, pues dijo al capitán: "Bien, ¿me llevará usted a Burdeos?".

"No, ni aunque me pagaras doscientos dólares".

"Te ofrezco dos mil".

"¿Cada uno?"

"Cada uno".

"¿Y sois cuatro?"

"Cuatro".

El capitán Speedy empezó a rascarse la cabeza. Había ocho mil dólares que ganar, sin cambiar su ruta; por lo que bien valía la pena vencer la repugnancia que sentía por toda clase de pasajeros. Además, los pasajeros a dos mil dólares ya no son pasajeros, sino una valiosa mercancía. "Salgo a las nueve", dijo el capitán Speedy, simplemente. "¿Están usted y su grupo preparados?"

CAPÍTULO XXXIII.

EN EL QUE PHILEAS FOGG SE MUESTRA A LA ALTURA DE LA OCASIÓN

Una hora después, el "Henrietta" pasó el faro que marca la entrada del Hudson, dobló la punta de Sandy Hook y se hizo a la mar. Durante el día bordeó Long Island, pasó por Fire Island y dirigió su rumbo rápidamente hacia el este.

Al mediodía del día siguiente, un hombre subió al puente para comprobar la posición del barco. Podría pensarse que se trataba del capitán Speedy. No es el menor de los casos. Era Phileas Fogg, Esquire. En cuanto al capitán Speedy, estaba encerrado en su camarote bajo llave, y lanzaba fuertes gritos, que significaban una ira a la vez perdonable y excesiva.

Lo que había sucedido era muy sencillo. Phileas Fogg deseaba ir a Liverpool, pero el capitán no quiso llevarle hasta allí. Entonces Phileas Fogg había tomado pasaje para Burdeos, y, durante las treinta horas que estuvo a bordo, se las arregló tan astutamente con sus billetes, que los marineros y fogoneros, que no eran más que una tripulación ocasional, y que no estaban en los mejores términos con el capitán, se le acercaron en masa. Esta era la razón por la que Phileas Fogg estaba al mando en lugar del capitán Speedy; por la que el capitán estaba prisionero en su camarote; y por la que, en definitiva, el "Henrietta" dirigía su rumbo hacia Liverpool. Era muy evidente, al ver al señor Fogg manejar la embarcación, que había sido marinero.

Ya veremos cómo terminó la aventura. Aouda estaba ansiosa, aunque no dijo nada. En cuanto a Picaporte, la maniobra del señor Fogg le pareció simplemente gloriosa. El capitán había dicho "entre once y doce nudos", y el "Henrietta" confirmó su predicción.

Si, pues, -y todavía había "si"-, el mar no se agitaba demasiado, si el viento no se desviaba hacia el este, si no ocurría ningún accidente al barco o a su maquinaria, el "Henrietta" podría atravesar las tres mil millas que separan Nueva York de Liverpool en los nueve días que median entre el 12 y el 21 de diciembre. Es cierto que, una vez llegado, el asunto a bordo del "Henrietta", sumado al del Banco de Inglaterra, podría crear más dificultades al señor Fogg de las que imaginaba o podía desear.

Durante los primeros días, la navegación fue bastante tranquila. El mar no era poco propicio, el viento parecía estacionario en el noreste, las velas estaban izadas y el "Henrietta" surcaba las olas como un verdadero vapor transatlántico.

Picaporte estaba encantado. La última hazaña de su amo, cuyas consecuencias ignoraba, le encantó. Nunca la tripulación había visto a un tipo tan alegre y hábil. Entabló una cálida amistad con los marineros y los asombró con sus hazañas acrobáticas. Pensó que manejaban el barco como caballeros, y que los fogoneros disparaban como héroes. Su locuaz buen humor contagiaba a todos. Había olvidado el pasado, sus vejaciones y retrasos. Sólo pensaba en el fin, tan casi cumplido; y a veces hervía de impaciencia, como si se calentara en los hornos del "Henrietta". A menudo, también, el digno compañero giraba en torno a Fix, mirándole con una mirada aguda y desconfiada; pero no le hablaba, pues su antigua intimidad ya no existía.

Fix, hay que confesarlo, no entendía nada de lo que estaba pasando. La conquista del "Henrietta", el soborno de la tripulación, el manejo del barco por parte de Fogg como un experto marinero, le asombraban y confundían. No sabía qué pensar. Al fin y al cabo, un hombre que había empezado robando cincuenta y cinco mil libras, podía terminar robando un barco; y Fix se sentía inclinado a concluir que el "Henrietta", bajo el mando de Fogg, no se dirigía a Liverpool, sino a alguna parte del mundo donde el ladrón, convertido en pirata, se pondría tranquilamente a salvo. La conjetura era al menos plausible, y el detective empezó a lamentar seriamente haberse embarcado en el asunto.

En cuanto al capitán Speedy, seguía aullando y gruñendo en su camarote; y Picaporte, cuyo deber era llevarle la comida, valiente como era, tomaba las mayores precauciones. El señor Fogg no parecía saber siquiera que había un capitán a bordo.

El día 13 pasaron por el borde de los Bancos de Terranova, una localidad peligrosa; durante el invierno, especialmente, son frecuentes las nieblas y los fuertes vendavales. Desde la víspera, el barómetro, que descendía repentinamente, indicaba que se acercaba un cambio en la atmósfera; y durante la noche la temperatura varió, el frío se hizo más intenso y el viento viró hacia el sudeste.

Esto fue una desgracia. El señor Fogg, para no desviarse de su rumbo, enrolló las velas y aumentó la fuerza del vapor; pero la velocidad del buque disminuyó, debido al estado del mar, cuyas largas olas rompían contra la popa. El barco se inclinó violentamente, lo que retrasó su avance. La brisa se convirtió poco a poco en una tempestad, y era de temer que el "Henrietta" no pudiera mantenerse en pie sobre las olas.

El rostro de Picaporte se oscureció con el cielo, y durante dos días el pobre hombre experimentó un miedo constante. Pero Phileas Fogg era un marino audaz, y sabía mantener el avance contra el mar; y siguió su curso,

sin disminuir siquiera su vapor. El "Henrietta", cuando no podía levantarse sobre las olas, las cruzaba, anegando su cubierta, pero pasando a salvo. A veces el tornillo salía del agua, batiendo su extremo saliente, cuando una montaña de agua levantaba la popa por encima de las olas; pero la embarcación siempre se mantenía en línea recta.

El viento, sin embargo, no se volvió tan bullicioso como se podía temer; no era una de esas tempestades que estallan y se precipitan con una velocidad de noventa millas por hora. Continuó fresco, pero, desgraciadamente, se mantuvo obstinadamente en el sureste, haciendo inútiles las velas.

El 16 de diciembre era el septuagésimo quinto día desde la salida de Phileas Fogg de Londres, y el "Henrietta" no había sufrido todavía ningún retraso importante. La mitad del viaje estaba casi cumplida, y se habían pasado las peores localidades. En verano, el éxito habría sido casi seguro. En invierno, estaban a merced de la mala estación. Picaporte no dijo nada, pero abrigaba esperanzas en secreto y se consolaba con la idea de que, si el viento les fallaba, podían contar con el vapor.

Aquel día, el maquinista subió a cubierta, se acercó al señor Fogg y comenzó a hablar seriamente con él. Sin saber por qué fue un presentimiento, quizás Passepartout se inquietó vagamente. Habría dado uno de sus oídos por escuchar con el otro lo que el ingeniero decía. Finalmente consiguió captar algunas palabras, y estuvo seguro de haber oído a su maestro decir: "¿Estás seguro de lo que me dices?".

"Ciertamente, señor", respondió el maquinista. "Debe recordar que, desde que empezamos, hemos mantenido el fuego caliente en todos nuestros hornos, y, aunque teníamos carbón suficiente para ir con vapor corto de Nueva York a Burdeos, no tenemos suficiente para ir con todo el vapor de Nueva York a Liverpool". "Lo consideraré", respondió el señor Fogg.

Picaporte lo comprendió todo; le invadió una ansiedad mortal. El carbón se estaba agotando. "¡Ah, si mi amo puede superar eso -murmuró-, será un hombre famoso!". No pudo evitar comunicar a Fix lo que había oído.

"¿Entonces crees que realmente vamos a Liverpool?"

"Por supuesto".

"¡Imbécil!", respondió el detective, encogiéndose de hombros y girando sobre sus talones.

Picaporte estuvo a punto de resentir enérgicamente el epíteto, cuya razón no podía comprender; pero reflexionó que el desdichado Fix estaba probablemente muy decepcionado y humillado en su amor propio, después de haber seguido tan torpemente un falso aroma por el mundo, y se abstuvo.

¿Y ahora qué curso adoptaría Phileas Fogg? Era difícil de imaginar. Sin embargo, parecía haberse decidido por uno, pues aquella noche mandó llamar al maquinista y le dijo: "Alimenta todos los fuegos hasta que se agote el carbón".

Pocos instantes después, la chimenea del "Henrietta" vomitaba torrentes de humo

Durante este coloquio, Picaporte estaba blanco como una sábana, y Fix parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía. Se habían gastado cerca de veinte mil libras, y Fogg había dejado al capitán el casco y el motor, es decir, casi todo el valor de la embarcación. Sin embargo, era cierto que se habían robado cincuenta y cinco mil libras del Banco.

Cuando Andrew Speedy se hubo embolsado el dinero, el señor Fogg le dijo: "No se asombre, señor. Debe usted saber que perderé veinte mil libras, si no llego a Londres antes de las nueve y cuarto de la noche del 21 de diciembre. Perdí el vapor en Nueva York, y como usted se negó a llevarme a Liverpool..."

"¡Y he hecho bien!", gritó Andrew Speedy; "¡pues he ganado con ello al menos cuarenta mil dólares!" Añadió, con más calma: "¿Sabe una cosa, capitán...?"

"Fogg".

"Capitán Fogg, tiene algo de yanqui".

Y, después de haber hecho a su pasajero lo que consideraba un gran cumplido, se marchaba, cuando el señor Fogg dijo: "¿El barco me pertenece ahora?"

"Ciertamente, desde la quilla hasta el camión de los mástiles, es decir, toda la madera".

"Muy bien. Haz que derriben los asientos interiores, las literas y los bastidores, y quémalos".

Era necesario tener madera seca para mantener el vapor a la presión adecuada, y ese día se sacrificaron la popa, los camarotes, las literas y la cubierta de repuesto. Al día siguiente, el 19 de diciembre, se quemaron los mástiles, las balsas y las velas; la tripulación trabajó con ahínco para mantener el fuego. Passepartout cortó y aserró con todas sus fuerzas. Había un furor perfecto por la demolición.

Las barandillas, los accesorios, la mayor parte de la cubierta y los costados superiores desaparecieron el día 20, y el "Henrietta" era ahora sólo un armatoste plano. Pero ese día avistaron la costa irlandesa y la luz de Fastnet. A las diez de la noche estaban pasando por Queenstown. Phileas Fogg sólo tenía veinticuatro horas más para llegar a Londres; ese tiempo era necesario para llegar a Liverpool, con todo el vapor encendido. Y el vapor estaba a punto de agotarse por completo.

"Señor", dijo el capitán Speedy, que ahora estaba profundamente interesado en el proyecto del señor Fogg, "realmente me compezo de usted. Todo está en su contra. Sólo estamos frente a Queenstown".

"Ah", dijo el señor Fogg, "¿es ese lugar donde vemos las luces Queenstown?"

"Sí".

"¿Podemos entrar en el puerto?"

"No menos de tres horas. Sólo con la marea alta".

"Quédate", respondió el señor Fogg con calma, sin traicionar en sus rasgos que por una inspiración suprema estaba a punto de intentar una vez más conquistar la mala fortuna.

Queenstown es el puerto irlandés en el que se detienen los vapores transatlánticos para dejar el correo. Estos correos son llevados a Dublín por trenes expresos siempre preparados para partir; desde Dublín son enviados a Liverpool por los barcos más rápidos, y así se ganan doce horas a los vapores atlánticos.

Phileas Fogg contaba con ganar doce horas de la misma manera. En lugar de llegar a Liverpool la noche siguiente en el "Henrietta", estaría allí al mediodía, y por lo tanto tendría tiempo de llegar a Londres antes de las nueve y cuarto de la noche.

El "Henrietta" entró en el puerto de Queenstown a la una de la mañana, siendo entonces la marea alta; y Phileas Fogg, después de que el capitán Speedy lo cogiera de la mano, dejó a ese caballero sobre el casco nivelado de su embarcación, que aún valía la mitad de lo que había vendido.

El grupo se dirigió inmediatamente a la orilla. Fix estuvo muy tentado de arrestar al señor Fogg en el acto, pero no lo hizo. ¿Por qué? ¿Qué lucha se libraba en su interior? ¿Había cambiado de opinión sobre "su hombre"? ¿Comprendía que había cometido un grave error? Sin embargo, no abandonó a Mr. Fogg. Todos subieron al tren, que estaba a punto de partir, a la una y media; al amanecer del día estaban en Dublín; y no perdieron tiempo en embarcar en un vapor que, desdeñando levantarse sobre las olas, les atravesaba invariablemente.

Phileas Fogg desembarcó por fin en el muelle de Liverpool, a las doce menos veinte minutos del 21 de diciembre. Estaba a sólo seis horas de distancia de Londres.

Pero en ese momento se acercó Fix, puso la mano sobre el hombro del señor Fogg y, mostrando su orden, le dijo: "¿Es usted realmente Phileas Fogg?".

"Lo estoy haciendo".

"¡Te arresto en nombre de la Reina!"

CAPÍTULO XXXIV.

EN EL QUE PHILEAS FOGG LLEGA POR FIN A LONDRES

Phileas Fogg estaba en prisión. Había sido encerrado en la Casa de la Aduana, y debía ser trasladado a Londres al día siguiente.

Picaporte, al ver a su amo detenido, habría caído sobre Fix de no haber sido retenido por algunos policías. Aouda se quedó atónita ante lo repentino de un acontecimiento que no podía comprender. Picaporte le explicó cómo fue que el honesto y valiente Fogg fue detenido por ladrón. El corazón de la joven se rebeló contra una acusación tan atroz, y al ver que no podía hacer nada para salvar a su protector, lloró amargamente.

En cuanto a Fix, había arrestado al Sr. Fogg porque era su deber, fuera el Sr. Fogg culpable o no.

La idea de que él era el causante de esta nueva desgracia asaltó a Picaporte. ¿No había ocultado a su amo el encargo de Fix? Cuando Fix reveló su verdadero carácter y propósito, ¿por qué no se lo había dicho a míster Fogg? Si éste hubiera sido advertido, sin duda habría dado a Fix la prueba de su inocencia, y le habría convencido de su error; por lo menos, Fix no habría continuado su viaje a costa de su amo y pisándole los talones, para arrestarlo en el momento en que pisara el suelo inglés. Picaporte lloró hasta quedarse ciego, y sintió deseos de volarse los sesos.

Aouda y él habían permanecido, a pesar del frío, bajo el pórtico de la Aduana. Ninguno de los dos deseaba abandonar el lugar; ambos estaban ansiosos por volver a ver al señor Fogg.

Ese caballero estaba realmente arruinado, y eso en el momento en que estaba a punto de alcanzar su fin. Esta detención fue fatal. Habiendo llegado a Liverpool veinte minutos antes de las doce del 21 de diciembre, tenía hasta las nueve y cuarto de la noche para llegar al Reform Club, es decir, nueve horas y cuarto; el viaje de Liverpool a Londres era de seis horas.

Si alguien hubiera entrado en ese momento en la Aduana, habría encontrado a míster Fogg sentado, inmóvil, tranquilo y sin ira aparente, en un banco de madera. No estaba, es cierto, resignado; pero este último golpe no le obligó a traicionar externamente ninguna emoción. ¿Estaba siendo devorado por una de esas rabias secretas, tanto más terribles cuanto más contenidas, y que sólo estallan, con una fuerza irresistible, en el último momento? Nadie podía saberlo. Allí estaba sentado, esperando

tranquilamente, ¿a qué? ¿Todavía albergaba esperanzas? ¿Todavía creía, ahora que la puerta de esta prisión estaba cerrada sobre él, que tendría éxito?

Sea como fuere, el señor Fogg puso cuidadosamente su reloj sobre la mesa y observó el avance de sus manecillas. No se le escapó una palabra, pero su mirada era singularmente fija y severa. La situación, en todo caso, era terrible, y podría decirse así: si Phileas Fogg era honrado, estaba arruinado; si era un bribón, estaba atrapado.

¿Se le ocurrió escapar? ¿Examinó si había alguna salida practicable de su prisión? ¿Pensó en escapar de ella? Posiblemente, porque una vez caminó lentamente por la habitación. Pero la puerta estaba cerrada con llave, y la ventana fuertemente enrejada con barras de hierro. Se sentó de nuevo y sacó su diario del bolsillo. En la línea donde estaban escritas estas palabras: "21 de diciembre, sábado, Liverpool", añadió: "Día 80, 11.40 de la mañana", y esperó.

El reloj de la Aduana dio la una. El señor Fogg observó que su reloj estaba dos horas adelantado.

¡Dos horas! Admitiendo que en ese momento tomara un tren expreso, podría llegar a Londres y al Reform Club un cuarto antes de las nueve de la noche.

A las dos y treinta y tres minutos oyó un ruido singular en el exterior, y luego una apresurada apertura de puertas. Se oyó la voz de Picaporte, e inmediatamente después la de Fix. Los ojos de Phileas Fogg se iluminaron por un instante.

La puerta se abrió y vio a Picaporte, Aouda y Fix, que se apresuraron hacia él.

Fix estaba sin aliento, y su cabello estaba desordenado. No podía hablar. "Señor", tartamudeó, "señor-perdóneme-el más desafortunado de los parecidos-el ladrón detenido hace tres días-¿está usted libre!"

Phileas Fogg era libre. Se acercó al detective, lo miró fijamente a la cara y, con el único movimiento rápido que había hecho en su vida, o que haría alguna vez, retiró los brazos y con la precisión de una máquina derribó a Fix.

"¡Bien golpeado!", gritó Passepartout, "¡Parbleu! ¡Eso es lo que se podría llamar una buena aplicación de los puños ingleses!"

Fix, que se encontraba en el suelo, no pronunció ninguna palabra. Sólo había recibido su merecido. Míster Fogg, Aouda y Passepartout salieron sin demora de la aduana, subieron a un taxi, y en pocos instantes descendieron en la estación.

Phileas Fogg preguntó si había un tren expreso a punto de salir para Londres. Eran las dos y cuarenta minutos. El tren expreso había salido treinta y cinco minutos antes. Phileas Fogg pidió entonces un tren especial.

Había varias locomotoras rápidas a la mano; pero los arreglos ferroviarios no permitieron que el tren especial saliera hasta las tres.

A esa hora, Phileas Fogg, habiendo estimulado al ingeniero con la oferta de una generosa recompensa, partió por fin hacia Londres con Aouda y su fiel criado.

Era necesario hacer el viaje en cinco horas y media; y esto hubiera sido fácil en una carretera despejada en todo momento. Pero hubo retrasos forzosos, y cuando el señor Fogg bajó del tren en la estación terminal, todos los relojes de Londres marcaban diez minutos antes de las nueve.^[1]

Después de haber dado la vuelta al mundo, llevaba cinco minutos de retraso. Había perdido la apuesta.

^[1] ¡Una excentricidad un tanto notable por parte de los relojes de Londres! -
TRANSLADOR.

CAPÍTULO XXXV.

EN EL QUE PHILEAS FOGG NO TIENE QUE REPETIR DOS VECES SUS ÓRDENES A PASSEPARTOUT

Los habitantes de Saville Row se habrían sorprendido al día siguiente, si les hubieran dicho que Phileas Fogg había vuelto a casa. Sus puertas y ventanas seguían cerradas, no se veía ningún aspecto de cambio.

Después de salir de la estación, el señor Fogg dio instrucciones a Passepartout para que comprara algunas provisiones, y se dirigió tranquilamente a su domicilio.

Soportó su desgracia con su habitual tranquilidad. ¡Arruinado! ¡Y por la torpeza del detective! Después de haber recorrido con constancia aquel largo viaje, de haber superado cien obstáculos, de haber afrontado muchos peligros, y de haber encontrado aún tiempo para hacer algún bien en su camino, fracasar cerca de la meta por un acontecimiento repentino que no podía haber previsto, y contra el que no estaba armado; ¡era terrible! Pero le quedaban unas pocas libras de la gran suma que llevaba consigo. Sólo le quedaban de su fortuna las veinte mil libras depositadas en Barings, y esta cantidad la debía a sus amigos del Reform Club. Tan grande había sido el gasto de su viaje que, incluso si hubiera ganado, no le habría enriquecido; y es probable que no hubiera buscado enriquecerse, siendo un hombre que prefería apostar por el honor que por la apuesta propuesta. Pero esta apuesta le arruinó por completo.

Sin embargo, el rumbo del señor Fogg estaba totalmente decidido; sabía lo que le quedaba por hacer.

Una habitación de la casa de Saville Row fue reservada para Aouda, que estaba abrumada de dolor por la desgracia de su protector. Por las palabras que el señor Fogg soltó, ella vio que meditaba algún proyecto serio.

Sabiendo que los ingleses gobernados por una idea fija recurren a veces al desesperado recurso del suicidio, Picaporte vigilaba estrechamente a su amo, aunque disimulaba cuidadosamente la apariencia de hacerlo.

En primer lugar, el digno compañero había subido a su habitación y había apagado el quemador de gas, que llevaba ochenta días encendido. Había encontrado en el buzón una factura de la compañía de gas, y pensó que era más que hora de poner fin a este gasto, que estaba condenado a soportar.

La noche pasó. El señor Fogg se acostó, pero ¿durmió? Aouda no cerró los ojos ni una sola vez. Picaporte vigiló toda la noche, como un perro fiel, a la puerta de su amo.

El señor Fogg le llamó por la mañana, y le dijo que le llevara el desayuno a Aouda, y una taza de té y una chuleta para él. Le pidió a Aouda que le excusara del desayuno y la cena, ya que su tiempo estaría absorbido todo el día en poner en orden sus asuntos. Por la noche le pediría permiso para conversar un momento con la joven.

Picaporte, una vez recibidas las órdenes, no tuvo más remedio que obedecerlas. Miró a su imperturbable amo, y apenas si pudo apartar su mente de él. Su corazón estaba lleno, y su conciencia torturada por el remordimiento; pues se acusaba más amargamente que nunca de ser la causa del irremediable desastre. Si hubiera advertido a mister Fogg y le hubiera revelado los proyectos de Fix, su amo no habría dado al detective el pasaje a Liverpool, y entonces...

Passepartout no pudo aguantar más.

"¡Mi amo! Sr. Fogg", gritó, "¿por qué no me maldice? Fue mi culpa que..."

"No culpo a nadie", respondió Phileas Fogg, con perfecta tranquilidad. "¡Vete!"

Picaporte salió de la habitación y fue a buscar a Aouda, a quien entregó el mensaje de su amo.

"Señora", añadió, "no puedo hacer nada por mí mismo, ¡nada! No tengo ninguna influencia sobre mi amo; pero usted, tal vez..."

"¿Qué influencia podría tener?", respondió Aouda. "Al señor Fogg no le influye nadie. ¿Ha comprendido alguna vez que mi gratitud hacia él es desbordante? ¿Ha leído alguna vez mi corazón? Amigo mío, no hay que dejarlo solo ni un instante. ¿Dices que va a hablar conmigo esta tarde?"

"Sí, señora; probablemente para organizar su protección y comodidad en Inglaterra".

"Ya veremos", respondió Aouda, quedándose repentinamente pensativa.

Durante todo ese día (domingo) la casa de Saville Row estuvo como deshabitada, y Phileas Fogg, por primera vez desde que vivía en esa casa, no salió hacia su club cuando el reloj de Westminster dio las once y media.

¿Por qué iba a presentarse en la reforma? Sus amigos ya no le esperaban allí. Como Phileas Fogg no había aparecido en el salón la noche anterior (sábado 21 de diciembre, a las nueve y cuarto), había perdido su apuesta. Ni siquiera era necesario que acudiera a sus banqueros para obtener las veinte mil libras, pues sus antagonistas ya tenían su cheque en sus manos, y sólo tenían que rellenarlo y enviarlo a los Barings para que la cantidad fuera transferida a su crédito.

El señor Fogg, por lo tanto, no tenía ninguna razón para salir, y se quedó en casa. Se encerró en su habitación y se dedicó a poner en orden sus asuntos. Picaporte subía y bajaba continuamente la escalera. Las horas eran largas para él. Escuchaba en la puerta de su amo, y miraba por el ojo de la cerradura, como si tuviera perfecto derecho a hacerlo, y como si temiera que algo terrible pudiera ocurrir en cualquier momento. A veces pensaba en Fix, pero ya no con ira. Fix, como todo el mundo, se había equivocado con Phileas Fogg, y sólo había cumplido con su deber al seguirle y detenerle; mientras que él, Passepartout. . . . Este pensamiento le perseguía, y no dejaba de maldecir su miserable locura.

Viéndose demasiado desgraciado para quedarse solo, llamó a la puerta de Aouda, entró en su habitación, se sentó, sin hablar, en un rincón, y miró con pesar a la joven. Aouda seguía pensativa.

A eso de las siete y media de la tarde, el señor Fogg envió a saber si Aouda lo recibiría, y en unos momentos se encontró a solas con ella.

Phileas Fogg tomó una silla y se sentó cerca de la chimenea, frente a Aouda. En su rostro no se veía ninguna emoción. El Fogg que volvía era exactamente el Fogg que se había ido; había la misma calma, la misma impasibilidad.

Permaneció varios minutos sin hablar; luego, inclinando sus ojos hacia Aouda, "Señora", dijo, "¿me perdonará por haberla traído a Inglaterra?"

"¡Yo, señor Fogg!", respondió Aouda, controlando las pulsaciones de su corazón.

"Por favor, dejadme terminar", respondió el señor Fogg. "Cuando decidí llevarte lejos de ese país tan inseguro para ti, era rico y contaba con poner una parte de mi fortuna a tu disposición; entonces tu existencia habría sido libre y feliz. Pero ahora estoy arruinado".

"Lo sé, señor Fogg", contestó Aouda; "y le pregunto a mi vez, ¿me perdonará por haberle seguido, y-quién sabe?-por haberle retrasado, contribuyendo así a su ruina?"

"Señora, usted no podía permanecer en la India, y su seguridad sólo podía ser garantizada llevándola a una distancia tal que sus perseguidores no pudieran tomarla".

"¿Así que, señor Fogg", reanudó Aouda, "no contento con rescatarme de una muerte terrible, se creyó obligado a asegurar mi comodidad en una tierra extranjera?"

"Sí, señora; pero las circunstancias han estado en mi contra. Aun así, le ruego que ponga lo poco que me queda a su servicio".

"¿Pero qué será de usted, Sr. Fogg?"

"En cuanto a mí, señora", respondió el caballero, fríamente, "no tengo necesidad de nada".

"¿Pero cómo veis el destino, señor, que os espera?"

"Como tengo la costumbre de hacer".

"Al menos", dijo Aouda, "la necesidad no debe superar a un hombre como tú. Tus amigos..."

"No tengo amigos, señora".

"Tus parientes..."

"Ya no tengo parientes".

"Le compadezco, pues, señor Fogg, porque la soledad es algo triste, sin un corazón al que confiar sus penas. Dicen, sin embargo, que la miseria misma, compartida por dos almas compasivas, puede ser soportada con paciencia."

"Eso dicen, señora".

"Señor Fogg", dijo Aouda, levantándose y cogiendo su mano, "¿desea usted a la vez una pariente y una amiga? ¿Me quiere como esposa?"

El señor Fogg, al oír esto, se levantó a su vez. Había una luz inusitada en sus ojos y un ligero temblor en sus labios. Aouda le miró a la cara. La sinceridad, la rectitud, la firmeza y la dulzura de esta suave mirada de una mujer noble, que podía atreverse a todo para salvar a aquel a quien le debía todo, le asombró primero, y luego le penetró. Cerró los ojos por un instante, como si quisiera evitar su mirada. Cuando los abrió de nuevo, "¡Te amo!" dijo, simplemente. "¡Sí, por todo lo más sagrado, te amo, y soy enteramente tuyo!"

"¡Ah!", gritó Aouda, apretando su mano contra su corazón.

Passepartout fue llamado y apareció inmediatamente. El señor Fogg aún sostenía la mano de Aouda entre las suyas; Picaporte comprendió, y su rostro grande y redondo se volvió tan radiante como el sol tropical en su cenit.

El señor Fogg le preguntó si no era demasiado tarde para avisar al reverendo Samuel Wilson, de la parroquia de Marylebone, esa misma noche.

Picaporte esbozó su sonrisa más genial y dijo: "Nunca es tarde".

Eran las ocho y cinco minutos.

"¿Será para mañana, lunes?"

"Para mañana, lunes", dijo el señor Fogg, dirigiéndose a Aouda.

"Sí; para mañana, lunes", respondió ella.

Picaporte se apresuró a salir tan rápido como sus piernas le permitieron.

CAPÍTULO XXXVI.

EN EL QUE EL NOMBRE DE PHILEAS FOGG VUELVE A TENER UN GRAN VALOR EN EL "CAMBIO

Es hora de relatar el cambio que se produjo en la opinión pública inglesa cuando se supo que el verdadero ladrón de bancos, un tal James Strand, había sido detenido, el 17 de diciembre, en Edimburgo. Tres días antes, Phileas Fogg era un delincuente al que la policía perseguía desesperadamente; ahora era un honorable caballero que proseguía matemáticamente su excéntrico viaje alrededor del mundo.

Los periódicos reanudaron su discusión sobre la apuesta; todos los que habían apostado, a favor o en contra de él, revivieron su interés, como por arte de magia; los "bonos Phileas Fogg" volvieron a ser negociables, y se hicieron muchas nuevas apuestas. El nombre de Phileas Fogg volvió a ser muy apreciado en "Change".

Sus cinco amigos del Reform Club pasaron estos tres días en un estado de febril suspense. ¿Reaparecería ante sus ojos Phileas Fogg, a quien habían olvidado? ¿Dónde estaba en ese momento? El 17 de diciembre, día del arresto de James Strand, era el septuagésimo sexto desde la partida de Phileas Fogg, y no se habían recibido noticias de él. ¿Había muerto? ¿Había abandonado el empeño, o continuaba su viaje por la ruta acordada? ¿Y aparecería el sábado 21 de diciembre, a las nueve menos cuarto de la noche, en el umbral del salón del Reform Club?

No se puede describir la ansiedad en la que, durante tres días, vivió la sociedad londinense. Se enviaron telegramas a América y Asia en busca de noticias de Phileas Fogg. Se enviaron mensajeros a la casa de Saville Row mañana y tarde. No hubo noticias. La policía ignoraba qué había sido del detective Fix, que tan lamentablemente había seguido un falso rastro. Las apuestas aumentaron, sin embargo, en número y valor. Phileas Fogg, como un caballo de carreras, se acercaba a su último punto de giro. Los bonos se cotizaban, no ya a cien por debajo de la par, sino a veinte, a diez y a cinco; y el paralítico lord Albemarle apostaba incluso a su favor.

El sábado por la noche se reunió una gran multitud en Pall Mall y en las calles vecinas; parecía una multitud de corredores de bolsa permanentemente establecidos alrededor del Reform Club. La circulación estaba impedida, y por todas partes se producían disputas, discusiones y

transacciones financieras. La policía tuvo grandes dificultades para contener a la muchedumbre, y a medida que se acercaba la hora en que debía presentarse Phileas Fogg, la excitación alcanzaba su máximo nivel.

Los cinco antagonistas de Phileas Fogg se habían reunido en el gran salón del club. John Sullivan y Samuel Fallentin, los banqueros, Andrew Stuart, el ingeniero, Gauthier Ralph, el director del Banco de Inglaterra, y Thomas Flanagan, el cervecero, todos ellos esperaban ansiosos.

Cuando el reloj indicaba las ocho y veinte minutos, Andrew Stuart se levantó diciendo: "Señores, en veinte minutos habrá expirado el tiempo acordado entre el señor Fogg y nosotros".

"¿A qué hora llegó el último tren desde Liverpool?", preguntó Thomas Flanagan.

"A las siete y veintitrés minutos", respondió Gauthier Ralph; "y el siguiente no llega hasta las doce y diez minutos".

"Bien, caballeros", continuó Andrew Stuart, "si Phileas Fogg hubiera venido en el tren de las 7:23, ya habría llegado aquí. Podemos, por tanto, considerar la apuesta como ganada".

"Espera; no nos precipitemos", respondió Samuel Fallentin. "Usted sabe que el señor Fogg es muy excéntrico. Su puntualidad es bien conocida; nunca llega demasiado pronto, ni demasiado tarde; y no me sorprendería que se presentara ante nosotros en el último momento."

"Vaya", dijo Andrew Stuart nervioso, "si lo viera, no creería que fuera él".

"El hecho es", continuó Thomas Flanagan, "que el proyecto del señor Fogg era absurdamente insensato. Cualquiera que fuera su puntualidad, no podía evitar los retrasos que seguramente se producirían; y un retraso de sólo dos o tres días sería fatal para su gira."

"Observe también", añadió John Sullivan, "que no hemos recibido ninguna información de él, aunque hay líneas telegráficas a lo largo de su ruta".

"Ha perdido, caballero", dijo Andrew Stuart, "¡ha perdido cien veces! Sabe usted, además, que el "China", el único barco de vapor que podría haber tomado desde Nueva York para llegar aquí a tiempo, llegó ayer. He visto la lista de los pasajeros, y el nombre de Phileas Fogg no figura entre ellos. Aunque admitamos que la fortuna le ha favorecido, difícilmente puede haber llegado a América. Creo que llevará al menos veinte días de retraso, y que lord Albemarle perderá la friolera de cinco mil".

"Está claro", respondió Gauthier Ralph; "y no tenemos nada que hacer más que presentar el cheque del señor Fogg en Barings mañana".

En ese momento, las manecillas del reloj del club señalaban que faltaban veinte minutos para las nueve.

"Cinco minutos más", dijo Andrew Stuart.

Los cinco caballeros se miraron entre sí. Su ansiedad era cada vez más intensa; pero, sin querer traicionarla, aceptaron de buen grado la propuesta de goma del señor Fallentin.

"No renunciaría a mis cuatro mil de la apuesta", dijo Andrew Stuart, al tomar asiento, "por tres mil novecientos noventa y nueve".

El reloj indicaba que faltaban dieciocho minutos para las nueve.

Los jugadores tomaron sus cartas, pero no pudieron apartar los ojos del reloj. Ciertamente, por muy seguros que se sintieran, los minutos nunca les habían parecido tan largos.

"Faltan diecisiete minutos para las nueve", dijo Thomas Flanagan, mientras cortaba las cartas que Ralph le entregaba.

Luego hubo un momento de silencio. El gran salón estaba perfectamente silencioso; pero se oían los murmullos de la multitud en el exterior, con algún grito estridente de vez en cuando. El péndulo marcaba los segundos, que cada jugador contaba ansiosamente, mientras escuchaba, con una regularidad matemática.

"¡Faltan dieciséis minutos para las nueve!", dijo John Sullivan, con una voz que delataba su emoción.

Un minuto más y la apuesta estaría ganada. Andrew Stuart y sus compañeros suspendieron su juego. Dejaron sus cartas y contaron los segundos.

En el cuadragésimo segundo, nada. Al quincuagésimo, todavía nada.

Al llegar al número cincuenta y cinco, se oyó un fuerte grito en la calle, seguido de aplausos, hurras y algunos gruñidos feroces.

Los jugadores se levantaron de sus asientos.

En el quincuagésimo séptimo segundo se abrió la puerta del salón; y el péndulo no había batido el sexagésimo segundo cuando apareció Phileas Fogg, seguido por una excitada multitud que había atravesado a la fuerza las puertas del club, y con su voz tranquila, dijo: "¡Aquí estoy, señores!"

CAPÍTULO XXXVII.

EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE PHILEAS FOGG NO GANÓ NADA CON SU VUELTA AL MUNDO, A NO SER QUE FUERA LA FELICIDAD

Sí; Phileas Fogg en persona.

El lector recordará que a las ocho y cinco minutos de la tarde -unas cinco y veinte horas después de la llegada de los viajeros a Londres-, Massepartout había sido enviado por su amo para contratar los servicios del reverendo Samuel Wilson en una determinada ceremonia matrimonial, que debía celebrarse al día siguiente.

Picaporte siguió su encargo encantado. Pronto llegó a la casa del clérigo, pero no lo encontró en casa. Passepartout esperó unos veinte minutos, y cuando dejó al reverendo caballero, eran las ocho y treinta y cinco minutos. Pero ¡en qué estado se encontraba! Con los cabellos desordenados y sin sombrero, corría por la calle como nunca antes se había visto a un hombre correr, arrollando a los transeúntes, precipitándose sobre la acera como una tromba de agua.

En tres minutos estaba de nuevo en Saville Row, y entró tambaleándose en la habitación del señor Fogg.

No podía hablar.

"¿Qué ocurre?", preguntó el señor Fogg.

"¡Mi amo!", jadeó Passepartout, "matrimonio-imposible-".

"¿Imposible?"

"Imposible, para mañana".

"¿Por qué?"

"¡Porque mañana es domingo!"

"El lunes", respondió el Sr. Fogg.

"Hoy no es sábado".

"¿Sábado? Imposible"

"¡Sí, sí, sí, sí!", gritó Picaporte. "¡Se han equivocado de día! Llegamos con veinticuatro horas de antelación; ¡pero sólo quedan diez minutos!"

Picaporte había agarrado a su amo por el cuello y lo arrastraba con una fuerza irresistible.

Phileas Fogg, así secuestrado, sin tener tiempo de pensar, salió de su casa, se subió a un taxi, prometió cien libras al taxista y, tras atropellar a dos perros y volcar cinco carruajes, llegó al Reform Club.

El reloj marcaba las nueve menos cuarto cuando apareció en el gran salón.

¡Phileas Fogg había dado la vuelta al mundo en ochenta días!

¡Phileas Fogg había ganado su apuesta de veinte mil libras!

¿Cómo es posible que un hombre tan exacto y exigente haya podido cometer este error de día? ¿Cómo llegó a pensar que había llegado a Londres el sábado 21 de diciembre, cuando en realidad era el viernes 20, el septuagésimo noveno día desde su partida?

La causa del error es muy sencilla.

Phileas Fogg, sin sospecharlo, había ganado un día en su viaje, y esto simplemente porque había viajado constantemente *hacia el este*; por el contrario, habría perdido un día si hubiera ido en la dirección opuesta, es decir, *hacia el oeste*.

Al viajar hacia el este había ido hacia el sol, y los días, por tanto, disminuían para él tantas veces cuatro minutos como grados cruzaba en esta dirección. Hay trescientos sesenta grados en la circunferencia de la tierra; y estos trescientos sesenta grados, multiplicados por cuatro minutos, dan exactamente veinticuatro horas, es decir, el día ganado inconscientemente. En otras palabras, mientras Phileas Fogg, yendo hacia el este, vio al sol pasar por el meridiano *ochenta* veces, sus amigos en Londres sólo lo vieron pasar por el meridiano *setenta y nueve* veces. Por eso le esperaban en el Reform Club el sábado, y no el domingo, como pensaba el señor Fogg.

Y el famoso reloj de la familia de Picaporte, que siempre había mantenido la hora de Londres, habría delatado este hecho, si hubiera marcado los días además de las horas y los minutos.

Phileas Fogg, entonces, había ganado las veinte mil libras; pero, como había gastado casi diecinueve mil en el camino, la ganancia pecuniaria era pequeña. Su objetivo era, sin embargo, salir victorioso, y no ganar dinero. Dividió las mil libras que le quedaban entre Picaporte y el infortunado Fix, a quien no guardaba ningún rencor. No obstante, dedujo de la parte de Picaporte el coste del gas que había ardido en su habitación durante mil novecientas veinte horas, en aras de la regularidad.

Esa noche, el señor Fogg, tan tranquilo y flemático como siempre, le dijo a Aouda: "¿Te sigue pareciendo bien nuestro matrimonio?"

"Señor Fogg", respondió ella, "me corresponde a mí hacer esa pregunta. Usted estaba arruinado, pero ahora es rico de nuevo".

"Perdóneme, señora; mi fortuna le pertenece a usted. Si no hubierais sugerido nuestro matrimonio, mi criado no habría ido a casa del reverendo Samuel Wilson, no me habrían advertido de mi error, y..."

"¡Querido señor Fogg!", dijo la joven.

"¡Querida Aouda!", respondió Phileas Fogg.

No hace falta decir que el matrimonio se celebró cuarenta y ocho horas después, y que Picaporte, resplandeciente y deslumbrante, entregó a la novia. ¿No la había salvado y no tenía derecho a ese honor?

Al día siguiente, en cuanto amaneció, Picaporte llamó con fuerza a la puerta de su amo. El señor Fogg la abrió y preguntó: "¿Qué pasa, Picaporte?"

"¿Qué pasa, señor? Pues, acabo de descubrir en este instante..."

"¿Qué?"

"Que podríamos haber dado la vuelta al mundo en sólo setenta y ocho días".

"Sin duda", respondió el señor Fogg, "al no cruzar la India. Pero si no hubiera cruzado la India, no habría salvado a Aouda; no habría sido mi esposa, y..."

El Sr. Fogg cerró la puerta en silencio.

Phileas Fogg había ganado su apuesta y había dado la vuelta al mundo en ochenta días. Para ello había empleado todos los medios de transporte: vapores, ferrocarriles, carruajes, yates, barcos comerciales, trineos y elefantes. El excéntrico caballero había hecho gala de todas sus maravillosas cualidades de frialdad y exactitud. ¿Pero qué? ¿Qué había ganado realmente con todos estos problemas? ¿Qué había traído de este largo y fatigoso viaje?

¿Nada, dice usted? Tal vez sí; nada más que una mujer encantadora, que, por extraño que parezca, le hizo el más feliz de los hombres.

De verdad, ¿no harías por menos de eso la vuelta al mundo?